

NOVELA

La Sala hombres

Susana Camino



EDICIONES
CUBANAS
LITERATURA

La Salahombres

Susana Camino

Novela



EDICIONES
CUBANAS

LITERATURA

Edición y corrección: Bertha Hernández López
Emplane versión impresa: Yuliett Marín Vidiaux
Diseño de cubierta: Rafael Lago Sarichev
Conversión e-book: Rafael Lago Sarichev

© Susana Camino, 2018
© Sobre la presente edición:
Ediciones Cubanas, 2018

ISBN 978-959-314-014-0

Sin la autorización de la Editorial
queda prohibido todo tipo de reproducción
o distribución del contenido.

Ediciones Cubanas, ARTEX
5ta. ave., esq. a 94, Miramar, Playa, Cuba
E-mail: editorialec@edicuba.artex.cu
Telf: (53-7) 204 5492, 204 3586, 204 4132

ÍNDICE

Nadie me entiende / 5

A ritmo del son / 7

De triángulo en triángulo / 10

El negro fino y la madame / 14

Doña cerebro y el negro fino / 15

La Dura / 48

La Pagahombres / 83

Contra el viento / 93

¿Cerrar la puerta? / 94



La Habana 1970. Narradora, periodista y poeta. Miembro de la UNEAC. Tiene publicadas las novelas *La salahombres* (Ediciones Extramuros, La Habana, 2015); *Miriam* (Deutsche Literaturgesellschaft Berlin, 2016); *Der Liebhaber von Stammheim* (Deutsche Literaturgesellschaft Berlin, 2018), *Cóctel de Habaneras* (Ediciones Cubanas, La Habana, 2018), y el poemario *Entre dos mundos* (Edition Camino, 2018). Fundó Edition Camino, su editorial en 2018.



*A mi Caridad del Cobre,
Patrona de Cuba.*



*Mi agradecimiento para La Dura, por ayudarme a conocer
más a Santiago de Cuba, y a mi amiga Susana García
Amorós, por su dedicación y paciencia.*



NADIE ME ENTIENDE

En la tierra donde sale el sol la gente es más caliente y decidida. Eso me pasa a mí, soy santiaguera y, como dice el dicho, de pura cepa. Nací en Santiago de Cuba y en Santiago de Cuba me muero.

Mi vida ha sido hasta hoy un hervidero, me he equivocado muchas veces, es verdad, pero he seguido adelante a mi manera. He tratado de no depender de nadie para que nadie dependa de mí. Así ha sido y he logrado escapar de todas. Donde no me gusta estar no estoy y la gente que esté a mi lado tiene que hacerme sentir bien si no, se va. Nunca me ha interesado saber qué piensan de mí los demás, voy a lo mío, a lo que me interesa y lucho por lo que quiero sin importarme el tamaño del obstáculo. Preparo bien mis estrategias, eso lo aprendí en la calle.

Viví con mis padres en una casa de vecindad desde que me trajeron al mundo en Zamorana. Era una vieja casa de madera con techo de guano, convertida, años después, en una casa de cemento con techo de zinc en un proceso que duró casi quince años de trabajo. La casa era de mi abuelo paterno quien había dado el permiso a la numerosa familia para arreglarla con la condición de que no se gastara mucho dinero. De ella nos tocó una partecita del patio para tender la ropa y un cuarto para los tres. «¡Miriam, me tienes jodida con tus andanzas y tu falta de consideración, mira que pronto llega tu padre y quiero tenerlo todo limpio y recogido!». A mamá lo único que le preocupaba era mantener su matrimonio, entraba en pánico solo de imaginarse que mi padre la abandonara. A pesar de la edad, su pequeña estatura, su cara bonita y su cuerpo de guitarra la hacían parecer más joven. Era buena mujer, pero como madre le faltó el amor que le sobraba para darle a mi papá.

Mi padre era un negro apuesto, fiestero y muy mujeriego. La maltrataba con frecuencia y yo sufría al mirar la inflamación en su rostro, pero más me dolía su mentira ante la familia, pues prefería ocultar los maltratos a que él se fuera de la casa.

Una noche que fuimos al teatro Heredia para ver una función de danza folclórica, fue la primera vez y la última. Es un lugar fino, me gustaron mucho las paredes fuertes y muy altas, tenía una galería de arte, un bar, un restaurante y un área para bailar. Disfrutábamos del movimiento de

los bailarines con sus cuerpos casi perfectos, representando a las deidades Oyá, Changó y Yemayá. Esa noche hubiera sido perfecta si no hubiéramos visto a mi padre levantarse de un asiento dos filas delante de la nuestra, pasaron muchas ideas por mi mente y me preocupó lo que podría ocurrir a partir de ese momento en adelante. Miré a mi madre y entristecí ante la amargura reflejada en su rostro, inmediatamente sus lágrimas aparecieron y sus suspiros y sollozos comenzaron a escucharse. Ya terminaba la función, traté de consolarla y la recosté a mi hombro. Al salir, buscamos con discreción a mi padre y seguimos sus movimientos. Lo acompañaba una mujer más joven, a quien abrazó y besó con cara de satisfacción. Realmente fue confuso ese segundo espectáculo para el cual no estábamos preparadas: mi madre se mordía los labios para no gritar. Se separó de mí y se dirigió hacia él lanzándole un escupitajo a la cara, su acompañante sacó sin inmutarse un pañuelito de su bolso y lo limpió con ternura. Luego tomaron el primer taxi que apareció, sin importarles los comentarios cercanos desaparecieron sin decir palabra.

A la mañana del siguiente día, me extrañó no escuchar a mi madre en la cocinita con el ajetreo cotidiano del café para el desayuno. Desde la cama, me viré y la busqué por todo el cuarto: estaba tirada en el piso y con las venas cortadas. Mis gritos se escucharon en casi toda la barriada, gracias a ello pude lograr que vinieran los vecinos y la llevaran al hospital. Allí estuve con ella durante más de diez días, velando por su estado de salud. En todo momento me preguntaba y me volvía a preguntar si para ser mujer había que soportar tantas ofensas, tantos maltratos, tanta mentira del hombre que dormía con una y saqué como conclusión que semejante vida no la quería para mí.

Mi padre no apareció por casa hasta después de dos meses, desde entonces, nunca he sufrido tanto. Él me dio una niñez miserable, pues crecí curándole las heridas a mamá, pero ella eligió seguir soportando aquella mancilla por mucho más tiempo. Por si fuera poco, ocurrieron actos que la humillaban mucho más y que se tramaron con mala intención por las mujercitas que él tenía. A eso se le sumaban las repetidas borracheras y la desfachatez de mi padre para exigirle que lo atendiera.

Me fui de casa con Mario a los catorce años. Mi madre casi ni lo notó porque estaba atormentada con otra de las infidelidades de mi padre y no lo veía desde hacía tres noches.

En aquél tiempo yo estudiaba en la secundaria, en séptimo grado. Ya tenía la energía propia de una niña que comienza la etapa de la juventud y que quería conocer muchas cosas de la vida que no fueran solo lo que veía en su casa. Me gustaban el baile, la música y las fiestecitas. No era



muy estudiosa, pero me atraían la Matemática, la Historia y la Biología humana, creo que me interesaron solo para aplicarlas en mi vida.

Amigas casi no tuve, andaba con mis tres primas y dos amiguitas que estaban en la escuela, todas mayores que yo. Con ellas aprendí a fumar y a tomar cerveza. A mediados del octavo grado, mis intereses fueron cambiando, ya casi no estudiaba, solo quería divertirme en el grupo, pronto aparecieron el Baby y Atila. Aquel había estudiado en la secundaria y la había dejado en el noveno grado, era el líder y novio de mi prima Cecilia. Atila estudiaba en el último año del tecnológico, era el novio de nuestra amiga Margarita. Con el grupo me escapaba con frecuencia y como mis padres no tenían tiempo para pasar por la escuela, yo aprovechaba para hacer de las mías. En una de esas escapadas conocí a Mario.

Mario llegó a mi vida justo en el momento que lo necesitaba, era un negro alto y flaco, dueño de una sonrisa que me provocaba. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía me enloquecía. Mario estudiaba en la misma aula de Atila pero, a diferencia de este, no terminó la escuela. Le gustaban mucho las fiestas y siempre tenía un lugar nuevo para invitarme el fin de semana. Sus visitas a mi escuela se iban haciendo cada vez más seguidas y nos empezamos a escapar una vez por semana hasta que se hizo un hábito. Un día que no había nadie en su casa nos metimos allí. «No, Mario, no quiero entrar». «Anda, mi negra, si tú sabes que yo te quiero. Mami, ven pa'cá y tú verás lo que te haré sentir —me hablaba al oído con aquella voz de trueno que me estremecía toda—. Mira, mi negra, vamos hacer una cosa: tú te acuestas en mi cama boca abajo y yo te hago cosquillas en la espalda, eso nada más», y me miró fijo como si me fuera a comer. Yo quería que me comiera. Me abrazó con sus largos brazos por la cintura, cogió mis caderas y mis nalgas y me besó con mucho deseo, poco a poco me quitó de encima todo lo que tenía y fuimos a la cama. Yo había tenido otros noviecitos, pero él fue mi primer hombre, me hizo sentir diferente, yo con tantos deseos de conocer nuevas cosas y Mario empeinado en enseñarme lo que tantas veces mi familia me alertó que no hiciera. «Oye, cierra bien las piernas. No te dejes engatusar. Mira que los hombres son fieras. Tú eres una señorita y tienes que cuidarte para un buen hombre». Pero es que mis tías y mi mamá estaban viviendo en otra época. «Viven en la época del paleolítico», decían mis primas y nos moríamos de la risa, sobre todo ellas que antes se habían acostado con sus novios.

La celebración de mis quince se estaba preparando desde que era muy chiquita, el dinero que se ahorrraba salía de las costuras que hacía mi madre para la calle, de lo que se ganaba mi padre como zapatero y la

ayuda de una tía de mi mamá que vivía en Estados Unidos. Ella mandaba paquetes de ropa, zapatos, cosméticos. El asunto era tener dinero para hacer una fiesta digna de una señorita.

El ceremonial de los quince años duraba varios días: primero el proceso de la modista para hacer toda la ropa que se iba a poner la niña en su día, después el arreglo del pelo y las manos. Todo se planificaba de forma para que la familia viviera momentos de felicidad. Había que alquilar trajes largos para las muchachas que bailarían en los quince, salón de fiesta, un fotógrafo y un joven que acompañara a la quinceañera en el vals. El cake se encargaba a la más renombrada dulcería del barrio. Se montaban tres panetelas una arriba de la otra soportadas por unos pisos de madera que armaban una pirámide y después se vestía con merengue, fantasía, grajea y otros de colores, formando diferentes figuras desde pozos, cestas, hasta jardines, con una muñequita vestida igual que la quinceañera que se colocaba en la punta de arriba del cake.

Por esto es que cuando decidí irme a vivir con Mario a su casa, mi familia se lamentaba: «Mira esta chiquita como ha estropeado su juventud, ya ni fiesta de quince va a poder tener. ¡Miriam, que voy a hacer con toda la tela que te he comprado para los quince!». Mis padres habían hecho muchos planes, hasta un viaje a La Habana. «¡Ay mamá, al carajo con todo eso!». Mandé a que vendieran toda esa porquería. ¡Qué manera de darme golpes la señora!, pero me puse dura para aguantar los palazos. En ese momento entró mi padre y aproveché para escaparme de tanta tortura y estuve buen tiempo sin visitar la casa, pues me juré que nunca más mami me pegaría.

En definitiva, el sueño de mi familia tampoco se cumplió con mis primas. Sin embargo, mientras ellas andaban con muchachos por ahí a escondidas, yo me fui con la verdad por delante: era la mujer de Mario.

Mis primas y yo, somos bien conocidas en Santiago. Con los años, hemos ganado cada una un apodo que nos ha marcado hasta hoy. Estela *La Pagahombres*, Yudi *La Dura*, Cecilia *La Perdida* y yo, Miriam *La Salahombres*. Estela se ha entretenido pagando chulos, a Yudi no le gusta andar con paños tibios y le da el pecho con valor a cualquier problema, Cecilia se entregaba solo por interés para escalar socialmente. En mi caso, los hombres que a mí se arriman no tienen un final feliz, de ahí lo de *La Salahombres*. Yudi y Cecilia llegaron a hacer una carrera universitaria. Yudi se lo propuso para demostrar que podía lograrlo todo. Pero, en cambio, Cecilia siempre quiso ser una gran ejecutiva, por eso cuando terminó su carrera negoció con uno de sus pretendientes un buen puesto en un hotel cinco estrellas, hasta que llegara el momento de lograr su gran sueño: vivir en Europa.



Gracias a Cecilia reservábamos con frecuencia una nohecita cada una con su pareja. Pero bueno, ya para ese tiempo Mario no pudo disfrutar de esas oportunidades.

Uno de esos días en que me escapaba con Mario de la secundaria, Cecilia y el Baby nos invitaron a la playa, jugamos, comimos, fumamos y, sobre todo, tomamos mucho alcohol. Ese día Mario me propuso irme a vivir a su casa y yo le respondí con un sí rotundo sin imaginar lo que me esperaba.

La casa de Mario era de construcción antigua, pero espaciosa, a diferencia de mi casa teníamos un cuarto solo para nosotros. Se entraba por un pasillo muy largo con siete cuartos individuales donde vivían diferentes familias. Los vecinos cerraban sus puertas con candado cuando se iban a trabajar en la mañana. Allí vivía toda la familia de Mario, su padre, su madre, un hermano y un sobrino. El primer choque en esa casa lo tuve con la madre de Mario, era muy claro que no me soportaba, cuando me hablaba no me miraba a los ojos, se comportaba como una tirana, no me dejaba dormir como estaba acostumbrada, me levantaba a las cinco de la mañana y me obligaba a atender a mi marido como a un rey. Desde que comencé a vivir allí ella se despertaba tarde y yo trabajaba como una esclava, pues tenía que limpiar, cocinar, lavar a mano para cinco personas porque decía que una verdadera mujer debía saber lavar sin ayuda de ningún aparato y esas eran obligaciones que en mi casa no hacía.

Yo comenzaba a hacerme mujer con las exigencias de mi suegra, miraba lo poco que ella hacía para después imitarla. De manera que dejé la escuela cuando iba a comenzar el noveno grado. Ella nunca aceptó que su hijo tuviera una relación con una niña de catorce años, por eso hacía lo imposible para que mi relación con él terminara. Pero yo soy más fuerte que una ceiba y no me di por vencida.

Así fue pasando el tiempo y mis cualidades de ama de casa se fueron perfeccionando. Aprendí a cocinar con la buena sazón cubana, los moros y cristianos y la ropa vieja con platanitos maduros fritos eran mi mejor comida. Mi apetito aumentaba y aumentaba la hermosura de mi cuerpo, pero también mi apetito sexual. Casi todos los días necesitaba sexo, pero Mario no respondía a todas mis llamadas. Ya a los quince años era una mujer hecha y derecha.

Uno de esos días que iba camino a mi casa para visitar a mi madre un muchacho se ofreció a llevarme en su motocicleta y sentí una atracción hacia él como nunca antes. Así empezaron mis infidelidades hasta que se volvieron costumbre. Tuve varias relaciones sin que Mario lo supiera hasta tropezarme con Ángel, que se buscaba la vida pedaleando diariamente



en su bicicleta china de un trabajo a otro. Este fue mi amante por casi tres décadas, aunque después llegó a molestarme.

Mi madre me contaba de todas las infidelidades de mi padre y yo le ocultaba las mías hacia Mario. Era como si estuviera vengando su dolor de tanto tiempo. Siempre salía de mi casa con ese sabor de amargura que me dejaron los años de niñez. Ese día me fui con la seguridad que demoraría en volver a visitar a mi madre, estuve cerca de cuatro meses sin pasar por mi casa cuando recibí una nota por mano de la mensajera del barrio:

Miriam: tengo miedo, me detectaron cáncer de mama y tengo terror de estar sola con esta enfermedad. No seré lo suficientemente fuerte. Ayúdame a no estar sola, hija, necesito tu fuerza y tu decisión para enfrentar todo lo que me venga encima a partir de hoy.

Tu mamá

Solté la escoba de la tirana de mi suegra y salí corriendo para mi casa, pero al llegar me detuve junto a la ventana. Mi padre abrazaba a mi madre: «Nunca más te haré sufrir, nunca más llorarás por disgustos ni por mis trastadas. No te faltará nada de comer, de medicamentos, de cariño y, fíjate bien, si hay que quitarte la teta porque está mala entonces ¡adelante! Te quiero conmigo, al lado mío, llegando juntos al final. Si hemos empezado juntos, entonces nos jodemos juntos».

Para mí fue una sorpresa, no lo esperaba de mi padre y decidí no entrar a la casa, pues no quería interrumpir aquella ocasión especial para ella. La pobre, tener que esperar a estar enferma después de tantos aguaceros torrenciales durante su vida matrimonial. Mamá se sentó y no le contestó nada. Respiró lento y soltaba el aire sin una gota de prisa, no tenía apuros en hablar y solo miraba tranquila a su alrededor, parecía como si viera una alucinación.

Papá, sin decir nada más, puso una almohadilla en el suelo, se arrodilló ante ella y descansó la cabeza encima de sus piernas, ella lo acarició y después supe que se quedaron así casi toda la tarde.



A RITMO DEL SON

Al día siguiente comenzaban los carnavales y me sentía bien a pesar de la triste noticia, por eso, antes de irme a bailar pasé por casa de mis padres para saber cómo estaba el ánimo de mami. «*M'ija*, te demoraste en venir». «No, mami, es que los vi ayer conversando y decidí dejarlos solos porque a ustedes les hace falta».

Mamá se sentía mucho mejor o por lo menos se le veía más calmada, de manera que estuve un rato más con ella y luego me fui para la casa de Mario. Cuando llegué le recordé los carnavales, más que la música y el baile, lo que a él le gustaba era el ron y la cerveza. Él sabía que mi pasión era bailar en las congas santiagueras. «Ponte linda, negri, vamos a pasear por ahí *pá* que bailes un ratico». Yo volaba, me tiraba un poco de agua por arriba y buscaba alguna ropa bonita antes de que se arrepintiera, pues los cambios de sopetón eran algo muy normal en su carácter. «¡Ay, que rico, *pá* la conga a bailar y a tomar cerveza!». Cuando me veía tan arreglada sonreía y sus dientes de oro me cegaban la vista. Él se vestía sencillo porque las tardes de carnaval en Santiago son muy tropicales, el calor oriental es sofocante, por eso Mario siempre andaba en camiseta y llevaba un pañuelo en la mano para secarse el sudor de la cara. Esto también era una buena ocasión para mostrar su tatuaje de horribles calaveras y llamar la atención de todo el que pasaba por su lado.

En cuanto empieza el sonido de los tambores y la corneta china, mi cuerpo se electriza todo y me meto entre la multitud arrollando por toda la calle con una jarra de cerveza en la mano. Mi sangre, de licor francés ligado con brebaje africano, me hace sentir seductora y entonces mi piel color canela y aborigen tiene más brillo y esto llama la atención de los hombres. Muevo mis caderas al compás de la rica conga, mi cintura parece un torbellino, mi corazón se agita y canto a toda voz. No escucho consejos ni avisos o regaños, mis oídos solo prestan atención a la conga. Comienza a amanecer y no termina el carnaval. Camino hacia la orilla de la bahía para ver los barcos que se dejan llevar por el oleaje. Acostada en el muro que nace de las ruinas coloniales me siento otra, miro al cielo y las montañas que me rodean. Allí me quedo con la mente en blanco,

olvidándome de la casa, de mi marido y del calor insoportable de Santiago. Después de un buen rato, me voy a casa, me ducho, me pongo ropa limpia y sigo otra vez para el área de carnaval de mi barrio.

Tras una semana de carnaval volvía a la rutina, al látigo de mi suegra y a la soberbia de Mario, que solo yo sabía aplacar.

El lunes mi suegro había amanecido con estado febril y mucho dolor para orinar, mi suegra se fue a acompañarlo al hospital y me dio la tarea de ir a buscar los mandados. Al salir de la casa me encontré con mi amiga Margarita, a quien hacía ya más de un año no veía, pero nos saludamos muy campechanas como si nos hubiéramos visto el día anterior.

Entre otras cosas me dijo que su hermana le había dejado una casa de visita que ella misma atendía. Yo, por mi parte, aproveché y le comenté que seguía con Mario, «Pero tengo a Ángel, que complace todos mis antojos y necesitamos un lugar donde estar juntos». Margarita me miró aceptando mi pedido, «Eso, ya está, ¿para qué somos socitas? Toma mi teléfono y llámame. Cuando te entren ganas, lo tendré todo preparado».

A Ángel le encantaban los retos, por eso siempre andaba en el juego, apostaba a cuanta cosa le podía sacar dinero. Apostaba a los peces peleadores, asistía a las peleas de perros stanford, pero su especialidad era las peleas de gallos. «Vamos, mami, acompáñame a ver al gallo de Ramón, ese seguro gana hoy y tengo dinero puesto en él». Esa tarde, había pelea de gallos y él no quería perdersela, a mí no me gustaban estos eventos, sin embargo, por esa vez, decidí acompañarlo, pero le pedí a mi prima Estela *La Pagahombres*, que fuera conmigo para no sentirme sola, pues sabía que Ángel iba a estar todo el tiempo en función de la pelea.

Éramos las únicas mujeres en aquel lugar y Estela quería irse, «¡Vámonos, Miriam, esto es cosa de machos!». Pero mientras yo estaba muy atenta a todo movimiento que allí ocurría, ella, por su parte, se relajó cuando vio a un mulatón de ojos claros que la tenía loca hacía ya varios días y me comentó en ese instante que conseguiría cualquier cantidad de dinero por acostarse con él. La dejé en su fantasía y seguí todo de cerca.

Los hombres de la zona iban llegando poco a poco, nosotros estábamos desde bien temprano comiendo tostaditas hasta que iniciara el espectáculo. Comenzó el momento de las apuestas, llegaban hombres de todas partes de Santiago, ya se respiraba un ambiente de euforia. Ángel apostó por el gallo pinto, tenía las patas bellas, el cuerpo elegante, caminaba muy altanero, se limpiaba mucho el pico y se veía valiente. Su contrincante era el gallo jabao que también era un buen partido, ya había alcanzado fama en el vecindario porque era el único que cantaba a las cinco de la mañana. Los hombres apostaron de todo, casas, bicicletas, equipos de audio y buena plata en efectivo. A los gallos antes de salir a

la valla se les afiló bien las espuelas y les pusieron un metal en ellas para hacer la pelea más sangrienta. Era como un espectáculo de gladiadores. Empezaron a saltar como si quisieran volar, la gente estaba eufórica. «¡Dale duro, carajo, dale duro!». Los gallos se peleaban a picotazo limpio, los dos estaban en forma y aunque había mucha sangre en la valla, ellos seguían batallando. La pelea duró quince minutos, el gallo pinto estaba medio moribundo en el suelo y cuando todos pensaban que había terminado la pelea, se levantó y siguió luchando. El otro gallo se acobardó y no quiso pelear más. Aquello fue una ofensa para los que estaban a su favor. La gente empezaba a retirar sus apuestas y de repente empezó la reyerta entre algunos hombres a puñetazo limpio gritando de todo, insultándose unos a otros. Así como Ángel y sus amigos celebraban el triunfo, otros se lamentaban. Mi prima y yo nos levantamos de las gradas y nos paramos cerca de la puerta para evitar problemas.

Entre los perdedores estaba Clemente, el carnicero del barrio, un hombre de cincuenta y tres años que vendía carne de res y de puerco a sobreprecio. Tenía muebles de madera fina, bebía la cerveza más cara con sus amigos y andaba en un costoso motor rojo con piezas originales que venían de afuera. Al principio, Clemente se veía seguro de que el animal saldría glorioso en aquella calurosa tarde, pues tenía quince peleas ganadas y ninguna perdida. Con el desenlace, al carnicero le vino una maldición encima, pues se había jugado la motocicleta alemana, le pasaba un sudor frío por el rostro y le temblaban las piernas. Los que habían apostado, como Ángel, por el gallo pinto saltaban de júbilo.

Llegó la hora de entregar el motor y a Clemente se le arrugó la cara como con ganas de llorar. «¡Vamos, nagüe, que no se diga!», le apremiaron. «Por favor —suplicaba—, ¡les ofrezco a cambio mi mujer, pero a mi motor no se lo lleven! ¡Sí, les entrego a mi jeva!». Algunos parecían no entender lo que estaban escuchando. Ya corría por todo el barrio la noticia y mi prima y yo estábamos alarmadas en medio de tan poca hombría. En ese momento me prometí no volver más a esos lugares.

Días después, nos enteramos que Clemente no solo había perdido su moto, sino también a su mujer, quien al enterarse del papelazo de su marido vendió la casa con todos los muebles de estilo colonial, a espaldas de él, y se fue a vivir a La Habana.

Yo creía que Mario, entretenido en la parte de su mundo que yo desconocía, no tuvo tiempo para darse cuenta que no había estado en la casa durante toda la tarde. Por mi parte, le había dicho a su madre que iba a pasar a ver a mis padres. El asunto es que cuando llegó, ya era de noche y le tenía el baño y la mesa preparada. Ese día lo noté contrariado y no me dijo ni una palabra; no era de mi interés conversar, pues estaba bastante agotada y había visto y escuchado demasiado en toda la tarde.



DE TRIÁNGULO EN TRIÁNGULO

El día anterior le comenté a Ángel lo de mi amiga Margarita y el nidito que teníamos a disposición, de manera que él siempre me esperaba en alguna esquina de las calles del barrio de Santa Bárbara y tratábamos de vernos dos veces por semana, a escondidas de Mario, después de que yo salía de la facultad. Yo dejaba todo bien limpio para que mi suegra se estuviera tranquila, e igual de tranquila me iba para la facultad y luego con Ángel. Todo me funcionaba perfectamente, Margarita siempre tuvo la casa lista. Cuando estaba con mi flaco, me olvidaba de mí misma. Si estaba con un hombre que me gustaba, siempre me decía la misma frase: *Total, la vida es dos días y a mí me encanta gozar al que se tropieza en mi camino*. Así que nos sentíamos allí como en casa. Margarita nos trataba como clientes especiales, primero cocinaba para nosotros y después ofrecía cerveza y otros licores hechos por ella.

Ángel es un jabao flaco y muy amable, todos en su barrio lo quieren por servicial y simpático. Además, me encantaba porque siempre trataba de cuidarme.

Margarita llamó a la puerta a las once y cuarto para avisarme de que me vistiera, no sin antes lavarme con el agua de alumbre: «*Pa'* que no te busques lo que no está *pá'* ti», me recordaba la solución para que no me descubriera mi marido.

Por si acaso, siempre cargo en mi bolso agua de alumbre. Mi prima La Pagahombres leyó que el alumbre lo usaban los romanos en la antigüedad como desodorante, pero a mí me estrechaba tanto la vagina que cualquier hombre hubiera dicho que yo no había tenido relaciones sexuales desde hacía meses. Me lavé mi mejor arma, me despedí de Ángel y me fui corriendo para la casa.

Por el camino, mascaba papel cartucho para quitarme el olor a bebida alcohólica, ese truco siempre funciona y compré un pollo frito en una cafetería antes de entrar a la casa. Mario puso una musiquita romántica mientras comíamos y entre risas y cuentos nos bebimos una botella de ron completa. Esa noche, Mario me hizo el amor mejor que nunca. Caímos rendidos y no despertamos hasta el día siguiente a las doce del mediodía.

Ángel, hacía lo posible y lo imposible para que estuviera contenta. Yo le gustaba, no encontraba defecto en mí y se sentía satisfecho cuando estaba a su lado. Sus atenciones eran interminables y lograba que siempre respondiera a sus citas en casa de Margarita. Se las arreglaba para vivir sacando dinero de cuanto trabajo hacía para poder darnos todos los gustos. Les servía a todos y a cambio recibía buen dinerito por ello; vendía sábanas, aceite para cocinar, peces de pelea, en las que también apostaba, y, además, en un mercadito cercano a su casa, cargaba cajas de pollo congelado, queso, jamón y pescado fresco. También sacaba dinero de lo que más le gustaba, las apuestas en las peleas de gallos. Ángel me daba seguridad, me complacía en todo, independientemente del momento en que se lo pidiera.

En cambio, Mario me dio un techo, pero no me brindaba seguridad. Muchas veces fueron buscándolo a la casa con apuro, gente de muy mal aspecto, que veía solo una vez en su vida. Cuando eso ocurría, aunque estuviéramos en el cuarto, él tenía que dejar todo lo que estaba haciendo.

Un día estábamos solos en la casa y tocaron fuerte a la puerta, por el pasillo sentí un corretaje y Mario hizo una seña y me habló bajito: «No abras, métete en el cuarto —me apuré y cerré la puerta. Me quedé vigilante, al tanto de cualquier ruido, y, aunque no pude ver bien, escuché la voz de tres hombres reclamándole algo a un cuarto que hablaba muy débil y bajito; sentí palabrotas, discusiones y hasta un golpetazo. Finalmente, me llegó la voz de Mario botando a toda esa gente de la casa— : ¡Eeeeeeee', pero qué pinga *e'*!, se piran ya mismo *pal'* carajo de mi *gao*, este es mi *gao* y hay que respetarlo, váyanse al carajo por ahí», dio un golpe fuerte en la pared y cerró la puerta con un portazo. Yo ni me le acerqué ni le pregunté nada, pero desde entonces conocí el mundo en que estaba metido. Nunca más volví a ver cosas de este tipo, sin embargo, las largas horas de ausencia de la casa, los sale y entra de Mario y su carácter impulsivo me indicaban un punto rojo. No indagué, no me preocupé, no me separé a tiempo de esos impulsos que traen malas consecuencias, no vi el peligro y seguí jugando, entonces ocurrieron hechos peores.

Hoy mi piel no es tan lisa como antes, cuando quiero ir a la playa voy cubierta, no puedo usar trusa, mis piernas y mis muslos están quemados por una desgracia que casi me cuesta la vida y con el pasar de los años ha hecho más flácida mi piel. Mario quemó gran parte de mi cuerpo y lo hizo con un sentimiento de venganza que solo un hombre de carácter impulsivo como él pudo haber hecho. «Vaya, *descará*, aquí tienes por *salá* que eres». Ya las quemaduras no me duelen, pero me empiezan a arder cuando me acuerdo de aquello. Él quiso marcarme para toda la vida haciéndome pagar por mi infidelidad. Aquella vez, no me salvó ni mi mágica



y bendita agua de alumbre. No sé cómo me atreví a jugar con él, nunca imaginé que fuera capaz de hacerme lo que me hizo porque jamás me preguntó a dónde iba y creí que le daba igual, pero a Mario no le daba igual mi vida y no se me ocurrió pensar que me vigilaba y me seguía los pasos como un guardián.

Nunca se sabe todo. Siempre pensamos que nos la sabemos todas y ¡qué equivocados estamos! La vida me ha enseñado que nunca puedes creerte por encima de alguien, ese alguien te demuestra cuánto tienes que aprender.

Sonaba una canción de moda en la radio y mientras la tarareaba arreglé mis cosas para la cita con mi flaco: puse agua tibia en una enorme tina y le eché leche de cabra, pues le había oído a una mujer de mundo que esta suavizaba la piel. Cuando estuvo preparado el baño, me metí dentro de la tina y tomé la esponja para darme masajes, luego me puse un tratamiento en el pelo con la masa de un aguacate maduro, me afeité el cuerpo completo y después me cubrí de aceite de coco que yo misma había preparado.

Era una tarde como otra cualquiera, un jueves caluroso como otro en esta ciudad donde la gente se sienta a veces en el parque o en el portal de la casa. Yo me dirigía a casa de Margarita. Ángel todavía no había llegado y la anfitriona me sirvió una cerveza bien fría. Me preguntó con ojos regañones si había dejado todo bajo control en mi casa para que no se formaran escándalos y broncas en su negocio. Me reí desfachatada mientras saboreaba la cerveza casi congelada. «A mí no hay quien me sepa *na'*, no ha nacido el hombre que pueda conmigo». No sé si era ingenuidad o confianza en mí misma. Esa tarde, mi marido me había seguido los pasos y había estado escondido cerca de casa de Márgara espiando mis movimientos, pues imaginaba que yo lo estaba engañando hacía algún tiempo y ese día se le ocurrió comprobarlo.

Ángel apareció una hora más tarde y yo estaba de mal humor, sin ganas ya de acostarme con él. «Negra mía, hoy peleó otro gallo de la finca de Ramón y a ese sí que había que apostarle, mira cuánto me gané, mira, negri, esto es *pa'* ti, mamita rica». Yo cambié al ver tanto dinero. Eso me cambiaba rápido la cara, el muerto delante y la gritería atrás. Me lo llevé para la habitación y llené la bañera con agua bien calentica. Lo desnudé y lo metí dentro, le di un bañito para quitarle la peste a jaula de pollo que traía, le di masajes en la nuca, en la espalda, en el pecho y así bajé hasta su órgano que, por supuesto, ya estaba duro para penetrarme. Yo, ya desnuda, me metí también y lo gocé a la vez bailando con él adentro al compás del son cubano que sonaba en la radio. Estábamos muy a gusto uno dentro del otro. Yo no paraba de bailar en cucullas, me puse en el

cuello un poco de ron con miel para que él me chupara. Nos cambiamos de posición y Ángel me tomó por la cintura y girándome lentamente me penetró por atrás. Él sabía que eso me encantaba, me meneaba provocativa lo cual me hacía sentir una sensación total, nuestros cuerpos unidos y sudados se enfrentaban sensuales y agresivos, hubo un momento de gemidos que fueron subiendo de tono hasta llegar al punto máximo. Nos miramos, apretamos nuestros cuerpos uno con otro y nos acostamos para relajar con música. Ángel abrió una cerveza helada para recuperarnos. Márgara tocó a la puerta para avisarme que ya era hora de irme a casa para no levantar sospechas.

Mario nunca se despegó de la esquina de la casa de Margarita, estuvo todo el tiempo allí hasta que yo salí, ya lo sabía todo. Después de lavarme bien con el alumbre salí de esa casa en dirección a la mía. Mario ya me estaba esperando dentro. Le llevé otra vez comida comprada por ahí y empezamos a preparar la mesa, yo actué como si nada hubiera pasado. Mi marido comía con toda la tranquilidad del mundo y yo lo contemplaba acariciándole sus pies con los míos por debajo de la mesa.

«Muy rico, muy rico, mi puti. Oye, ¿y tú qué hiciste hoy toda la tarde?». Le conté que había estado en casa de mis padres ayudando a limpiar el patio, que habíamos trabajado duro y habíamos cortado bastante yerba mala, para que tuviera mejor aspecto. Lo estaba acariciando mucho más y con los pies subí hacia arriba para excitarlo y seguir gozando. En la cama con Mario me sentía muy bien, me gustaba mucho mi marido y quería satisfacerlo. Me llevé un poco de aceite de coco y le di masaje en los pies hasta que se quedó bien sereno. Me le acosté encima y empecé a besarle el rostro, le estregaba mis grandes pechos en el suyo. Mario se dejaba seducir por mí y en un instante me colocó debajo de él, yo le abrí las piernas para que él dispusiera de mí, puso su cabeza entre ellas y empezó a chuparme. Mario quería saber si yo me había protegido ese día con Ángel. Al terminar se levantó y se fue al baño. «No hemos terminado, negrita, vengo ahora pa' darte lo que todavía te toca —cuando regresó, traía una botellita pequeña, sin tapa, en la mano, parecida a las de agua, de repente me echó gasolina de la cintura para abajo y prendió una fosforera, al momento mi cuerpo ardía en llamas—. ¡Por *salá* cabrona, eso es *pa'* que sigas burlándote de un hombre! ¡Jódete *desgraciá!*». Mi cuerpo seguía en llamas y entre gritos desesperados yo me veía envuelta en fuego y trataba de apagarlo con las sábanas. Mario seguía echándome más gasolina y yo seguía ardiendo.

Los calores que sentía eran interminables, tenía mucho ardor y estaba muy angustiada, los dolores eran cada vez más fuertes. Salí corriendo



en busca de la ayuda de mi suegra, que ya estaba acostada en su cuarto. «¡Pero muchacho, tú estás loco! ¿Qué le hiciste a esta mujer? ¡Tú estás loco!». Mi suegra estaba asustada. Me tomó y salimos a buscar cualquier transporte que pasara en dirección al hospital, le supliqué que pasáramos por mi casa para avisarle a mi mamá. Ella se bajó en segundos del taxi y despertó a mis padres para avisarles. Ellos se vistieron y al rato entraron a emergencias donde me encontraba ensangrentada y con peste a quemadura, la candela había penetrado cruelmente en mi piel. Pensé que ese día iba a morir.

Me ingresaron en la sala de cuidados intensivos, el médico no creía por el momento en milagros, estaba bien grave, deliraba y la fiebre no me bajaba. Mi madre empezó a llorar sin consuelo.

El policía de guardia del hospital llegó y preguntó cómo se habían producido los hechos. Mi pobre madre quería justicia, ya sabía que Mario había hecho ese desastre en mi cuerpo y se lo contó todo.

Los médicos luchaban conmigo, las calenturas se hacían difíciles de controlar. Mi familia completa estaba afuera de la sala esperando alguna noticia de cualquier enfermera o médico que saliera. «Los familiares más cercanos de Miriam de la Caridad Suárez, por favor». Se formó un alboroto enorme en la recepción del hospital, todos querían entrar, mi madre, mi padre, mi suegra, mis tíos y mis tres primas. Cuando mamá entró, me encontró casi hecha un cadáver con una peste horrible a carne quemada y entre sollozos me decía: «Ese anormal-delincuente me las va a pagar y no saldrá de la cárcel nunca más en su maldita vida». Yo trataba de decirle que no se desesperara, pero mis dolores me impedían hablar y con mi estado moribundo casi no la veía.

El policía designado para el caso estaba dispuesto a escuchar mis declaraciones, después de explicarme muy despacio que ese delito no podía quedarse así. «¡Qué delito, ni qué ocho cuartos! ¿De qué coño están hablando? —nunca me pasó por la cabeza denunciar a Mario y ya detestaba a ese policía chismoso—, lo que quiero es que se vaya y me deje tranquila que esto duele mucho». Mamá salió hecha un mar de llanto por mi actitud.

Después de cinco días, me trasladaron a una habitación con un aire acondicionado a temperatura antártica, decían que era contra todo tipo de infección. Ya alguien de la familia podía quedarse conmigo por las noches, era importante atender mis movimientos y seguir las reacciones en mi piel.

Mi prima La Dura se quedaba conmigo todas las noches, era la más corpulenta de todas y podía cargarme en caso de necesidad. Al lado de mi cama había una vacía y como tenía un sueño ligero podía cuidarme.



La Dura había conocido a un turista alemán en una fiesta folclórica callejera y, después de una boda relámpago, estaba esperando sus papeles migratorios para reunirse con él, por eso tenía todo el tiempo para acompañarme en mi pesar. «Miriam, Miriam, despierta vamos, la enfermera va a pasar ahora mismo y empieza con las curas». Mi prima se moría de la angustia, pues sabía lo que me venía encima. «¡Ay, Dura, no me dejes sola! ¡Ay diosito ampárame! ¡Ay, todos mis santos y mi Caridacita del Cobre!».

Vino la enfermera, con un guante de tela dura en la mano derecha, y empezó a rasparme las quemaduras para quitarme la sangre que se había acumulado. «¡Aguanta, niña, aguanta!».

La Dura me sujetó con la fuerza de un hombre. Yo no pude gritar porque ya no me salía la voz, el dolor podía más que yo.

El policía me visitó en la mañana antes de empezar las insoportables curas. «Mire —le dije, intentando expresarme con claridad—, les agradezco la visita y todo, pero aquí no ha pasado nada, solo ha sido un accidente y después que salga de este hospital borrón y cuenta nueva». Aunque no debe haber creído ni una palabra, el policía se marchó luego de asegurar que cerraría el caso basándose en mi declaración. Sin embargo, estaba escrito en el libro del destino que mi marido fuera a la cárcel.

Mientras yo me recuperaba y aguantaba a diario las curas salvajes que me hacían, Mario seguía en el bandidaje por los barrios de Santiago. Dos días después de lo ocurrido, empezó a jugar dominó en una casa que se dedica a las apuestas. Como era socio del dueño, jugaba con fichas marcadas que se sabía de memoria. Uno de esos días, en medio del juego, se formó una bronca y Mario, mostrando su lado más oscuro, le dio tres puñaladas a un muchacho de diecisiete años. Todos fueron corriendo a socorrer al menor, tratando de que no perdiera más sangre de la que soltaba, y buscaron desesperadamente cualquier cosa que pasara por el camino rumbo a una clínica. El pobre muchacho pudo llegar al hospital, pero a los tres minutos murió desangrado y Mario tuvo que responder por homicidio. El padre, al enterarse de la tragedia de su único hijo, hizo lo contrario que yo: exigió justicia.

Después de cuatro semanas en el hospital, me llevaron a casa. Ya los dolores se habían calmado y el médico decidió que podía curarme con las pomadas indicadas, pero con el máximo cuidado para que la piel no se infestara.

Mi madre me recibió un poco fría, pues estaba furiosa por mi decisión ante la policía, no obstante, me cuidó como nunca antes. Ella misma, día a día, me curaba y ventilaba el cuarto, pero no me sentía relajada

y decidí volver a la casa de Mario. El día antes de esta decisión pensaba en dónde había caído y me preguntaba hasta dónde podía llegar, imponiéndome un reto a mí misma. Nunca le he tenido miedo a nada, mi ser se revuelve entre lo angelical y lo diabólico, no pienso en las consecuencias de las cosas. Amo y quiero y, a la vez, destruyo. No me pregunto nunca por qué, pues no lo sé. Nunca hago preguntas ni consultas. Hago las cosas y punto.

Aunque, según mi suegra, ya estaba convencido de que entregarse era lo mejor, Mario andaba prófugo y al verme se quedó paralizado, quizás pensaba que yo iba a vengarme o hacer una típica locura. «¿Qué tú haces aquí? —nunca lo había visto tan serio, la cara estaba cerrada como un candado. Para mí, él seguía siendo mi marido y, mientras durara su proceso judicial, quería seguir a su lado. Me rechazó y no quería ni tocarme, parecía tenerme asco—. ¡Lárgate, sigue con el comemierda ese!». Le supliqué, me le arrodillé y le conté que había sufrido por todo el engaño, que estaba avergonzada, arrepentida y le pedí una oportunidad para demostrarle cuánto lo quería. Mientras lo convencía, él cerraba los ojos, parecía tener una confusión terrible. Había matado a un hombre y posiblemente iba a estar guardado por varios años. Le tomé la cara dulcemente: «¿Y quién cuidará de ti? ¿Quién te visitará con tanta soledad que te espera? ¿Quién te llevará comida y cigarros? Yo, Mario, yo que soy tu mujer y como mujer estoy en el deber de hacerlo». Finalmente, tomó mis bultos del suelo y los llevó al cuarto.

Mi suegra ya me trataba mejor, creo que por lástima al ver mis muslos y piernas tan desagradables. Me dejé atender por esa familia y, por supuesto, ya no tenía que trabajar tan duro en la limpieza de la casa ni preparar en la cocina antojos ajenos.

Mario me veía curándome sola las heridas y sintió vergüenza al verme con trapos esterilizados y llenos de líquidos en mis muslos. Mi aspecto era deprimente. Entonces Mario empezó a untarme las pomadas, me bañaba, me vestía, me acostaba, me preparaba alguna sopita caliente. Yo lo provocaba de vez en cuando y terminábamos enredados en la cama. Eso me costó una infección en los muslos que me hizo regresar al hospital por una semana, durante la cual Mario terminó por entregarse a la justicia.

Llegó el día del juicio y toda la familia acudió al tribunal de la ciudad santiaguera. Mario debía pagar por lo sucedido con aquel muchacho.

Los familiares del muerto lo miraban con rabia y despecho, pero él sabía lo que le venía encima. El juicio empezaba a las diez de la mañana,

eran las diez menos cuarto y yo no había llegado al lugar. Eso trajo comentarios y preguntaderas. Aparecí a la hora señalada y todos se dieron la vuelta desde sus bancos, mi suegra al verme se tapó la boca de la indignación. Yo, Miriam de la Caridad, me aparecí radiante de alegría del brazo de Ángel. Eso fue escandaloso para todos, pero para Mario significó una sentencia, pues estoy segura que no se imaginó que yo llegara tan lejos.

Avanzada la sesión, ya se hacía evidente que a mi marido le esperaban muchísimos años de cárcel y empecé a reírme mientras le miraba a los ojos fijamente, luego besé a Ángel. Terminó el juicio y salimos todos de allí.

Yo preparé para esa noche una fiestecita en el parque del barrio, quería que la música se oyera hasta en China si era necesario, todo en honor al abusador, pero la vida tiene sus cosas, yo celebrando mi venganza pensando que Mario iría directo a prisión y resultó que consiguió fugarse. ¿Cómo lo logró? No lo sé, casi siempre se salía con la suya.

Mientras tanto y sin yo sospechar nada, Mario visitaba a Gloria, quien era una vendedora de café de la zona que tenía mucha necesidad económica. Sus hijos tenían el estómago hecho un cañaveral de tanta agua con azúcar, con este brebaje calmaban el hambre. El café daba muy poco para mantener a trece personas y por eso Gloria y sus dos hijos mayores decidieron vender latas de *cagao*. Toda la familia hacía sus necesidades en una lata grande y la mierda se almacenaba hasta que se vendía a personas que querían ajustar cuentas con sus enemigos. Por suerte, Gloria y sus hijos preparaban el pestilente negocio en el espacioso patio de la casa, bien lejos de la cocina, pero ni las gallinas podían dormir de la desesperación y el mal olor. La familia vendía las latas frecuentemente y así podían comprar algo para comer. Según me contara Gloria, la noche después del juicio, la familia recibió la visita de Mario. Cándido, uno de los hijos de Gloria lo vio llegar. «¡Eh! Mario, ¡tú por aquí!, ¿qué se cuenta, nagüe?».

Gloria estaba a su lado, tenía buenas relaciones con Mario, a veces comía gracias a él, que pasaba por la casa a llevarles algo, pero también contribuía con la compra de latas de *cagao* para ajustar cuentas ajenas. Él había ido a la escuela con los hijos de Gloria y la desgracia que había en esa casa le dolía. «*Na'*, bien. Vengo *apura'o*, vine a buscar una lata de *cagao*. Gloria, dámela bien buena, la más fresca de todas». Mario estaba aparentemente tranquilo para que nadie notara su ira. Cuando fue a pagar, ella se lo rechazó: «¡No, que va!, usted hoy aquí no paga *na'* de *na'*, llévese su lata y resuelva su pleito». Gloria ya conocía del resultado del juicio y no quiso molestarlo más en consideración a lo que había hecho por ellos.



Mario se llevó una lata bien cargada de la mierda más apestosa que tenían. Si las gallinas del patio hubieran podido hablar, le hubieran agradecido eternamente.

En el parque, la fiesta que yo había preparado estaba bien sabrosa, todos tomaban ron peleón y bailaban con el equipo de música que le había comprado el marido alemán a mi prima Yudi *La Dura*. La estábamos pasando bien. Ángel se había ido a casa de Margarita a comprar unas botellas del vino que ella hacía para ponernos buenos. De pronto, todos empezaron a apartarse asustados, porque apareció Mario con una lata. Ya todos sabían lo que llevaba consigo. Sin importarme su presencia y sin temor a lo que me pudiera pasar, me planté frente a él. «¿Pensaste que ya estaba *guarda'o*, eh?», me preguntó agresivo. La música se paró y no se oían ni los grillos. «Acaba de echármela y deja el *tragiquismo*, viejo». Mario se enfureció más de lo que estaba y me echó la lata en la cabeza, todos gritaron de pánico al ver la sangre que me corría junto con la mierda de la familia de Gloria.

Había un motor a disposición para llevarme al hospital, pero no quise, con mi cabeza partida logré levantarme y pedí que me llevaran a mi casa para bañarme, así yo no iba al médico. ¡Ni muerta!

Mario me miró satisfecho por su gran hazaña, mientras yo caminaba a duras penas hasta mi casa. Ya estaba distante, cuando exigió, a voz en cuello: «¡Ah, y te quiero puntual en las visitas!, ¿oíste?». Yo, ni corta ni perezosa, le respondí: «Allá estaré, mi negro, allá estaré».

Ángel me dio un beso en la frente y se fue a su apuesta. Al regresar a su casa esa misma tarde me encontró dormida en su cama. Me despertó un beso con olor a valla de pelea ligado con alcohol, pero, al abrir los ojos, vi que su mano se movía con unos cuantos billetes que era lo que a mí me importaba. Mi flaco tenía suerte para las apuestas y el dinero lo llamaba, eso me convenía entre otras cosas porque con ese dinero compraba la comida que le llevaba a mi marido a la prisión.

Me levanté a las seis de la mañana y le pedí que me acompañara hasta la cárcel de Boniato para que me ayudara con la carga de comida que le llevaba a Mario. En la entrada se despidió de mí y le dije que me demoraría para acompañar a Mario y su soledad, pero realmente nos tocaba pabellón. Claro, que eso Ángel no lo sabía.

Mario siempre fue un malacabeza, pero me atrajo, me engañó con cosas que me gustaban y lo acepté hasta irme a vivir a su casa. Fue con el tiempo que se destapó un poco y fue cuando conocí de su lado torpe y animal.

Nunca tuvo un trabajo fijo, siempre andaba inventando para tener dinero y de esos inventos jamás habló conmigo, de manera que yo solo veía el billete y no le preguntaba de dónde lo sacaba. En una de esas visitas a la cárcel me contó, finalmente, que colaboraba con un grupo de delincuentes de alto voltaje a sueldo, a cambio de pegarle a alguna víctima para robarle y ajustar cuentas de otros. Mario tenía esperanzas de salir bien, pues por su conducta quizá, a su debido tiempo, le rebajarían un poco la condena.

En ese período se adaptó al ambiente de presidio y aprendió a comportarse como nunca antes lo había hecho, le dieron tareas y las cumplía responsablemente, por eso todos los presos lo respetaban como si él fuera cacique dentro de aquel lugar, pues hacía que los demás se incorporaran a las tareas. Yo lo visitaba cuando recibía el permiso y le llevaba buena comida.

Ya habían pasado diez años desde que decidí irme con Mario y mi vida se enredaba cada vez más, pero estaba bien y no me preocupaba por nada. Mario preso, Ángel satisfacía mis necesidades y así, a mi manera, iba haciendo mi camino, cuando descubrí a Flavio.

Lo conocí una tarde en el parque Céspedes. Frente al parque vivía un muchacho muy conocido en Santiago de Cuba, su casa era una de las mejores de alquiler para turistas. A veces ofrecía cursos de salsa para vacacionistas extranjeros y casualmente ese día tenía tremendo fetecún armado desde las seis de la tarde. Durante todo el día, había hecho un buen tiempo con sol de verano y fresco agradable, pero había que salir de la casa para sentir el aire de la tarde.

Yo había ido con mis primas La Pagahombres y La Perdida a dar una vuelta por las tiendecitas de la calle Heredia porque le queríamos comprar un regalo a La Dura antes de que se fuera de nuevo para Alemania. Cuando finalmente conseguimos lo que queríamos, nos fuimos al parque a coger un poco de fresco. Fue idea de La Pagahombres sentarnos frente por frente al lugar del fiestón porque decía que seguro que de allí saldrá un nene como los que me gustan. No pasó mucho rato cuando salieron dos tipos; uno, más bien gordo y otro, muy atractivo y alto, con ojos grandes y expresivos, era un negro hermoso de musculatura discreta, fino en su caminar, las pocas veces que gesticulaba, lo hacía con carácter, se le veía viril y al mismo tiempo sensual. Sin embargo, se le salía cierta inocencia que me llamaba la atención. Mis primas también quedaron impresionadas e hicimos los consabidos comentarios: «¡Uhm, que ricote está ese macho!», y desde ese momento me juré que sería mío.

Me levanté del banco y fui en dirección a él, que ya se había sentado, aproveché que nadie por allí tenía reloj y le pregunté la hora. «Papi,

¿puedes decirme la hora?, es que estamos esperando que nos vengán a recoger y no sabemos si hemos llegado adelantadas o atrasadas». Dije esa mentira para justificar la pregunta. Él me respondió con elegancia y mesura: «Joven, para usted, son las seis y cuarenta y cinco». Le agradecí y fui a sentarme de nuevo en el banco con mis primas. Les conté cómo había sido todo y les aseguré que ese macho iba a ser mío. Y todo funcionó a mi favor, porque el gordo que estaba con él se levantó y se fue de regreso a la casa del frente. Yo miré con insistencia al que era mi interés y él me miró, de manera que fui de nuevo a su lado. Le pedí permiso para sentarme y después de dar mis datos para no ser impertinente, le hice varias preguntas para saber su nombre, estatus y paradero. Me explicó que estaba con su mujer en la fiesta, pero había salido a coger un poco de aire y le dije: «Y en eso me conociste a mí —y sonrió mirándome a los ojos—. Déjame decirte algo, no te vas a arrepentir, soy muy buena amiga. Si vienes otro día al parque búscame porque yo vengo de vez en cuando a coger fresco». Me comentó que tenía que regresar al día siguiente para acompañar a su mujer.

Fui sola y esperé en una esquina a que se sentara en el parque, en cuanto llegó, esperé cinco minutos y me aparecí, él me extendió su mano para saludarme y yo lo halé hacia mí y le di un beso en el cachete. Caminamos en dirección contraria a la casa donde estaba su mujer y comencé a conquistarlo con mis cuentos y mi risa desfachatada. Conversamos más de dos horas y me mencionó el nombre de su mujer en tres ocasiones. Se veía que no le interesaba, pero que tenían una relación muy fuerte. Quedamos en vernos tres días después en un bar poco conocido para no llamar la atención. Pasado el tiempo, nos despedimos una cuadra antes del lugar de encuentro, miré hacia atrás y vi que cuando él casi llegaba al frente de la casa, salía una mujer de estatura más bien bajita, supuse que sería su mujer porque lo abrazó y subieron.

Conté a mi prima Estela todo lo sucedido, lo bien que la habíamos pasado los dos y le pedí que me ayudara a buscar información. Me dediqué a indagar sobre él y sobre María Regla, di mis vueltas por los lugares que me había dicho que vivía y fui preguntando hasta dar con su casa. En el barrio Martí, donde abundan los guapos y los solares de mal ambiente, me hice pasar por una investigadora para hacer captaciones de hombres jóvenes para un centro de trabajo del que jamás revelé su identidad. Me busqué todas las cartas posibles con mi prima Cecilia *La Perdida*, que ya había comenzado a trabajar en el turismo. Cuando llegué me dirigí al



primer chismoso de la zona y obtuve informaciones sobre algunos hombres jóvenes que no trabajaban, entre ellos estaba Flavio, como me imaginaba. El lengua larga me informó de cada uno de los jóvenes y en el caso de Flavio me dio su nombre y dos apellidos, me informó, además, que provenía de una buena familia y que estuvo a punto de entrar en la universidad, pero que se había enredado con María Regla, la mujer del solar. Vivía con dos hijas, dos yernos y nietos en un cuarto que habían ampliado. Dijo, también, que era un hombre serio y que nunca se le había visto en problemas.

Para los planes que yo tenía en mente, necesitaba más información de María Regla, pero lo que me habían dicho hasta el momento, me ayudaba en algo. Además, ya se me había hecho tarde y debía preparar las cosas para ir a visitar a mi marido al día siguiente. Di las gracias y me fui a casa de mis padres.

Noté algo raro en Mario durante la visita, no sabía explicármelo en ese momento. Lo vi con ojos colorados y preguntones porque hacía rato que no iba a visitarlo. Era digno de lástima, por haber desgraciado su vida para siempre. Y yo pensaba en esto sin saber lo que sucedería una hora después. Comenzamos a hablar, ese día tenía pabellón pero él no se sentía en condiciones y su miembro no reaccionaba, aquello parecía un souvenir en su cuerpo. Creo que para alegrarme y por orgullo de macho, me reveló un secreto que si no hubiera sido por ese suceso, jamás me lo hubiera dicho. «Mi negri, *pa'* que tu veas quien es tu Mario, tengo un dinerito escondido dentro del forro del colchón de la cama de nosotros, lo estaba guardando para comprarnos un cuarto, pero cógelo *pa'* lo que tengas que hacer». Él sabía que eso me encantaba, pero sabía también que su mamá no me iba a dejar entrar así como así, por lo que le pedí que hiciera una nota para ella. Le di un beso y empecé a desempacar la comida que le había llevado, era un arroz frito, que me quedaba especial, con unas maripositas que había aprendido a hacer con su madre, todavía se mantenía caliente. Comió un poco y aunque decía que estaba buena, no quiso más. De repente, empezó a tener unas sudoraciones frías, estaba tembloroso. Llamé al médico de la prisión, trataron de controlarlo un poco y se lo llevaron para su celda. Me despedí de lejos con un movimiento de mano y él movió su cabeza. Salí de allí rápido y fui directo a casa de Mario, la madre no estaba y me recibió el padre con mala cara, leyó la nota y me hizo una señal con la mano indicando que pasara al cuarto. Entré, cerré la puerta y zafé el forro del colchón por debajo, como me había indicado Mario, y allí estaba. Para mí fue una gran sorpresa, no era un dinerito,



era una buena suma de dinero. Me había sacado la lotería. Arreglé el colchón, le puse la sobrecama por encima y guardé el dinero en mi cartera. Di las gracias y salí de la casa sin decir nada más.

El estado de salud de Mario me había dejado un poco confusa. Nunca lo había visto enfermo y menos de esa forma, pero cuando salí de la prisión lo había dejado con personas responsables.

Con el dinero en la mano pensé en muchas cosas, pero Mario me había dado una idea, pensé entonces en tener un apartamento. Estela *La Pagahombres* se había hecho de una casa de dos plantas y estaba vendiendo la planta de arriba, ¿a quién mejor que a mí que soy su prima?, me dije, hablé con ella y aceptó mi propuesta. De esa compra me quedó dinero para comenzar a hacer los trámites y gestiones. Pagué bien y se resolvieron más pronto de lo que yo creía.

Llegó el día que habíamos acordado vernos Flavio y yo. Cuando entré al bar, ya estaba sentado en una de las mesas esperando por mí. Tenía puesta una camisa de hilo blanca que contrastaba con el color de su piel, me miró a distancia con sus ojos expresivos provocando en mí un deseo inmenso de estar con él. Iba rezando antes de llegar a su encuentro, ¡hay madrecita del Cobre, este hombre tiene que ser mío ya! Me senté junto a él y lo besé en la boca, sus labios eran suaves y su lengua caliente se movía juguetona dentro de mi boca. Él me chupaba los labios y volvía a repetir la acción con un suave mordisco. Acerqué mi boca a su oído: «Yo te voy a dar lo que la jicotea vieja esa no te da, a ella le falta mucho *pa'* llegar a mis chancletas, tú vas a conocer conmigo otro mundo porque yo tengo más *pa'* ti, papi, yo estoy sola oíste, y no me gusta eso, no me gusta dormir sola, la soledad y yo somos enemigas a muerte. Ven conmigo, deja a la rinoceronta esa». Todo lo que le dije a Flavio no se puede escribir en un libro, era tanto ruego que logré convencerlo; no tenía dinero para mantenerlo, pero sí otras virtudes.

María Regla, la mujer de Flavio, amaneció en casa de Fabien Baptiste, por eso al salir le mintió: «Mi baby, me demoro, voy a comprar mangos al reparto Caney». Él solo aceptó con la cabeza y, sin decirle nada, siguió saboreando su cubanísimo desayuno.

Fabien Baptiste era un haitiano de ochenta años que vino desde pequeño con su familia a establecerse en el oriente de Cuba. Sus trabajos tenían mucha relación con la naturaleza, pues para él era muy importante la conexión espiritual con la ceiba, lo cual aplicaba en casi todos sus trabajos de brujería. Afirmaba que la ceiba es un árbol sagrado y por eso tenía uno detrás de su casucha de guano en el reparto Martí, donde



se practica la brujería las veinticuatro horas del día, *pa'* lo bueno y *pa'* lo malo.

La gente decía que el haitiano hacía milagros en corto tiempo con la práctica de la Regla Osha traída a Cuba, en tiempos de la colonia, por los negros africanos de Nigeria y del Congo.

María Regla, por su parte, es muy devota de la santa Bárbara y siempre iba a la iglesia a pedirle por su marido, pero en esta ocasión había decidido ir más lejos, pues se olía que él se citaba con otra mujer a sus espaldas, ya no era apasionado y sensual, le daba igual si la veía desnuda o vestida. Flavio entraba y se acostaba sin decir palabra. No le motivaba nada. En esa casa, había mucha gente y las peleas entre madre e hija eran desesperantes. Él no estaba para esos conflictos, era un hombre educado y respetaba para hacerse respetar. Entre otras cosas, ella esperaba resolver su problema con rogaciones diarias a su santo: «*Changó ikawo ile mi funi alaya titanchani nitosi ki kogmanu mi oro ngbati wa ibinu ki kigbe ni na orun ati gbogbo...* Padre mío, dios del trueno, controle mi casa, déme la salvación radiante...».

María Regla tenía miedo de perder a su marido, ella tenía cincuenta y tres años y él cuarenta. Él era un buen mozo y ella bajita y avejentada, por eso se esmeraba y todas las mañanas le llevaba el desayuno a su marido a la cama con variadas frutas, leche caliente con un poco de café, como él siempre le ordenaba, pan tostado con mantequilla y mermelada de guayaba. Todo debía estar impecable en la bandeja, él era como su dios terrenal y ella necesitaba seguirlo adorando en su casa.

María Regla le llevó a Baptiste sus collares de diferentes cuentas y colores para que su padrino se los fortaleciera con ritos de brujería. Iba dispuesta a venderle su alma al diablo para recuperar el cariño de su marido. «Dígame cuántos animales necesito para sacrificar y yo le doy el dinero ahora mismo. No importa cuánto cueste. Yo lo pago». El anciano sabía que eso era en vano, pero trataba de buscar una solución. Sus muertos le decían que ese hombre ya se había ido: «Tiene otra blusa, esa otra blusa es caliente y lo tiene *alborota'o*. Es mujer dura de pies a cabeza y no hay hombre que le diga que no». De todos modos, había que hacer algo para que él regresara.

Ella anotó en un papel sus instrucciones para empezar lo más pronto posible con la brujería. En su casa, tomó un pedazo de tela de la ropa de su marido que debía estar sudada y dentro escribió el nombre de él y le puso mucha miel y canela, lo entizó todo con hilo negro y rojo y se lo puso debajo de la cama cinco días. Después debía llevarlo a la confluencia del mar y el río y con el tiempo vería resultados. Ella era capaz de gastarse lo que fuera para salvar el amor de su marido.



La ceremonia fue a las doce de la noche, hora en que, según Fabien, los muertos ayudaban a desarrollarse mejor para solucionar los problemas. Como ya tenía mucha edad para estar con tanto ajetreo, buscó dos ayudantes que hacían lo que él ordenaba. El cuartucho del anciano estaba rodeado por veinticinco velas encendidas, un recipiente con varias yerbas del monte, dos gallinas y un gallo, que no paraban de quejarse, atados por las patas.

María Regla estaba vestida de azul y su pañuelo de cabeza era del mismo tono pero de seda fina. Era una mujer tan excéntrica como su hija, siempre llevaba mucho oro encima, anillos, pulseras y cadenas, pero cuando el mundo se le venía encima dejaba todo esto a un lado llevando solo los collares que representaban a cada deidad. En el centro del cuartucho había un recipiente enorme de barro y dentro una foto de Flavio. María Regla pisaba la foto de su amado con sus pies desnudos, era como una acción para que él nunca se fuera de casa y siempre hiciera lo que ella quería. Mientras empezaban los rezos y cantos, ella debió permanecer con los ojos cerrados y así pidiendo en silencio lo que ella deseaba para su futuro. Se sacrificaron los animales encima de su cabeza, dejando correr la sangre hasta el recipiente. La foto de Flavio tomó completamente otro tono y su rostro desapareció al caer la sangre animal. María Regla miró hacia abajo y al presenciar esto tuvo una corazonada muy extraña, pensaba que al desaparecer el rostro de la foto desaparecería para siempre Flavio de su casa.

Los curanderos seguían sus cantos y rezos en lenguas africanas conservadas entre ellos de generación en generación. Después de dos horas de brujería, llegó la ocasión de preguntarle a los muertos si todo estaba bien hecho. Fabien tomó sus cuatro pedazos de coco fresco, hizo un gesto con ellos en sus manos hacia el cielo y luego los tiró en el suelo. Las cuatro cortezas negras cayeron hacia arriba y las masas blancas hacia abajo, los brujos se miraron muy asustados y serios. Pasó un minuto y el viejo ordenó a sus ayudantes que sacaran a María Regla de la tina de barro y la sentaran.

«La respuesta de los cocos dio ocana, *mi'ja*, y ocana no es buen resultado. Aquí hay algo más que abandono del hogar, María Regla». Ella empezó a suplicar: «¡Padrino, hable claro, no entiendo nada!». El anciano estaba muy alarmado: «*Ikú, mi'ja, Ikú*, es la muerte, María Regla, la muerte misma».

María Regla tenía tres hijas, dos de ellas vivían con sus maridos en el cuarto del solar que le pertenecía, allí nacieron y se criaron, se juntaron



con sus maridos y tuvieron sus hijos. Todos habitaban juntos y casi no había sitio para dormir. En esa familia nadie trabajaba y tenían una situación deprimente. Solo la tercera hija de María Regla, Joana, decidió trabajar y finalmente, se fue a vivir a París.

Joana bailaba en el cabaré Tropicana Santiago, donde conoció a un francés que le propuso casarse para que pudiera trabajar en París en un cabaré de lujo. Ella aceptó sin conocerlo bien, pero creía que era una bendición que acabaría con la pobreza que cada día devoraba a su familia. Lo primero que hizo al llegar a París fue buscar contacto para trabajar como prostituta de lujo. Tenía un cuerpo precioso, sin defectos ni grasa, sin una sola marca, pero su rostro era vulgar, un tanto hombruno. Era una mujer sin escrúpulos ni vergüenza, se paseaba por Santiago creyendo ser una princesa y todos debían rendirle pleitesía. Manejaba a su novio Francisco a su antojo. «Cállate. Ven *pa'cá*. Levántate. Trae aquello. Yo no te mandé a opinar, tú hablas cuando yo te lo pida». Él se callaba porque prefería ser mantenido y no disparar ni un chícharo, total, cuando ella regresaba a Francia, andaba con otras, incluso con amigas de Joana, con quienes disfrutaba del dinero que le dejaba. Ella pregonaba que era una ejecutiva muy importante en Francia y viajaba mucho, en realidad trabajaba de prostituta en París y era muy bien pagada por todos los antojos sexuales que sus clientes fijos le ordenaban. Por eso pudo comprar una buena casa en el centro de Santiago para que su madre fuera a vivir allí con Flavio y las gemelas.

El excentricismo de Joana la llevaba a ser ridícula en extremo, se vestía con ropa comprada en mercados ambulantes o en los supermercados de París. Se adornaba con anchas cadenas de oro de catorce quilates y enormes anillos en cada dedo de la mano para aparentar que era millonaria. Así era también su casa, le decía a sus invitados: «Yo misma la decoré». La entrada era una saleta que imitaba el estilo parisino, con dos butacas aterciopeladas, en el centro había una mesita redonda con una lamparilla beige de flecos. Después, la sala enorme con un equipo de música gigantesco y dos bocinas redondas metálicas. Al lado había un bar todo de madera al estilo americano de los años cincuenta, arriba del bar había montado una pequeña estantería de la que colgaban las copas. La casa tenía dos plantas, arriba tres cuartos, uno para ella y Francisco, su chulo, otro para la madre y Flavio y otro para las hijas, unas gemelas de ocho años a quienes mandó a vivir a Cuba bajo la tutela de su abuela. Los cuartos tenían sus baños y el de Joana era el más excéntrico: todas las lozas y azulejos eran de color negro menos el inodoro, el lavamanos y el techo que eran verdes. En la azotea había construido una terraza



enorme para las fiestas. Siempre había gente que entraba y salía a toda hora. Sus amigas bailarinas venían desde temprano a ensayar coreografías, a tomar, a fumar marihuana y a escuchar música. Cuando la fiesta se ponía cargada de drogas y alcohol, empezaban a desnudarse y bailaban unas pegadas a las otras.

Flavio estaba bastante cansado de tanta bulla y gente en la casa, estaba cansado también de que María Regla tuviera que atender a Francisco, el chulo de Joana, que dormía hasta las tres de la tarde, se iba a la calle y no regresaba hasta la hora de la comida, para después salir y no volver hasta el día siguiente con las mismas exigencias. Flavio no decía nada para no causar problemas. Además, María Regla le daba una atención cinco estrellas, su ropa toda era comprada en Europa, los alimentos que comía estaban muy bien elaborados y los recibía a la hora que correspondía. La casa siempre estaba limpia porque tenían un personal para eso y podía dormir plácidamente en una cama comfortable.

María Regla, en cambio, sufría todos los maltratos de Francisco cuando su hija estaba para Francia. Ella tenía muchos problemas y este era un problema ajeno que había aceptado por complacer a Joana. «¿Qué se cree ese hombrequito? Yo no lo quiero en mi casa, ¡soy negra, pero no esclava coño! —un día aprovechó que Francisco desayunaba temprano y le reprochó—: Estoy cansada de ser tu cocinera, y la educación de mis nietas tiene para mí más importancia que tus caprichos de glotón sin fondo». Él no paraba de comer: «¿Y sabe usted una cosa?, ¡a mí qué cojones me importa! Yo soy el marido de su hija y ella quiere que yo viva aquí y si no le gusta lárguese». Se levantó sin recoger el plato para llevarlo a la cocina y se fue a la saleta a encender muy despacio un tabaco de buena marca que siempre compraba en tiendas de hoteles. Él tenía aspiraciones de quedarse solo en aquella casona, meter cuanta puta se le acercara y tener noches de borrachera sin que Joana se enterara. Para lograr sus propósitos, tenía que quitarse a la suegra de encima tratando de enemistarla con su hija y así María Regla no tendría más opción que abandonar el hogar con toda su comparsa de familia.

María Regla tuvo que llamar a Joana a París para contarle todo el disgusto que le provocaba Francisco con sus groserías y faltas de respeto delante de las gemelas. Joana le respondió a su madre con la misma insolencia con que Francisco la trataba, pues había interrumpido su trabajo con un cliente que, por suerte, no se había dado cuenta porque estaba entretenido con la otra muchacha en la cama. «Arranca de mi casa, vieja de mierda, recoge tus cosas y lárgate con tu negro a otra parte, deja a mi marido en paz y a partir de ahora él es el que se queda en casa, tú te



desapareces de allí. ¡Arranca, piérdete! —María Regla trató de explicarle que la comodidad de las gemelas estaría en peligro, pero la otra siguió—: Te las metes por donde mejor te quepan, sale de mi casa y cuando yo llame mañana a Francisco, quiero escuchar de él mismo que tú te borraste del mapa». Y María Regla escuchó el tono de colgado. Fue entonces que recordó lo que le había dicho Baptiste, que tuviera paciencia, que eso podría ser peor, pero ya no había marcha atrás, tenía que hablar con Flavio para explicarle todo. «¿Volver al solar? No, eso nunca, vuelve a hablar con tu hija». Flavio no entendía, ni quería entender, y María Regla no sabía qué responderle, la casa no era de ella, era de Joana. Su hija la había comprado con el dinero que había traído de Francia. Tenían que regresar a su cuarto en el solar y esperar que a Joana se le pasara la calentura con Francisco. «Te lo juro, mi negrito fino». María Regla sabía que podía ser el fin de la relación con su marido. Recogieron sus bultos y esa misma noche se fueron para el solar del reparto Martí.

EL NEGRO FINO Y LA MADAME

«Yo te voy a dar lo que la jicotea vieja esa no te da a ti». Flavio escuchaba mi promesa como el zumbido de un mosquito. Ahora se encontraba en otra casa con difíciles condiciones. Hacía sus necesidades en una letrina que estaba en el mismo cuarto. *¡La peste a mierda no hay quien la soporte, esto es miserable! No es posible dormir cómodo con tanta gente, ronquidos, pedos, voces y conversaciones, no es fácil vivir así,* de seguro pensaba cada noche antes de quedarse dormido por el cansancio del agobio. La vida le había dado una vuelta inesperada.

María Regla le pidió que se acercara al matadero de Juancho y comprara varias libras de carne de puerco, esta vez tendrían bastante carbón en el patio del solar y un buen asado para varias bocas. La finca del matarife quedaba a diez kilómetros del centro de Santiago. Flavio tomó un camión y fue hacia esa dirección. Cuando llegó, el guajiro había acabado de matar treinta animales y había personas esperando para comprarlos, era un entra y sale de gente todo el día, el pedido era constante. Los fines de semana, Juancho vendía de noventa a cien cerdos por encargo. «Dime, asere, ¿estás en lo mismo que yo?». Flavio se dio la vuelta al escuchar. «¡Coño, Miguel!, ¿qué pasa mi hermano, cómo estás?». Conversaron largo rato, pues hacía tiempo que no se veían. A Miguel siempre le había caído muy bien Flavio y lo invitó a la fiesta que estaba preparando en la casa de Estela *La Pagahombres*. «Deja ver... ¿dónde es la rumba?». Miguel se reía, estaba contento de volver a verlo, pues, en su círculo, apenas quedaban personas de su simpatía.

Flavio y Miguel eran mantenidos cada uno por una mujer. A Flavio solo le interesaba la tranquilidad y todas las cosas a mano, y María Regla no quería, de ninguna manera, que su hombre anduviera por ahí, tenía la seguridad de que el dinero mantendría a Flavio a su lado. Miguel no solo era el chulo de Estela, sino que aceptaba que ella saliera con turistas, «Eso sí, al día siguiente tiene que entrar con el dinero completo en mi mano», le comentaba a Flavio. En ocasiones, se iba con ellos a comer o a la discoteca, haciéndose pasar por un taxista pariente de Estela. Con igual franqueza, Flavio le contó a Miguel su situación con María Regla. De esta forma la relación amistosa volvió a tomar fuerza.



Flavio le contó a su mujer toda la verdad de lo que había ocurrido ese día para que lo dejara salir de vez en cuando a casa de su amigo. Ella aceptó para darle un poco de aire a la relación y no agobiarlo en el solar.

Flavio no tuvo dificultad para encontrar la casa de su amigo, la música y el escándalo de los invitados lo llevó al lugar de la cita. El encuentro fue muy familiar. «¡Coño, mi hermanito, no me fallaste!... Oigan, les presento a mi amigo Flavio, pasamos juntos el servicio militar, en las buenas y en las malas». Miguel tenía unos traguitos de más, se sentía bien sabroso y quería fiesta, pero siempre enfatizaba que a su amigo había que atenderlo como a un rey. Estela le brindó un ron añejo de buen aroma, Flavio lo saboreó con los ojos cerrados cuando... «¡Yo voy a ver cuándo coño van a bajar la música de mierda esa, no puedo dormir cojones! — como Miriam vivía en el apartamento de arriba, todo se escuchaba y el ruido se hacía más ensordecedor, de repente paró de gritar, los ojos de Flavio fueron más fuertes que su garganta; entonces, cambió de tono, como cuando se cambia a otra emisora de radio—. Sigan, sigan bailando y gozando, perdónenme es que me dolía la cabeza pero ya, ya se me está pasando». Se relajó y fue directo a la botella de ron y se sentó con ella junto a Flavio.

Comencé a actuar aparentando que estaba muy apenada y le expliqué que yo no era así, que me sentía un poco cansada. Me dijo que era un viejo amigo de Miguel y aunque no era muy salidor, aceptó la invitación. «Verdad que eres un hombre diferente», le disparé. «¿Cómo soy yo?». «A ver, a ver, déjame pensar bien... Elegante, correcto, tierno y estás buenísimo». Al escuchar mi descripción, estalló de la risa, estaba tan a gusto que no se daba cuenta que yo a cada rato le echaba más ron en su vaso. Yo tenía puesto una bermuda amarilla bastante estrecha y una blusa también amarilla con un escote que dejaba ver la entrada de mis senos, llevaba un perfume suave que yo misma preparaba con canela y miel de abejas, entre otros ingredientes. Me le acerqué acariciándolo con mi cuerpo. «¿Y ese olor tan seductor?», me preguntó con un susurro y le respondí con un beso suave en su boca que me devolvió entrecortado, pero con deseos. Flavio ni miraba el reloj, le importaba un pito el regreso a los brazos de la caguama de su mujer. Había encontrado en mí una más joven y con muchísima frescura. Yo me le mostraba natural, mi risa era sincera, sin complejos, era divertida y bailadora.

Él solo sabía mirarme y reírse, aunque ya estaba un poco pasado de tragos. «Yo te puedo ofrecer mi sofá, pero solo mi sofá». Ya quedaban pocas personas en la fiesta y pusieron un tema suave. Me levantó y nos pusimos a bailar muy juntos. Lo besé nuevamente y nos empezamos a



emocionar, abrazos, besos, chupones, mordidas. Terminó la canción y mirando la hora de su reloj comenzó a despedirse de Miguel y el resto de los que allí estaban. «Quédate, chico, son ya la una y por aquí, a esta hora, no pasa ni un burro». No me respondió, sonrió y nos despedimos con un abrazo de dos personas que se deseaban desde toda la vida. Así pasamos dos días sin vernos.

Alguien me llamaba de la calle y me extrañó que me vocearan tan temprano. Me asomé al balcón. «¡Ah, Ángel, dichosos los ojos, mi flaco!». «Tú sabes que yo siempre estoy en el negocio, sin dinero no hay principios ni finales». Ángel no se había encontrado conmigo desde que se enteró que yo iba a pabellón con Mario. Estaba enterado, por Estela *La Pagahombres*, de que yo vivía en los altos de su casa. Le tiré la llave de la puerta desde mi balcón, en lo que subía me arreglé y me perfumé para recibirlo. No pude resistir verlo de nuevo y me acosté con él. Mientras tomábamos un traguito de ron en mi cama, aprovechó para plantearme mudarse a mi casa con el pretexto de que así no estaría sola y que me ayudaría con los gastos. «¡Ay no, flaco!, prefiero los encuentros de vez en cuando, después nos aburriremos de vernos tanto, estoy segura, papi, es mejor darnos citas sorpresivas». Ángel aceptó sin sospechar mis planes. Me gustaba Flavio y lo quería en la casa.

María Regla me caía como una bomba, cada vez que la veía con tanto oro y prenda me parecía que me retaba. Ahora estaba apagada porque había perdido su casa grande, pero yo tenía que estar a cuatro ojos, porque algún día la recuperaba y antes que eso ocurriera yo tenía que poner mis neuronas a funcionar. *Ninguna mujer se va por encima de mí, Flavio tiene que ser mío.*

No tardó mucho en visitarme, tenía pica pica en el cuerpo, quería lío y lío le di como yo sé dar. Así son los hombres, se atreven a jugar con una mujer, y hay que tener mucha mente, mucho cerebro para el jueguito de manos con las mujeres, nosotras ganamos y cuando perdemos es siempre ganando.

«Mira *pa'* eso, ahora mismitico estaba pensando en ti, no sabes las ganas que tenía de verte, mi negro, ven, entra que acabé de hacer un tamal en cazuela que es una barbaridad de lo rico que está —se mostró penoso por haber llegado a la hora del almuerzo y dijo que no había sido su intención molestarme—. Pero, ¿y eso qué cosa es? tú no me molestas, muchacho —le contesté vacilándolo de arriba abajo—, ¡ojalá me molestaras más seguido!». Sonrió. Le serví en un plato hondo que raspó dando la impresión de que se había quedado con hambre. Los dos nos mirábamos

como bobos mientras comíamos, cuando me puse de pie para buscar más agua, me miró los muslos con cara de asombro y también se puso de pie. «¿Miriam, qué te pasó en los muslos?, si lo puedo saber». Le respondí muy serena: «Es que no hay agua caliente en el baño y tengo que calentarla en la cocina y echarla en el cubo. Claro, como vivo sola, no tengo quien me lo haga —a Flavio se le humedecían los ojos cada vez que miraba las quemaduras—. Entonces, como te decía, al llevar el agua resbalé y ya sabes el resto, hay que mirarme para darse cuenta, pero yo no tengo complejos, me pongo mi short bien cortico porque este culo sigue siendo el terror de Santiago —se empezó a reír y me tomó por el brazo. Aproveché para decirle lo que tanto quería, que me encantaba y que desde que lo vi me dije que me pertenecía, que era el hombre que me gustaría cuidar por el resto de mi vida y darle el amor que yo sabía que nadie le daba y que tampoco le iban a dar—. Ahora todo el mundo va a lo suyo, todo en la vida se ha convertido en interés y más *ná*... Tú mismo, das compañía, ¿a cambio de qué? de *ná*, mi santo, de *ná*, pacotilla barata, disgustos, peleas, bretes de putas, chulos mal agradecidos, eso para mí es mierda. La vida es mucho más». Él se puso serio y quiso saber: «¿De dónde tú sacas que en mi casa hay problemas?». «Lo leí en tus ojos», mentí, pero siempre he sabido que la infelicidad no puede esconderse. La cara y los ojos son la ventana del cuerpo. Yo sabía todo lo que estaba pasando en casa de mi rival María Regla porque Flavio lo había conversado con Miguel, este se lo había comentado a Estela y ella, como buena vecina, me pasó el chisme completo. Yo estaba encantada, pues podía enterarme de toda la falsedad de esa casa y todos los secretos de la jicotea vieja.

Flavio estaba triste, pero yo le gustaba y se sentía bien en mi compañía. «No te pienses que vamos a empezar un romance de templeta y contentico *pa'* tu casa, de eso nada, yo soy joven y tengo Santiago por delante, no quiero atarme a un hombre que tenga una relación». Lo miré fijo a los ojos. «Mi mujer tiene muchos problemas ahora... —empezó a contarme lo de Francisco y la casa de Joana. Me hice la que estaba muy apenada, pero en realidad quería que *apagara el tabaco* y me dijera qué iba a pasar con nosotros—. Si dejo a mi mujer ahora, no podría dormir de lo desgraciado que me sentiría, no sabes la desdicha que está viviendo en estos momentos. No es conveniente hacer las cosas así. Tengo que pensar mucho». Yo no quería ponerle una soga en el cuello a mi negro, le dije que lo apoyaría en todo para terminar cuanto antes ese problema. Nos dimos un largo abrazo como prueba de unidad y esperanza. «Mira, dame unos días para averiguar unas cositas sobre este asunto, tú vas a ver que dentro de poco María Regla volverá a esa casona —él puso cara de bobo

y se empezó a reír, lo tomé por la cintura y le quité la camisa, su pecho era amplio y musculoso, sus brazos fuertes rodeaban mi cuerpo, llevaba una colonia riquísima, pero no quise preguntarle el nombre—. Me gustan los hombres con buena colonia y que lleven camisa», le dije bajito y me respondió: «Entonces tengo que cuidarme porque puede aparecer otro igual». Yo, más pegada a su oído y más despacio, susurré: «Como tú, estoy segura que no hay otro», estaba loquito por meterme mano y me tocaba las cicatrices de los muslos con cuidado, no quería dañarme. Sentí que su sexo estaba en erección. Pensé: *o este tipo está loco por mí o tiene una mandarria fuera de lo normal, ¡me gané la lotería!, este sí que va a satisfacer mi sofocación constante*. ¡Qué buen palo echamos! Flavio no se cansaba y esa era buena señal. Estuvimos haciendo el amor toda la tarde. Me gustaba mucho aquel hombre, pero yo le di lo que a él también le tocaba.

El cabaré Tropicana Santiago siempre recibía con distinción a sus visitantes extranjeros; europeos, mexicanos, asiáticos, canadienses y hasta australianos que venían ansiosos de placer, diversión y paseos. La gente se sentía feliz de pasar una noche agradable entre música cubana y ritmos caribeños. Las mujeres del show eran hermosas y estaban bien escogidas, era un cuerpo de bailarinas casi perfecto, todas del mismo tamaño, bailando en sincronía con estilo y movimiento armonioso.

Las mesas se ocupaban antes de empezar el espectáculo, mojitos y daiquirís adornaban todo el panorama y en el aire reinaba un perfume fresco que combinaba excelentemente con la ropa elegante de los asistentes.

Francisco, el chulo de la hija de María Regla, frecuentaba el lugar casi todos los días, allí conoció a Joana y allí siguió visitando a las demás bailarinas y modelos cuando su mujer estaba en París. Tenía una mesa pequeña, siempre reservada para él. Mientras el show reinaba, él bebía un whisky a la roca y con aire de grandeza vacilaba a las bailarinas una por una para después decidir con cuál se iba a entretener esa noche. Esa era la tienda de Francisco, lo mismo compraba a una de las muchachas más jóvenes del show, que a las jineteras que se iban sin el extranjero esa noche. El asunto era no sentirse solo en la casona, *tengo que meterle al gao gozadera buena every day*, de seguro pensaba. Llamó al camarero: «Nagüe, ¿quién está libre hoy?». Él le respondió: «Bueno... todas», ambos rompieron a reír a la misma vez y Francisco propuso: «Mira, me hace falta que me traigas a una *pa'cá*, te voy a dar buena propina por el servicio». «No, compadre, no me des *ná*, tú siempre me tocas con limón y ningún turista tacaño me deja ni *pa'* un pan de la bodega. Aquí traen a la gente

all inclusive y yo creo que dejan el dinero en el hotel porque...». «¿Al... in... qué?», interrumpió Francisco, confundido. «Turistas miserables, de paquete, asere». «Bueno... ¿a quién me llevo hoy *pa'* mi casa? Dame un norte, ah, pero eso sí, bonita y con culo, no quiero hueso en mi cama, lo mío es un buen pollo con buena masa», se dio un trago bien largo y soltó una carcajada. «Te mando a todas las del show y tú decides».

Francisco siempre se mostraba de buen humor, excepto con tres personas: no soportaba a María Regla con sus ronquidos en la noche ni a Flavio por sumiso, como él le llamaba, pero lo que había detrás de todo eso era envidia de un hombre más joven, atractivo y educado que él. La otra persona era Joana, cada vez que ella le avisaba que regresaba a Cuba se le venía un infierno encima, le entraba una tristeza funeral al saber que tendría que complacerla en todo lo que se le antojara: dormir con ella dos o tres veces al día, era la maldición en su vida. Las facciones hombrunas de Joana hacían que él a veces no le mirara a los ojos, aunque ella no se daba cuenta porque cuando hablaba lo hacía mirando hacia arriba. *¡Qué bueno sería que siempre mandara el dinero sin tener que venir a fastidiar a Cuba! ¡Maldita sea!* —de seguro se decía constantemente—, *pero tengo que sacrificarme, la vida fácil es cara.*

En cuanto terminó el show, las muchachas, se acercaron a la mesa de Francisco y este se decidió por tres, les preguntó si estaban dispuestas a hacer un trío y ellas aceptaron encantadas poder divertirse los cuatro juntos. Todo Santiago sabía quién era él, se comentaba que vivía solo en la casona, y poseía dos Harley y un Chevrolet 56, toda una joya. En aquella época, todos sus negocios los pagaba con dólares americanos.

María Regla no paraba de llorar, ahora era ella quién llevaba todos los días a las gemelas al colegio, tuvieron que despedir a la asistente de limpieza, se acabaron las dormideras en la mañana y los desayunos tropicales en la cama, seguía recibiendo dinero desde Europa para sus nietas, pero al vivir con dos hijas, dos yernos y cuatro nietos, tenía que compartirlo y comprar para todos, había que hacer maravillas de suma y resta para llegar a final de mes. Flavio seguía con ella, pero su amargura crecía con el panorama. Yo seguía esperando pacientemente, pensando en alguna estrategia para mi gran plan con Flavio.

Francisco creía que estaba en el paraíso, y su paraíso era la vida que llevaba día a día en fiestas, orgías con putas, drogas, borracheras y griterías a cualquier hora. Esos escándalos se hacían en la casona que un día había entregado Joana a su madre y que otro día le quitó para entregarla a su chulo. Los vecinos estaban bastante molestos con todo el desparpajo,

porque alrededor de esa casa había gente que trabajaba y se levantaba bien temprano en la mañana, pero a Francisco bien poco le importaban las quejas. Él estaba en su mundo y había logrado quedarse solo para vivir a sus anchas sin tener que rendir cuentas a nadie, derrochando todo lo que se podía derrochar, haciendo y dejando hacer a sus invitados lo que se les ocurriera. En medio de esa anarquía y confusión de brazos, piernas, cabezas y sexos, amanecía. Entonces comenzaba a botar a la calle a todos para que la señora de la limpieza pusiera la casa en orden.

Clarita, una de las bailarinas del cabaré y amiga de Joana, se acostaba con Francisco algunas veces creyendo que ella jamás se enteraría. «Mira, pollo —le dijo Francisco, quien apenas podía abrir los ojos por el cansancio de la traspasada—, yo paso hoy por el cabaré pero ahora sopla de aquí que quiero dormir —ella le pidió que la llevara a su casa porque vivía lejos y no podía aguantar más los tacones—. ¿A qué?... ¿a dónde? No, tú estás *mareá*». «Ay, papi, pero tú me dijiste que desde ahora no nos íbamos a separar y que lo nuestro era *pa'* largo», exigió Clarita, pero de repente sintió las palabras como una bofetada: «Lo último que me falta es tener otra mujer que me obligue a estar con ella. ¿En qué momento te dije eso yo a ti, chica». «Ay, papi, eso fue anoche haciendo el amor». «¡Pero que bobería te cae!... ay, chica, ya lo dijiste, cuando uno está en plena templeta dice mentiras por arrobos, no te pongas payasa conmigo». Clarita entristeció, se había enamorado de Francisco, quería quedarse en la casona y acompañarlo todo el día. Él le propuso andar siempre juntos en ausencia de Joana y cuando ella regresara, tenía que borrarse del mapa. «¿Ah sí? ¿Y qué tiene ella?, porque tiene esa cara que parece un boxeador». «Pero mira como me tiene —le respondió él muy serio—, la vida que me doy, solo ella la puede pagar —la tomó por el brazo, la llevó a un armario y lo abrió—. Mira, mira esto, una tarjeta de crédito con cuenta ilimitada abierta para mí solito, y mira cuánto tengo en el banco —le mostraba los documentos bancarios—. ¿Tú puedes competir con ella? Ah, Clarita, no me jodas, ninguna mujer puede darme lo que Joana me da. Yo vivo como un rey, porque yo soy un rey». Ella se dirigió a la puerta y al salir la tiró con tanta fuerza que se estremecieron las paredes. *Al fin solo*, suspiró Francisco.

A Clarita no le gustó nada la prepotencia de Francisco, aquí nadie es mejor que nadie y este comemierda se cree muchas cosas. Se propuso jugar con él, estaba aburrida de la misma rutina del cabaré y de la misma gente y sin pensar más recogió sus cosas, las puso en una maleta y al otro día se dirigió a la casona de Joana.

Francisco se asombró al verla con una maleta. Ella lo amenazó con que iba a contarle a su amiga todo lo que él hacía en su ausencia, «Así



que escoge o Joana se entera de todo o me quedo aquí, ya sé de todas tus historias con las *descarás* esas del cabaré, *Conchy*, la otra y todas sus amiguitas, *partía* de cochinas que son. Pues bien, ahora no te voy a dejar solo». Francisco se puso las manos en la cabeza, echándose su pelo lacio y negro hacia atrás. «¡Caballero, pero qué coño es esto!, primero Joana con su jodedera de estar siempre mandando y ahora esta que quiere dominar donde meto el rabo. Ahora sí estoy bien, muy bien —trató entonces de asustarla—. Bueno, cuéntaselo y nunca me verás el pelo». Y ella contrató, con mucha suavidad: «Entonces tú nunca verás lo que más te gusta: el dinero». Fin de la discusión. En las noches él se sentaba en el cabaré en la mesa de siempre, su botella de whisky con dos vasos, uno para él y el otro para cuando Clarita terminara de trabajar. Se quedaban compartiendo la música al final del show y seguían rumbo a fiestas de farándula o ellos mismos las formaban en la casona hasta las cinco de la mañana.

Si bien iba y visitaba la prisión con alguna frecuencia, con la llegada de Flavio a mi vida cada vez me iba alejando más de Mario. Esa vez fui sola a visitarlo y esperaba encontrarlo mejor, le llevaba, como siempre, su comida calentica. Al llegar, me dirigí al oficial que recibía a los familiares y los conducía a la sala para encontrarse con el recluso. Me identifiqué y él, muy correcto, me apartó de la entrada y comenzó a explicarme: «En los dos últimos meses su salud, empeoró mucho, lloraba con frecuencia, nosotros tratamos de contactar con usted. Su madre fue la única que estuvo con él hasta el final». Fue algo que no estaba preparada para escuchar: Mario había muerto. El oficial me dijo el día, pero no lo recuerdo, tampoco sé cómo fue su entierro.



DOÑA CEREBRO Y EL NEGRO FINO

Ángel apareció justo en el momento que más falta me hacía, aunque siempre contaba con mi flaco, aquel me cantaba esa canción que dice: *A la hora que tú me llames no me molesto*, eso sonaba mucho aquí en los carnavales y cada vez que me la cantaba, yo me ponía bien puta para él. En ocasiones, no tenía que llamarlo y ese era uno de esos días. Quería prepararle una comidita bien rica a Flavio y no tenía nada. «Mi Flaco, hoy quiero pasar por casa de mami y me hace falta que me compres algunas cosas para llevarle. Mira, te hice una lista». Él me besó, cogió la jaba con la lista dentro y se fue. Ángel no era bobo, pues sabía bien que yo no era sentimental y que no cargaría con tantas cosas para casa de mi mamá, pero bueno, hizo como que se lo creyó. A la hora estuvo de vuelta, me dejó la jaba con todo lo que le había pedido y me dijo que se iba a las peleas de gallos. «¡Hoy va a estar buenísimo eso!».

En el barrio de la casona se hablaba mucho de las grandes fiestas que allí se hacían, incluso algunos aseguraban que aquellas eran grandes orgías. Francisco se empeñaba en molestar y no tenía compasión con nadie, por eso el jefe de sector se le apareció en pleno apogeo de una fiesta para aconsejarlo, a él la nota le dio por discutir y le pusieron una multa por escándalo público y se salvó de que no lo guardaron esa noche. Pero no tardó mucho, a la semana estaba con otra fiestecita en la casona, con una tremenda borrachera gritando a todo pecho: «Yo si soy un duro, a mi no hay niña que se me resista, yo soy el rey del gallinero de Santiago y todas las gallinas son mías, vengan, vengan...», dicen que así gritaba por la ventana y se ganó el premio que merecía: lo guardaron una noche y un día completo en el calabozo y hasta sus buenos pescozones le metieron. Del susto, hasta se puso a trabajar en la fábrica de tabacos de Santiago como sereno, eso no duró mucho, claro.

La gente del barrio de la casona seguía con los chismes y comentarios, antes era por las fiestas, ahora era porque estaba trabajando y porque vivía con una bailarina amiga de su mujer. Pero en fin, todo lo de la casona me servía para mi posterior ataque, así que cuando iba a comprar

las cosas para la comida, lo hacía en el puesto más cercano al lugar para estar actualizada de lo que allí ocurría.

Francisco siguió visitando el cabaré con el pretexto de recoger a Clarita, se le veía más tranquilo, siempre en su mesita para cuatro personas, tomando su bebida favorita hasta que ella terminara de bailar.

Por otra parte, Miguel y mi prima Estela frecuentaban centros nocturnos de primera clase. Él quería buscarle un hombre con dinero que les mantuviera los antojos. Para La Pagahombres, jinetear no era trabajo duro, sino serio y de mucho interés para la pareja.

Estela era una mulata que parecía pintada a mano, siempre yo se lo decía: «Con ese cuerpo y esa cara no tienes que soportar los maltratos de Miguel y mucho menos pagarle», pero nunca entendió. Cuando entraba a un club nocturno todos los hombres tenían que mirarla. Miguel no era su único hombre fijo, tenía una relación con un empresario italiano que había conocido en una discoteca. Él se iba a su país y regresaba en quince días y Miguel aceptaba la situación porque sabía que Estela, además de su mujer, era un buen negocio.

Una de esas noches que salieron en busca de un buen partido para La Pagahombres, decidieron ir a Tropicana. «Buenas noches, ¿tienen reservación?», les saludó el portero del mejor cabaré de Santiago. «En realidad, no —dijo ella muy despacio y en voz bien baja, pero, movida por el deseo de compartir un buen rato con su novio y pescar a un yuma, mintió al ver a Francisco, el de la casona—, es que nos esperan allá, sí, aquel señor que está solo en la mesa de cuatro personas», señaló al chulo de Joana. «Él se llama Francisco», agregó Miguel.

Francisco era bien conocido en el cabaré, por lo cual el portero les franqueó la entrada. La pareja se dirigía a la mesa, mientras Miguel murmuraba: «Caray, el mundo es chiquito, ese es del barrio, quizás acepte que nos sentemos con él en su mesa». «¡Bienvenidos! —lo complació el chulo de Joana—, vengan, siéntense y tomen de mi botella». A pesar de vivir cerca y de tener características en común, nunca habían compartido, pero esa noche se entendieron muy bien.

En funciones de trabajo, Estela y Miguel comenzaron mirar con disimulo las mesas ocupadas por extranjeros solos. Cuando Francisco hacía otro pedido de bebida y algún saladito para picar, Miguel le dijo a Estela: «Oye, los *giles* están sueltos». La noche era propicia para el trabajo de Estela, cuando Clarita se incorporó a la mesa, Francisco hizo las presentaciones y las dos mujeres se pusieron a conversar. Clarita se dio cuenta que la otra era jinetera, pero, de todos modos, le cayó muy bien. Entre otras cosas, le dijo que vivía en la casona con Francisco y la invitó

a visitarla. ¡Miguel se impacientaba al notar que Estela seguía perdiendo tiempo en la conversación y no quiso permitir que su empresa perdiera dinero, de manera que le llamó la atención. Ella se puso nerviosa al ver que Miguel, mediante señas discretas, la apremiaba para que se pusiera a trabajar. Le tenía miedo, pues lo conocía muy bien y cuando llegaba a la casa sin dinero la golpeaba.

Días antes, en la disco, Estela no consiguió pescar ni una sardina en lata, pero se quedó bailando con sus amigas y salió a las cinco de la madrugada. A Miguel no le hizo gracia estar esperando tanto tiempo y mucho menos que ella se apareciera sin el dinero. Cuando llegaron a la casa, él se sacó el cinturón y le pegó con todo el odio que tenía dentro. Cerraba los ojos y la ira no le dejaba escuchar los gritos, le marcó las piernas a cintazo limpio y después la violó. Luego, Miguel le espetó con desprecio: «Si sigues así, so puta, no vamos a llegar a ninguna parte».

Estela tocó a Clarita por la mano y, alegando que iban al baño, se levantaron juntas en esa dirección, por el camino la novia de Francisco le preguntó que si Miguel le pegaba. «Me madura a golpes y me pone como una manzana roja, después no puedo salir a la calle en unos cuantos días». «Mujer, ponte dura —le dijo Clarita—, eso no sirvió, tú eres la que lucha el baro». «Es que me gusta que me pegue porque de lo contrario no tomo disciplina y él es quien manda yo solo soy su empleada, aunque es verdad que hay veces se le va la mano. Cuando me pagan por el trabajo, se lo entrego todo, me encanta saber que pagan grandes sumas por mí y que mi macho disfrute el dinero que trabajo. Soy feliz así». Clarita tragó en seco.

Estela cambió de rumbo, avanzó hacia una mesa donde había un turista solo y comenzó a hablar muy animada y desenfadada con él, se sentó, acercó la silla y le pidió permiso para tomar de su trago. Clarita siguió su camino hacia el baño.

Me molestaba un poco que Flavio no se quedara en casa, solo podía escaparse un rato con la justificación de visitar a Miguel. Un día se apareció en casa de su amigo con María Regla, yo no salí ni a tomar aire al balcón, los sentía charlando y riendo en armonía, me hirvió la sangre y hasta me bajó la presión ese día de la impotencia. Las copas y los cubiertos sonaban, las voces de ellos resonaban en todo mi cuerpo. *¿Cuándo se irán, cuándo se irán?*, parecía que el mismo diablo me castigaba. *¿Será que Mario, el abusador manipula mi vida desde el infierno?*, me hacía miles de preguntas, estaba desesperada. *¡Miriam, tá bueno ya! ¿Qué te pasa, eh?*, *acaba ya de ponerte las pilas, nadie puede contra ti*, me animaba yo misma

para no entristecer de tanta roña. Gracias que Ángel me había comprado una botella de ron añejo, la destapé y me metí unos cuantos buches para coger fuerza. *Esto no es ná, esto es bobería chica.*

Al día siguiente, amanecí de mal humor y fui a ver a Estela. «Oye, la ilustre visita que tuviste anoche no me dejó dormir». «¿Qué coño querías que hiciera? —me gritó mi prima—. ¡Ay no me jodas, Miriam! Tú bien sabes por qué él está con ella, ahí no hay amor ni hay *ná*». «Sí —le respondí—, pero anoche se me vino el techo encima». Entonces Estela empezó a consolarme con el cuento de Clarita, la nueva novia de Francisco, y que, según ella, Joana había pasado al olvido, y fue cuando le propuse a mi prima que invitara otra vez a María Regla a su casa para comenzar con mi plan. «¿Viste mi prima?, para algo sirvo». «Claro, además de para pagarle a Miguel». Siempre le aconsejaba lo mismo, pero a ella le gustaba esa vida y yo se la respetaba, sin embargo, siempre estaba preocupada por ella.

Se acercaba la llegada de Gino, el marido italiano de mi prima Estela. Esa relación comenzó en una discoteca que ella visita con frecuencia cuando buscaba hombres con dinero. En una de esas correrías, apareció el empresario de Nápoles, quien con el tiempo puso toda su confianza en Miguel, a quien Estela presentó como su primo, y lo convirtió en el administrador del dinero a gastar. A Miguel muy poco le importaba que el otro se acostara con su mujer, incluso, a veces, escuchaba los gemidos de ella cuando Gino le hacía el amor en el otro cuarto, pero para él, ella fingía.

A Estela se le ocurrió hacerle a Gino una fiesta de bienvenida, así que empezamos a organizarla, pues su llegada significaba alegría, bebida, salidas a cabaré, piscinas, hoteles, paseos turísticos. «Miguel es feliz cuando llega Gino, porque hay dinero y estabilidad —me dijo—. Él invitó a todos sus amigos viejos y nuevos, así que Flavio no faltará». Le recordé que invitara a María Regla porque ya era hora de conocernos personalmente. Entonces me suplicó con autoridad que no armara escándalos en su casa y le prometí: «Escándalos no habrá, aquí no».

Yo no conocía bien a Gino porque él siempre estaba complicado con el trabajo, pero mi prima le fue gustando cada vez más y estaban más tiempo juntos, por eso ella se lo presentó a algunos de la familia y a sus amistades. Después me hice íntima de él, pero el día que lo conocí, no quería creer que ese era el italiano de quien me hablaba. Cuando me lo presentó, por poco me le echo a reír en la cara. «¡Dios mío!, si yo tengo que templarme a ese viejo para tener dinero, me pongo a trabajar en lo que sea», le comenté a mi prima Cecilia *La Perdida* quien, tan pasmada como yo, permanecía



a mi lado. Gino parecía tener más años que el mismísimo Morro de Santiago de Cuba, mi prima decía que tenía cincuenta y siete, pero a mí me parece que tenía setenta y... era puro pellejo y a cada rato se quedaba dormido, decía él que era debido al *jet*... no sé qué cosa, o sea, el cambio de horario. Pero cuando Estela le decía: «Bueno, mi amor, vamos a dormir que ya es tarde», se le hacía la boca agua porque sabía que iba a comer la carne fresca que seguramente en Italia, desde la época del circo romano, no comía. «¡Bendito sea Dios!», exclamaba todas las mañanas al levantarse. Eso sí, era muy generoso con mi prima, pajarito volando o tiñosa cantando, lo que Estela quisiera. El dinero no era problema, pero era casado y pertenecía a una familia bien conservadora, no podía establecerse con Estela como él hubiera querido, por eso viajaba a Cuba varias veces al año. A su familia en Italia le metía el cuento de que hacía viajes de negocios. A Gino le gustaba organizar excursiones por la ciudad y siempre me invitaba. Cuando fuimos al castillo de San Pedro del Morro, disfruté de su preciosa arquitectura que descansa junto al mar Caribe. Siempre quise visitar esa fortaleza. Desde allí contemplamos la bahía de Santiago y la puesta del sol. Para mí sola, que me gusta saber todo sobre la historia de esta ciudad, lo obligué a pagarle a un guía que me explicó eso de los piratas y corsarios. Fue como una pequeña aventura que me sacaba de la vida tan insignificante que siempre he tenido y, además, el guía estaba buenísimo, pero cuando me le insinué, me dijo que él era un *tipo fresa*. Solté la más desfachatada de mis carcajadas y le dije: «Tú lo que eres tremendo maricón».

Al lado del morro está el hotel Balcón del Caribe, donde Gino siempre se hospedaba. Desde allí, como si se contemplara una postal, se puede disfrutar del panorama caribeño en toda la plenitud de sus colores y olores. Ese día fui por primera vez y quedé encantada. Después bajamos a la playita, Estela y yo nos metimos en el agua, el italiano aprovechó para sentarse junto a Miguel a la sombra de una palmera y tomarse una cervecita fría.

En cuanto salimos del agua, a mi prima se le ocurrió decirle a Gino que haría una fiesta para presentarlo a sus amigos, Miguel apoyó la idea y Gino, contento, repetía: «Estela es una reina, mi reina».

A la fiesta fue invitado medio Santiago y, por supuesto, Flavio no podía faltar. Se le dijo personalmente a María Regla, así que él tendría que traerla. Nuestras tardes fogosas podían esperar, ahora había que trabajar la valla de pelea y esta vez era entre gallinas y por un gallo: mi gallo fino.

El puerco de la fiesta se compró en el matadero del guajiro Juancho, era bien grande, lo que garantizaba el disfrute para más de cien personas. El italiano compró varias botellas de ron añejo y yo estaba dispuesta a sonarme unos cuantos vasos de ron para soportar de cerca la presencia de la jicotea.

Llegó el día de la fiesta y junto con ella la actuación que habíamos preparado Estela y yo. «Miriam, te presento a Flavio y a su mujer María Regla», mi prima actuaba con dificultad, pues tenía miedo de algún desaire de mi parte. Yo había ensayado muchas veces frente al espejo y estaba segura de que iba hacer mi mejor actuación. «Vivimos a quince minutos de aquí, en el reparto Martí», explicó María Regla con aire de superioridad, aparentando ser de otro planeta. Flavio estaba pálido.

Yo estaba donde podía ver a Gino con sus ínfulas de Duque de Santiago, porque, como todos sabemos, basta que haya un extranjero para que comiencen a hacerle elogios y rendirle pleitesías. Con el pasar del tiempo y en medio de las dificultades, la gente en esta ciudad se convertía en interesada y falsa, por eso todo lo mío es a la cara, nunca me importa lo que digan de mí, aquí todo el mundo hace lo que le venga en gana.

Yo iba por dos vasos de ron para enfrentarme a María Regla. Aproveché que estaba sola y le llevé un plato con masas de cerdo fritas bien picaditas y me le senté al lado. «¿Le gusta la fiesta?», le pregunté. «Por supuesto —respondió muy plástica ella—, donde haya un europeo ahí estoy yo: buena bebida y buenas cosas. Es a lo que estoy acostumbrada —me sacaba de quicio por la clase de mierda que hablaba, pero por mi bien me controlé y, como al descuido, le pregunté por Francisco—. Ese le está haciendo mucho daño a mi familia, espero que ustedes no sean amigos de un tipo tan descarado, si no me marchó ahora mismo de esta casa —María Regla me asustó, porque no era todavía el momento para que se marchara. Muy bajito, le dije que mi prima se lo había encontrado con su novia nueva y que vivían juntos en la casona, que se le veía feliz y que todo el barrio lo sabía—. ¡Lo que me faltaba, lo que me faltaba! —la rinoceronta se llevó las manos a la cabeza—, lo más jodido es que mi hija no me va a creer nada porque está ciega con ese chulo de mierda, no sé qué hacer. ¡Esto ya pasa el descaro!, Francisco es un hijo *e' mabinga*». La consolé diciéndole que tenía un plan para ayudarla, que me caía muy bien y que veía en ella a una mujer honrada. Le propuse vernos al día siguiente en mi casa para hablar de una posible solución.

Flavio nos miraba todo el tiempo desde la esquina donde conversaba con Miguel, estaba tan intrigado que no le prestaba atención a lo que su amigo le decía, pero lo que más le asombraba era la madurez y serenidad con que yo había asumido la conversación con mi rival.

A la mañana siguiente, María Regla se apareció en mi casa después de haber dejado a sus nietas gemelas en la escuela. «Le propongo que hable con su hija», le dije ofreciéndole una taza de café. «Joana está muy enamorada de Francisco —dijo con voz triste y cansada. Mi plan era buscar pruebas contra Francisco, para enviarlas a Francia y así ella vería con sus propios ojos el engaño—. ¿Por qué usted quiere meterse en esto? ¿Por qué le interesa tanto ayudarme?», me preguntó, mirándome fijamente a los ojos. «Porque usted perdió su casa, casa que le costó a su hija y que su hija quiso que usted la viviera», le respondí y quedó convencida, le pregunté si tenía cámara fotográfica y me la prestó.

Al día siguiente, le pedí a Estela que se encontraran ella y Gino con Francisco en la casona y que Gino sirviera de pretexto para ese encuentro, pues, supuestamente, el italiano necesitaba un círculo amistoso en Santiago.

Dos semanas después tendría en mis manos fotos, muchas fotos de Gino con Estela, de Clarita con Francisco, de la pareja besándose, de la fiesta en la terraza de la casona, de Clarita en cada parte de la casa como si fuera la dueña. En las fotos se podía ver que la disposición de los muebles no era la misma que había concebido Joana, porque tenía la mano de otra persona y esa persona evidentemente era Clarita.

Clarita y Francisco se dejaron fotografiar en todas las formas y posiciones, pues pensaban que Gino se las llevaría para Italia. No se equivocaron de continente, pero sí de país, las fotos fueron a parar al apartamento parisino de Joana. Si me da por imaginarme aquello, creo que es mejor ver una película de terror que ver a una santiaguera *encabroná*. Me la figuro maldiciendo a todo el que tendría cerca en ese momento.

En el solar donde vivían María Regla y Flavio había ropa colgada en el patio, a ella le tocaba el turno para lavar sus sábanas y la ropa de los suyos. «¡María Regla! —gritó una vecina—, ¡teléfono!», había uno solo para todos y debían avisarse unos a otros cuando entraba una llamada. Ella dejó la cesta de ropa y se acercó al aparato colgado de la pared: era Joana con voz llorosa, había visto las fotos de Francisco y Clarita en la casona. María Regla reaccionó firme y dispuesta a ayudar a su hija para echar a Francisco de la casa. Joana decidió volar a Cuba esa misma semana, pero quería a Francisco fuera de su casa en veinticuatro horas. Le dio órdenes a su madre: «Escúchame bien, toma la llave de la casa, seguro conservas la de Flavio, trata de entrar cuando él no esté, sube a nuestro cuarto y debajo del ventilador verás un sobre blanco, eso es



droga, que se joda por estúpido». La madre captó la información, bendijo a su hija antes de colgar y se puso manos a la obra.

María Regla no se apareció por la casona, no le hacía falta, fue a la estación de policía del barrio, habló sobre todo lo ocurrido y dio las pistas sobre la droga. Ellos se ocuparían de sacar a Francisco de la casona sin ella mover un dedo y así mismo fue. La policía encontró casi un kilo de cocaína en casa de Joana, una verdadera sorpresa para Francisco que se preguntó una y mil veces quién sabía de su escondite, no le pasó por la cabeza que Joana lo había delatado. Cuando María Regla regresó a su antiguo hogar, se lo encontró patas arriba, no sabía por dónde empezar para que la casa volviera a tener orden.

La casa de mi prima Estela *La Pagahombres* era toda paz y armonía. Gino y Miguel se hicieron muy buenos amigos, de vez en cuando invitaban a Flavio a un ron añejo y a fumar buenos habanos o a hablar de deportes. En eso, subían de tono, pues no se ponían de acuerdo cuando iban en defensa de sus equipos favoritos en el Calcio italiano y así las tertulias se alargaban entretenidamente. Después de que María Regla regresara a casa de su hija fue a mi casa, a agradecerme por lo que había hecho por ellos. Me regaló un perfume y me preguntó si podía ayudarme en algo, esa fue mi oportunidad. «Me imagino que debes empezar de cero en la casona, debe estar sucia y muy desordenada, ya tu hija debe estar al llegar. Yo no ando muy bien de dinero últimamente y puedo echarte una mano en la limpieza». Ella aceptó y al día siguiente empecé.

Estela me rogaba que dejara a esa pareja tranquila diciéndome que cada día yo estaba más maligna. «¡Y tú más puta! —le respondí—. Ocuúpate de tus hombres que yo me ocupo de los míos».

En cuanto comencé a trabajar en la casona, Flavio se sintió feliz con mi presencia, pero a la vez se le notaba nervioso, pues si María Regla se enteraba de nuestro juego no se podía prever cómo actuaría con él. Yo debía protegerlo, no levantar sospechas y ganarme cada día la confianza de la jicotea hasta que nos la quitáramos de encima.

Me pidió llevar a las gemelas todos los días a la escuela, la asistente anterior lo hacía igual para que María Regla pudiera quedarse más tiempo en la cama por las mañanas, por su puesto con su negro fino. A mí me cayó aquello como una lata de *cagao* en la cara y me imaginé a Flavio revolcándose con la mal hecha, sobre las sábanas que yo mantenía muy blancas. Después que terminé los quehaceres me fui sin despedirme. Cambié de rumbo esa noche y me cité con Ángel.

«¡Oye, ricura, estás más perdida que la mantequilla!». Ángel, siempre tan dulce, tan complaciente, venía con una bolsa llena de pan con lechón y otra con cervecitas bien frías. «*Ná*, mi flaco, ganándome los centavos por aquí y por allá?», le respondí con un abrazo y él echó una carcajada. «Miriam, ¿desde cuándo te ocupas de luchar el baro?». Sonreímos y comimos con tremendo gusto los panes y las cervezas, nos quedamos juntos esa noche acompañados de velas y música romántica, tenía ganas de estar con él. Creo que es el único hombre que siempre entendió mi forma de vivir y de amar, pero me gustaba Flavio también. No logro estar con un solo hombre, pero, eso sí, no los comparto. La única blusa tengo que ser yo.

Los días pasaban y yo seguía con mi plan en casa de María Regla, hice que Flavio no tuviera tanto acceso a mí y le di celos, mi estrategia se dio exactamente como me lo había propuesto. Ya él no soportaba las caricias de su mujer, cada vez que me veía le daban ganas de salir volando conmigo a otro lugar. Yo, por mi parte, siempre estaba muy serena, atenta a los pedidos de María Regla, si tenía que ir al mercado, limpiar los baños, ir a buscar a las nietas a la escuela, hacer la comida, en fin a todo lo que ella me mandara. María Regla me pagaba bien, yo guardaba ese dinero para la llegada del carnaval. Lo necesitaba para beber día y noche con mis primas.

Joana llegó a la casa en un carro muy elegante alquilado en una agencia del aeropuerto, se bajó y tiró la puerta con intención de que todos se acercaran a sus ventanas para que la vieran. Iba vestida de negro, con un turbante amarillo brillante con flecos, zapatos dorados de tacones muy altos, bolso dorado y mucha, mucha arrogancia. Saludó fríamente a su madre y, sin saludar a los vecinos curiosos, entró en la casa, me vio pero se hizo la despistada, solo sabía decir que le había cancelado la cuenta bancaria a Francisco y que el carro y la moto estaban a nombre de ella. María Regla aprovechó la ocasión para preguntarle si Flavio podía quedarse con las cadenas y los anillos de oro de Francisco porque quería recompensarlo por las incomodidades en el solar. «Mamá, no sé qué se merece, pero como quieras. No sé qué pinta en tu vida, pero si te hace feliz, sigue comprándolo con tus regalos, un hombre es un juguete». La madre le contestó con cara de suplicio que para ella era así: «Flavio es mi amor, mi vida, mi negro fino».

María Regla me presentó a su hija, quien me saludó sin mirarme a los ojos. Para ella, de seguro, como no era de su caché, yo no existía. «Gracias a Miriam desenmascaramos a Francisco, ella me ayudó a reunificar



la familia». María Regla hablaba con aire de felicidad. Joana no cantó ni los pollitos, me daba igual, ella también era para mí una pared mal pintada. Ya empezaba a aburrirme de esa gentuza. Me dediqué a mi problema que no acababa de resolver.

Flavio sufría porque no me tenía como antes, yo no le daba entrada y eso lo hacía que fuera reaccionando a favor de resolver nuestra situación.

«Esta noche nos vamos todos a Tropicana», alborotó Joana, pues había reservado una mesa para diez personas». «Yo no voy», dijo Flavio. María Regla lo miró asustada, pensaba que su dios terrenal estaba enfermo y enseguida le propuso quedarse en casa para atenderlo, él le dijo que estaba cansado y no quería salir. Joana la miró de reojo. «Mamá, deja a Flavio, que no tiene nada. ¡Dale un aire, coño!», y ella se fue al cabaré, a regañadientes, con su hija. «Vete tranquila —dijo él—, que yo en cuanto ustedes se vayan me voy derechito a la cama».

A la cama no se fue. En cuanto todos partieron muy elegantes, yo volví a entrar a la casona y me tendí en el sofá con él, entre besos y chupones me suplicaba que volviéramos a acostarnos más frecuente y le dije: «¿Tú te imaginas lo que siento cuando te preparo el desayuno y estás con ella sobre las sábanas que yo lavo?». Él me obligaba a creer que María Regla lo provocaba, pero no tomaba la iniciativa. Yo no le creía, él sabía que yo estaba limpiando esa casa todos los días desde temprano y no se movía de la cama porque estaba con ella. «¿Qué quieres que haga, Miriam?». No le respondí, le desabroché la camisa, lo besé varias veces en el pecho, mientras él respiraba muy rápido, me deseaba y lo encubría con mucho trabajo. De pronto, a zarpadas de impaciencia, me quitó la ropa interior. Se puso de pie y me cargó. Yo me sujeté a él enredando mis piernas en su cintura, así pudimos hacer el sexo sin pausa. Flavio me sujetaba fuerte y movía mi cuerpo de arriba hacia abajo, yo permanecía en el aire, me sentí como una paloma volando por primera vez. Él tenía todo el tiempo los ojos cerrados, disfrutando cada movimiento, tenía gran fuerza y me sostenía como si yo fuera una hoja de papel. Ese momento era mío y nadie me lo iba a quitar. «Flavio, mi amor —muy lejos de rogar, exigí todavía sin reponernos del orgasmo—, ven a vivir conmigo a mi casa, no me dejes sola». Él me besó en la frente. «Dame unos días, solo unos días».

Flavio necesitaba dejar resueltas cosas importantes antes de su partida. Sabía que Joana traía mucho dinero cada vez que entraba al país y que ella se lo daba confiada para cambiarlo. Él lo hacía por debajo de lo oficial en un banco clandestino. Joana recibía la constancia como si fuera



un cambio en un banco estatal y de esta forma él se quedaba con una buena diferencia que iba creciendo cada vez que ella venía y la guardaba sin levantar sospechas. Con las cadenas de oro que pertenecieron a Francisco, aumentaba su riqueza particular. Solo tenía que esperar que Joana lo mandara al banco.

Mientras mi negro fino se disponía a esperar la tarea de la hija de María Regla, yo preparaba, a mi manera, el perfume que me había regalado la jicotea vieja convirtiéndolo en una colonia que podía protegerme de las malicias que vendrían de ella al saber que yo me estaba acostando con su marido. Tomé dos gotas de miel, una hojita de yerba buena, la mitad de una hoja de romero, cinco pétalos de girasol, agua de río y una lágrima mía. Vertí todo en el perfume y lo dejé reposar cinco noches. Mis remedios no fallan, sé protegerme y no creo en su brujería. A esta que está aquí no le entran ni las balas.

Miguel no perdía la oportunidad de pedir cada vez más dinero, ya tenía las tarjetas de Gino, pero no se conformaba con eso. Una mañana Miguel se levantó bien temprano, para exigirle a Estela más dinero. Ella le contestó que no podía pedirle más al italiano. En ese momento Gino se despertó y fue directo a la cocina. Estela colaba el café de la mañana y él se dirigió a donde ella estaba para besarla y fue cuando se le ocurrió proponerle a Gino la compra de una casa. Esa mañana Gino se había levantado echando de menos a su mujer y Estela aprovechó el momento para argumentar la necesidad de una casa con patio interior que tuviera más intimidad, «Porque los vecinos son muy chismosos y en el jardín podríamos sembrar las yerbitas que a ti tanto te gustan». Gino reía a carcajadas, «¿Crees que es posible tener esa yerba cultivada aquí?». «Claro, mi amor, vamos a tener el mejor *efori* de la Sierra Maestra al alcance de la mano —aseguró Estela—, podemos tener nuestra casa con amplitud, comodidad y privacidad. Mi prima Miriam vive arriba y a veces le molesta nuestra música y nuestra vida». «Bueno, pero yo ya me tengo que ir para Italia *ho un appuntamento molto importante*». Estela se puso nerviosa y le rogó a Gino que le dejara el dinero de la casa antes de su partida, prometiéndole que estaría comprada a su regreso, pero Gino quería ir a verla con ella. «No eres de aquí y para mucha gente ser europeo significa ser millonario», esa afirmación lo frenó.

Los turistas que vienen a Santiago eligen el reparto Vista Alegre por el aire colonial de la arquitectura. Pero la casa que iba a ver Estela, no se vendía, sino que se alquilaba por horas a parejas que no tenían donde pasar sus momentos. Estela tocó la puerta de Lucía y cuando se abrió vio una inmensa sala de construcción fuerte con claros de rayos de sol que

la invadían haciéndola más clara y amplia, se presentó y le planteó su necesidad de alquilar la casa durante cinco meses por cinco mil dólares. Lucía se sorprendió, no creía lo que escuchaba, pues nunca se habría imaginado tener ese dinero en sus manos.

Estela le prometió pagarle enseguida, le aseguró que no maltrataría los muebles y que iba a mantener intactas las pertenencias de la casa. La única condición era que se marchara, lo más pronto posible, durante esos meses, fuera de Santiago. «¿Y por qué tanto apuro? ¿Pasa algo? Mira que no quiero problemas en la casa». Estela le volvió a mentir: «La cuestión es que no tengo cómo verme con mi novio y todavía estoy casada con otro, queremos probar si la convivencia funciona o no».

Mi prima se fue ese día a contarle a Gino y a Miguel sobre las condiciones de la casa y que la dueña la vendía en cincuenta mil dólares. Gino protestó, pero se había enamorado de mi prima y no tenía opción, por lo que le entregó la mitad del dinero y la otra mitad le dijo que se la enviaría al llegar a Italia.

Mi prima le pagó al día siguiente a Lucía y mientras esta última se marchaba, Estela esperaba por los otros veinticinco mil que vendrían pronto en camino. Todo era para su chulo.

Estela le preguntó a Miguel si no era mejor comprar una casa y así la disfrutarían los dos. «¿Pa' qué?, ahora con tanta plata en el bolsillo puedo dormir bastante y quitarme un poco la trasnochadera de la discoteca buscando viejos que me paguen una mala noche. Debo descansar de tan jodida vida. Ya con Gino tengo suficiente». A Estela lo único que le importaba era tener a Miguel a su lado y que no mirara a otra mujer, pues se había obsesionado con él y hacía todo lo que él decía.

Lucía abandonó su casa por cinco mil dólares que buena falta le hacían, se fue a La Habana y se instaló en casa de sus hermanas, el dinero lo guardó en el banco y solo tomó lo necesario para no ser una carga económica. Mientras, Estela derrochaba el dinero con Miguel en parrandas nocturnas, banquetes de reyes, y comprándose de cuanto equipo encontraban, así llegaron a tener hasta una antena parabólica. Ella no hacía nada, se mantenía pasiva y recostada todo el tiempo recibiendo a la gente en un butacón de damasco y se embutía con una bolsa de papitas fritas mientras miraba las telenovelas colombianas y mexicanas, de ciento y pico de capítulos. Sin darse cuenta, aumentaba su peso e iba perdiendo su figura de mulata caribeña, todo lo hacía para complacer a su chulo. Le pagaba a una asistente para que cocinara e hiciera todo en la casa, eran trescientos cincuenta metros cuadrados y ella no podía con todo.

A veces, Miguel se aburría y por eso decidió montar una mesa en el patio interior de la casa para hacer convites de dominó por las tardes, el



vicio lo atrajo y plantó marihuana en el jardín trasero de la casa, así podía también ofrecerle a sus amistades y tratarlos a cuerpo de rey.

Tanta ostentación con joyas, tanta visita a restaurantes caros, reservaciones en la playa los fines de semana con amigos de todo tipo y el entra y sale constante de gente impidieron darse cuenta de los comentarios de los vecinos.

Cuando Gino regresaba a Cuba todo volvía a la normalidad y Miguel volvía a ser el querido primo de Estela. Gino estaba sorprendido de estar en tan *bellissima* casa, *sto bene qui*. Lo que no sabía el pobrecito era de los inventos de mi prima, la casa era alquilada y no comprada como le hizo creer, ni ella misma sabía hasta cuando lo seguiría engañando. Le volvió a pedir dinero con la excusa de que la piscina estaba rota porque la dueña nunca la utilizó, quería cambiar las puertas y ponerle rejas contra los ataques de los ladrones y pagarle a un buen jardinero para embellecer el jardín. Cuando ella le dijo la suma, él dio un salto. «Pero, ¿qué se creen estos santiagueros?, oye que no estamos Roma». A ella no le gustó su expresión, «Verdad, Gino, no estamos en Roma ni en Nápoles ni en Florencia, pero ¡cómo te gusta Cuba papito! A ver, ¿por qué coño no te quedas por allá si esto está tan caro?». El italiano bajó la cabeza y le aceptó todas las peticiones a su mujercita. El chulo escuchaba el diálogo sin decir absolutamente nada, de repente se dirigió hacia la puerta y Estela entró en pánico al ver que su verdadero hombre se marchaba. Enseguida le preguntó a dónde iba y él solamente la miró fijo a los ojos y se fue sin despedirse.



LA DURA

No existe mejor momento en el año que cuando estamos Yudi, Cecilia, Estela y yo gozando en los carnavales de Santiago, siempre fue así. De pequeñas íbamos con mi tía Nereida, la mamá de Yudi, quien nos compraba de cuanto nos antojábamos y bailábamos a nuestra manera detrás de los conguceros. Ella siempre nos decía que no nos acercáramos mucho, pero Yudi entre la confianza por ser su madre y su irreverencia de saberse capaz de escaparse y regresar, iba muy cerca de los tocadores haciéndole muecas y maromas. Nosotros nos moríamos de la risa con ella. En ocasiones, mi tía ni la veía, pero si por alguna casualidad la cogía, suspendía el paseo y derecho *pa'* la casa que por hoy no hay nada más. Todavía recuerdo la figurita delgada y larguirucha de Yudi muy cerca de los negros conguceros, detrás los tumbadores moviendo sus sudados cuerpos de allá para acá, agitando sus manos sobre el tambor con eufóricos golpes. Las mujeres agarrándose las sayas con movimientos de cadera y otras con los brazos en alto iban al encuentro de los hombres. Éramos niñas, pero nuestra sangre era tan caliente, como caliente es nuestra tierra.

Cada año se organizan estas fiestas y como tradición nos encontramos para disfrutar de las oportunidades que brindan: bailables, cerveza, tamales, lechón asado, cucurucho de coco prieto y chicharrones. Familias enteras festejan arrollando por las calles sin mirar la hora, acompañados por coros de voces: *¡Esto es hasta que amanezca!*

Una vez, la conga nos salió cara, yo tenía como diez años y me enteré en la escuela que la conga salía del reparto Los Hoyos, me desorbité. Yo quería ver, quería conocer y disfrutar como disfrutaban los mayores detrás de una conga.

Después de terminar las clases, mi prima Yudi me preguntó si quería hacerle compañía y le dije: «¿Tú estás loca?». «¡No seas penca, muchacha! —me respondió—, dale, vamos *pá* la conga». Ella tenía una cadenita de oro que le había regalado su madrina, se la quitó y la enterró en el patio de la escuela, la joyita estaba mejor guardada allí que en medio de aquel tumulto de conguceros. La seguí y no paramos hasta meternos en medio del gentío, todo eso fue sin el permiso de nuestros padres. Nos

fuimos a sacar la conga desde Los Hoyos. Miles de personas seguían a los músicos, quienes incitaban por toda la calle a moverse sin oportunidad de descanso. Nosotras estábamos en éxtasis absoluto, la conga era nuestra, había gente que nos brindaba un poco de cerveza de sus jarras para calmar la sed y mientras bailábamos, sin darnos cuenta, nos metimos en el amasijo de bailarines. Allí nos encontramos con Javier, un amiguito de la escuela, un moreno de sonrisa constante, parecía siempre estar de buen humor. Seguimos arrollando con él y al rato le dije: «Javi, yo no pedí permiso en mi casa, pero me importa un pito, estamos aquí hasta que guardemos la conga, ¿tú también, verdad?». Pero entonces me percaté de que Javier me miraba con los ojos abiertos y asustados, sus manos estaban empapadas de sangre. Yudi, que era más corpulenta, lo sostuvo antes de que cayera, se me ocurrió subirle la camiseta y vimos que tenía una puñalada acabada de dar, no supimos en ese desesperado momento quién podía haber sido, todo fue en cuestión de segundos. Ese día, mi prima y yo acabamos en el hospital con nuestro amigo, acompañándolo en su dolor. Hoy en día, cuando me lo tropiezo por la calle nos acordamos de lo duro que le fue escapar de la muerte y de la dura también mano de golpes que nos dieron en mi casa. Mientras más nos daban, más gritábamos y con lagrimones en las mejillas nos mirábamos, mi prima se reía entre sollozos y yo gritaba: «¡Ay, qué rica la conga!, péguenme, mátenme pero de que me vuelvo a ir, me vuelvo a ir».

En los días de carnaval los turistas hacen fotos al espontáneo y pintoresco espectáculo que tienen ante sus ojos. A veces, me entristece no haber estudiado en la universidad, he perdido mucho tiempo. Hasta hubiera podido pasar cursos como guía de turismo y ahora estaría escaleras arriba y escaleras abajo con extranjeros para mostrarles cada adoquín de la ciudad más caribeña de Cuba.

La Dura estaba en Santiago para pasarse unos días con la familia, solo faltaba Estela porque estaba con su italiano, en cambio, Yudi se apareció con su inesperado bebé.

Yudi *La Dura* todo lo resuelve, pues es de ese tipo de personas que piensan que todo lo pueden. Toma siempre la iniciativa y con su corpulenta figura se impone. Tenía una solución para todo; aunque siempre no fuera la más feliz. La Dura y Klaus, el alemán, se conocieron una noche en la casa de la trova de Santiago. Yo acababa de enterarme de la muerte de Mario y decidí que a los muertos se les celebra y no se les llora. Por esos días de junio se celebraba el festival caribeño y las calles estaban abarrotadas de artistas de distintos países de la región,

haciendo representaciones culturales, agrupaciones danzarías con sus trajes típicos, compañías teatrales y se vendían libros de lo más representativo de la literatura; la plástica y el cine se presentaban en diferentes plazas. Pero lo de nosotras era el baile. Nos emperifollamos y nos fuimos a bailar. En la casa de la trova no tuvimos que pagar la entrada porque Cuquita, la cajera, era vecina del barrio: «Mi jefe no anda por aquí, así que aprovechen y entren discretamente». Aquello me dio mucha gracia porque la primera que entró a la vista de todos muy oronda y esbelta fue Yudi, esa jabá alta y de figura maciza con su rabo de mula encaramado, pelo largo y estirado nos hacía seña con la mano para que la siguiéramos hasta la única mesa que quedaba vacía. Todos los extranjeros que allí estaban se viraron para contemplarla, después pasamos, Estela, Cecilia y yo. No nos quitaban los ojos de encima, así que lo mejor que pudo ocurrir fue que el jefe de nuestra vecina no estuviera porque de seguro que nos hubieran hecho pasar tremenda pena delante de los presentes.

Después que nos ubicamos, todos continuaron con sus temas, solo un alemán miraba insistentemente a mi prima Yudi: ese era Klaus.

El Sexteto Santiaguero comenzó a animar el lugar y Yudi se puso a bailar en su puesto, movía su culo desmesurado al compás del sabroso son. Me le acerqué al alemán y señalándola le advertí: «A ella le encanta la cerveza —toqué la lata que había sobre su mesa para que me entendiera—. ¡Ah! y a mí me gusta el mojito», señalé el vaso de su acompañante. El hombre me hizo caso y al rato se apareció con los pedidos. Esa noche, el alemán compró más o menos una caja de cerveza y no sé cuántos mojitos. Amanecimos en un banco del parque Céspedes, él tratando de hablar un español mal aprendido y nosotras hablándole despacio y haciéndole gestos con las manos y la boca, para que nos entendiera. Él contaba su vida y nosotras luchábamos contra nuestra borrachera para tratar de escucharle su perorata.

Klaus y Yudi alquilaron un apartamento en la calle Garzón y después de una semana de sexo y promesas, se comprometieron y anunciaron la boda. Él regresó a Hamburgo al cabo de dos semanas para formalizar los papeles del casamiento y mi prima buscaba la forma de ver como se lo decía a Tony, su verdadero novio. Las cuatro primas nos reunimos para hacer un análisis y buscar una solución: «Yo creo que debes formalizarte con Klaus y dejar a Tony, tu estatus social es más importante», opinó Cecilia *La Perdida*. «Yo pienso que debes seguir con los dos, venir a Cuba de vacaciones y traerle a Tony sus buenos regalos y dinero para tenerlo contento, además se lo merece por aguantarte tantos tarros»,

saltó Estela *La Pagahombres*. «Óyeme bien, mi prima, sigue con los dos y si Klaus resulta ser mala hoja, entonces vienes a Cuba y estás con Tony, que es el que te pone a gozar como a ti te gusta», le dije. Todas soltamos una risotada al mismo tiempo porque más que dar una solución, mostramos la cara de cada una. Pero La Dura no se quedó ni callada ni confundida, «Pues yo voy a terminar la ingeniería agrónoma y después pensaré en vivir fuera de mi casa. Quiero casarme de blanco y que todos vayan a mi boda, después veré qué pasa».

Al día siguiente, se fue con Tony al bulevar, sin acabar con la primera cerveza, fue tajante y clara: «Estoy comprometida con un yuma que conocí hace una semana —Yudi hablaba sin mirarle a la cara—, él me propuso una linda vida con un buen pasaporte a cambio de mi compañía». «Ven acá, ¿tú te emborrachaste con esa cerveza o estás enferma?». «Te estoy hablando en serio». «¡Pero mira que tú eres cara é palo! ¿Tú te crees que me voy a creer ese cuento? ¿Tú no respetas a los hombres?». «Te juro, Tony, que el tipo lo único que quiere es combatir la soledad que tiene por allá. Él es impotente, no habrá sexo. Seré mujer de un solo hombre, y ese eres tú». Tony tuvo que contenerse para no decirle una barbaridad, se levantó y le dijo: «Voy para mi casa y luego para el Guillermon, que hoy juega La Aplanadora contra los *sala'os* esos de Industriales. No sé si te llame luego».

Cuando hace las cosas, La Dura no miraba nunca hacia atrás, su lema es: *¡A lo hecho, pecho!* Por eso contrató a un profesor de alemán y con un dinerito que le envió Klaus se pagó un curso particular. «Quiero trabajar allá y abrirme camino», nos decía. Pero el abandono de Tony le afectó mucho más de lo que ella esperaba, tanto que para olvidarlo intentó probar con diferentes hombres hasta llegar a la promiscuidad. A veces llegaba a tener cuatro a la vez. La Dura no estaba desesperada, solo buscaba en ellos los abrazos de Tony, pero nunca los encontró. «Todos los hombres son diferentes y cada uno tiene su gracia. Benditos los hombres. Los hombres son exquisitos», afirmaba.

Tony siguió el contacto con Estela, con Cecilia y conmigo y cuando había fetecún en casa de Estela pasaba con su motor y compartía con nosotras. Una de esas tardes se tropezó con Yudi. «Papi, vamos a asegurar nuestro futuro. ¿Quién sabe si echando yo *pa'*lante podemos instalarnos en Europa?». «¿Quién coño te dijo que yo me quiero ir *pá* Europa?». Yudi se echó a llorar, quería tenerlo aunque se casara con otro. «Anda, papi, colabora, mi santo lindo, España, Italia. Esos países son sabrosos para nosotros. No me respondas ahora, piénsatelo». Ella, en verdad, era dura, sin embargo demasiado tierna con Tony, porque él le enseñó lo que era el



amor y el respeto. Esa noche volvieron. Así estuvieron juntos e inseparables hasta que ella terminó su carrera, se casó y partió a Alemania. Desde allá lo llamaba y se conformaba con escuchar su voz, él le prometía que la iba a esperar el tiempo que fuera necesario. Pero nunca se sabe cómo terminan las cosas, tal vez dependan de cómo empiezan.

Desde el mismo año que se fue, La Dura viene todos los veranos. «Oigan, mulatas, no puedo separarme de Tony tanto tiempo, ese es mi verdadero tipo, ni tampoco puedo estar tanto tiempo alejada de mi música y de mi gente, por eso siempre vendré entre junio y agosto a disfrutar del festival del Caribe, del carnaval y del sol con ustedes y con Tony». Nos dijo cuando la fuimos a recibir al aeropuerto la primera vez que regresó de vacaciones.

Ese primer año, Klaus la llamaba y ella le respondía, pero al segundo y al tercer año se perdía con Tony y no dejaba ni pistas ni señales. Cuando finalmente Klaus, preocupado, daba con ella le respondía que alguno de la familia estaba enfermo en el hospital y así conseguía autorización para quedarse más semanas en Santiago.

En Hamburgo, con el dominio del idioma y gracias al apoyo de Klaus, abrió una academia de salsa en la que hizo contactos sociales y profesionales, la ingeniería agrónoma no era para aplicarla en Alemania, era para demostrar una vez más que ella podía lograrlo todo y así, de paso, quedaba bien con sus padres. Con el tiempo se le hizo inalcanzable llevarse a Tony, aunque se veían todos los veranos y se dedicaban todo el tiempo. Nunca se me olvidará aquella mañana de domingo. «Miriam, estoy *preñá* y es de Tony». «No jodas, Dura, tiene que ser un alemanito, no te la calientes y *pa'lante* el carro». «No, ¡qué va!, Klaus y yo dormimos en cuartos separados y solo hace cinco meses que regresé de allá. Esta llamada me va a costar un dineral pero necesito tu ayuda». Por primera vez la noté asustada. «¿Por qué no llamas a Tony?», le aconsejé. Pero él, al saber lo del embarazo, estuvo casi un mes ilocalizable. Cuando Yudi logró comunicarse, le respondió: «Te llamo en diez minutos», y nunca lo hizo. Ella decidió tener a su hijo, *salga el sol por donde salga*, me decía cuando me llamaba.

Mi prima pensaba que sus conocimientos de alemán eran suficientes para enfrentarse a la vida fuera de su país. Ahora, entre risas, me cuenta la vez que buscaba la palabra *kuckuckskind*. «¡Ay Miriam, cuando encontré su significado por poco mato al maldito de Klaus!». Mi prima le confesó al alemán todo desde la A hasta la Z y Klaus le gritó: «¡No te lo voy a aceptar, eso es un *kuckuckskind*!».

Como me dejó con la incógnita, le pregunté a unos compañeros de la facultad que habían estudiado idiomas:



«Eso significa hijo adulterino —me dijeron—, se refiere al pájaro cuco. Ese pone siempre los huevos en nido ajeno. Por eso el marido de tu prima le dice al embarazo así». Solté una carcajada.

Como ella decidió tener al niño, aquel año no pudo venir a los carnavales y lo sentí mucho porque fiestas como esas sin mis primas no son completas. Pero ahora lo hacemos con Michael, su pequeño, y cuando queremos estar de rumba hasta el amanecer, entonces sus abuelos lo cuidan.

Tony no se ocupa de Michael, aunque lo vio el primer día que llegó Yudi. Ese día mi prima le enseñó la marca que tiene en la nalguita: «Viste, es idéntica a la que tienes en el cuello». Pero Tony no lo aceptó, de todas formas ya Michael era un alemán con los apellidos de nuestra familia, pues Klaus, sin contemplaciones, no quiso reconocerlo y le pidió el divorcio a Yudi. «Ya no me importa —asegura mi prima—, en Hamburgo tengo un habanero lindísimo él, que me sirve en la cama y bota la basura de la cocina y del baño».

La última vez salimos tras la conga, no tan metidas adentro del tumulto, pero sí disfrutando, gozando, bailando a desmesura, con los brazos hacia arriba y la cintura y las caderas sueltas, de repente nos detuvimos porque los músicos pararon unos minutos para cambiar algún tambor que había perdido los parches de tanto golpe. «¡No sé cómo pueden estar tantas horas en eso!», comenté a mis primas y Cecilia me respondió: «Como mismo estamos nosotras y toda esta gente arrollando tras ellos», nos echamos a reír, brindamos con cerveza y seguimos bailando y coreando los temas que siempre suenan en esos días: *¡Abre que viene el cocuyé! ¡Hasta Santiago a pie!* Fueron cinco días sin parar, solo íbamos a la casa, nos bañábamos y volvíamos a las calles para arrollar. Ese fue uno de mis mejores carnavales, solo extrañé a La Pagahombres.



LA PAGAHOMBRES

A Gino le dio por venir con mayor frecuencia y se quedaba mucho más tiempo. Se enamoraba cada vez más de mi prima y no la dejaba ni respirar. Suerte para ella que le presentó a Miguel como nuestro primo, si no otra hubiera sido la historia. La casa donde comenzaron a vivir Estela, Gino y Miguel, en ausencia de Gino, se convirtió primeramente en un centro de recreación y poco a poco terminó siendo otra cosa.

Miguel compró una mesa de billar y la casa se llenaba de tipos de mala pinta, la piscina se llenó y casi todos los días había fiesta con orquesta de salsa en vivo. A veces iba con Flavio para darme un chapuzón, tomarme un mojito y conversar con mi prima. Cada vez que la visitaba, me impresionaba con la velocidad que engordaba, parecía un rinoceronte en su butacón. «¿Y ahora resulta que tú eres estilista además de quitarle el marido a las demás? —peleó—, parecía cansada de que yo la aconsejara por su bien, los hombres te quieren cuando tienes buen cuerpo, después te tiran como si una fuera un trapo viejo, ella estaba más en la farándula que yo y sabía cómo funcionaba ese mundo. Estela solía decir que ya sus dos hombres estaban felices: Gino tenía el sexo que venía a buscar desde Italia y Miguel, por su parte, tenía dinero. De repente, miré la piscina. «¿Y quiénes son esas pelandrujas?, yo nunca las había visto; todas son rubias, tienen silicona en las tetas y en los labios, además, con esas tangas que están casi encueras. ¿Pero quién trajo a esas tipas? —fue entonces que terminé de caer en la cuenta: Estela apenas se enteraba de quiénes visitaban la casa; entraba y salía tanta gente para jugar al billar, que ella perdía la cuenta—. Mi prima, cuida más lo tuyo, la única hembra que puede vivir en mi casa soy yo», ya no sabía cómo aconsejarla, pues ella se creía superior.

Miguel estaba derrochando a diestra y siniestra, la casa se llenaba cada vez más y muchos venían a consumir lo que hacía meses no veían; tenía una rubia como amante que no salía de casa, él le decía que fuera discreta delante de Estela y se comportara como una amiga de los demás invitados. A ella no le importaba, Miguel la tenía contenta haciéndole regalos, ropa a la moda, cadenas de oro y comidas en paladares de la ciudad.

Estela engordaba, sin darse cuenta de que estaba perdiendo su criolla figura, se sentía muy a gusto sentada y recibiendo a la gente, seguía desayunando con cerveza, no hacía una dieta equilibrada y acompañaba el consumo de alcohol con chicharrones de cerdo, se iba borracha a la cama sin percatarse que su novio se acostaba con su amante rubia en la misma casa, era difícil seguir la astucia de Miguel porque allí siempre había gentío.

Una mañana al despertarse no vio a Miguel, lo buscó por toda la casa y lo encontró borracho en el borde de la piscina junto a otros amigos del barrio. Ella le suplicó bajito al oído que la vaciara antes de que Gino llegara, pero él estaba con la resaca de la noche anterior. «No te preocupes, yo le quito el tapón a la bañadera *pa'* que tu ancianito ni se lo huela», dijo y rompió a reír. Ella se enfureció, «Parece que se te olvida que el dinero también se acaba. Aquí viene la gente y no aporta *ná?* —ambos empezaron a insultarse y mutuamente se mandaban a la mierda—. Yo voy a ver qué carajo tú vas a hacer el día que yo no exista», le dijo Estela, muy decidida. «¡Vendrá otra! —le gritó él. En ese instante sonó su celular: era Gino saludándolo y Miguel se quedó bloqueado por un momento, después de terminar la conversación, se dirigió a Estela con la desesperación dibujada el rostro—. ¡Corre, a organizar todo! Mira que Gino entró por Holguín y ya está al llegar». Empezaron a vaciar la piscina para que el italiano no sospechara de las recholatas y a decirle a toda la gente que estaba todavía durmiendo allí que se largara ya mismo. Aunque la asistenta estaba por llegar, Estela se motorizó con la limpieza de los pasillos.

Cuando Gino entró la casa parecía un museo, todas las piezas, cuadros y adornos estaban en sus sitios, Estela estaba de muy mal humor porque al italiano le estaba gustando Cuba cada vez más, se aparecía más frecuente y estaba harta de verlo. A él solo le interesaba estar arriba de ella todas las noches y que ella jugara a la trapecionista sexual que él siempre deseaba. Para Gino Cuba era un paraíso soleado de palmeras, mujeres blancas, mulatas, negras, rubias, en fin, nunca se había sentido tan bien porque en Italia la vida era más calculadora y cruda, en Europa era bien difícil obtener tanto cariño caliente a su edad. Era demasiado viejo para el mercado de búsqueda de pareja. Tenía que conformarse con la vida conservadora y metódica de su esposa, casada con él por más de veinte años. Buscarse una amante italiana que fuera bonita, joven y cariñosa, como mi prima, era imposible. Cuba lo hacía sentirse un verdadero rey, pues las mujeres le rendían homenajes.

Mientras Gino recorría la casa mirando las rejas nuevas de las ventanas y criticando la piscina vacía, mi prima empezó a sospechar de Miguel. Se preocupó porque hacía varios días que el chulo no la tocaba ni le

daba un beso, entonces fue que recordó lo que yo le había dicho y pensó que podía tener razón.

Los dos hombres se fueron a la mesita del patio interior a degustar un ron añejo, Gino se relajó enseguida, pues estaba en su paraíso. Los hombres conversaban entretenidos y Estela se miró en el espejo: había engordado demasiadas libras sin darse cuenta. Se acostó en la cama muy triste, pensaba en Miguel, soñaba despierta con un mundo diferente sin el viejo y solo con su novio. Vivir en las mismas condiciones, pero con él *solo, solo, solo, solo, solo...* y así se quedó dormida profundamente.

El timbre de la puerta sonó y Estela dio un brinco, sintió que la asistente que limpiaba la casa abrió y la voz de una tal Laura se hizo escuchar, preguntaba por Miguel. La voz de él, también se escuchó: «Pasa, pasa, belleza, esta es tu casa, caramelo».

A Estela se le erizaron los pelos del cuerpo, *¿quién estará entrando por esa puerta?* Se levantó, se miró en el espejo, se arregló un poco y salió curiosa, la miró con ojos de leona, le pidió que se fuera de su casa porque todos estaban un poco cansados. «No seas así, mi reina —le dijo el italiano—, mira que tu primo también tiene derechos, pienso que en pareja nos sentiremos todos mejor». A Estela por poco le da un patatús. Su novio le estaba presentando una amante y no se lo podía creer. El hombre que ella mantenía, a quien le daba todos los gustos y placeres de la vida se atrevía a traer una mujer a la casa y paseársela como su novia. Gino propuso celebrarlo en un restaurante y Estela enfureció, «Yo no voy a ninguna parte», Miguel le puso cara de verdugo, quería comunicarles una cosa de mucha importancia, pero era mejor hacerlo en el restaurante.

Mientras bebían un vino blanco bien frío en un ambiente caluroso con aire de mar, a todos se les había desaparecido la lengua, pero Miguel mantenía un comportamiento sereno y feliz, descaradamente le tomaba la mano a la rubia y se la besaba, a su vez, Gino estaba tranquilo viéndolo tan enamorado.

«Quiero casarme lo más pronto posible —al fin Miguel soltó la bomba. Estela chilló en pleno restaurante y todos los que allí estaban se dieron la vuelta. Gino, emocionado, le preguntó qué querían de regalo de bodas—. Queremos vivir en Italia». Y Ahora fue Gino el que gritó. Laura trató de calmarlo con el argumento de que ella tenía el dinero, solo lo necesitaban para el trámite. Ahí mismo Estela se enteró que Miguel andaba con la rubia desde hace varias semanas y que la había conquistado como todo buen camaján de la calle sabe hacerlo. «*Va bene, va bene* —accedió el italiano—, tengo muchas deudas contigo, *fratello* Miguel, porque has cuidado de mi Estela estupendamente».



Mi prima rompió a llorar, pues su mundo se desmoronaba. Supo que el reloj de la felicidad se detenía y estaba obligada a echarlo a la basura. Se sintió tan inútil, como un traste viejo al que todos le dan patadas.

Al día siguiente, no se quería levantar. Mientras Gino estuvo en Cuba se tiró al abandono, se encerró en el dormitorio todo el tiempo. El apetito se le redujo y solo tomaba líquido para no deshidratarse, no paraba de llorar a moco tendido y, por eso, al enterarme decidí visitarla. «Te lo dije, Estela, eso era un juego y desgraciadamente te tocó perder —ella solo quería recuperar a Miguel y me pidió que la ayudara a encontrar un plan para joderlo. Me negué—. Un hombre que te escucha templar con otro solo para que tú le pongas el dinero en la mano, no te quiere de verdad». En la sala de la casa estaba Gino, veía la televisión con el semblante amargo y me dijo que se iba para Italia hasta que el ambiente mejorara. Estela se levantó y se dio una ducha. Al verla, Gino se alegró y la abrazó.

En el transcurso de la semana, Miguel apenas le dirigió la palabra a mi prima. Se mostraba frío y arrogante, iba a lo suyo muy decidido. Entraba y salía con Gino, metido en los trámites de su viaje. Preparó una discreta boda con Laura y la instaló en la casa. Para mi prima, era como arder en el mismo infierno enfrentarse a una tipa rubia y alta a la cual todo le quedaba perfecto, de ojos azul intenso, pechos grandes y bien operados. Miguel estaba como un niño con juguete nuevo el Día de Reyes.

Una noche, Estela se levantó a orinar y sintió los gemidos de deleite de la fogosa rubia en la cama con su esposo. Ello hizo que Estela se derrumbara a llorar, agachada en el piso sin consuelo. Se quedó sentada allí toda la noche, atenta a cada movimiento de Miguel y Laura, que hicieron el amor toda la noche.

A Lucía nunca le pasó por la mente que su casa tuviera más acción que una película americana. Estaba de paso por Matanzas, en casa de unas primas. Cuando la policía tocó el portón, ella se quedó perpleja al escuchar su nombre por boca de un policía.

«En nuestros informes aparece que usted es propietaria de la vivienda sita en avenida Manduley número 44, reparto Vista Alegre, Santiago de Cuba —el oficial habló mucho, sin pausa y con algunos papeles en la mano. Lucía tuvo que declarar que no conocía muy bien a Estela, pero que la había alquilado por un tiempo. Entonces, el oficial la interrumpió—. Me da mucha pena con usted, pero es mi deber comunicarle que probablemente su vivienda sea confiscada por un delito relacionado con drogas —Lucía, en pleno ataque de nervios, empezó a llorar y asió al oficial por la manga larga de la camisa, jurándole y perjurándole que era

una mujer honorable y sin antecedentes penales y que los vecinos lo sabían—. Los vecinos fueron los que denunciaron todo lo que usted hace o lo que allí se hace», remató el oficial.

La casa de Lucía quedaría confiscada por tener plantaciones de marihuana en el jardín si ella no ponía cartas sobre el asunto. Le concedían una semana de plazo para desalojar a los inquilinos y esclarecerlo todo ante el fiscal. Se apresuró en hacer las maletas, se despidió muy apenada con su familia y partió, a la suerte, rumbo a la estación de ómnibus. Pudo salir esa mañana en un taxi colectivo pagando veinte dólares, sollozaba durante el camino sin pegar un ojo y sin dejar dormir a los otros pasajeros.

Llegó a Santiago al amanecer del día siguiente, con el rostro demacrado pero lista a luchar como en la guerra más dura que se haya contado en la historia de Cuba.

Santiago despertaba y se veía preciosa con el esplendor de las palmas reales que siempre acompañan a los cubanos hasta en los días más tristes, apoyándolos en sus pesares y las alegrías. Lucía se acercó a una palma real y depositó cuatro quilos prietos junto a sus raíces e hizo ruegos a Changó, cosa que muy poco repitió en el transcurso de su vida, pero la desesperación y la angustia de perder lo único que tenía la destruían. «A usted, santo de la fuerza bien, vengo a pedirle que me devuelva lo único que tengo. Santa Bárbara bendita, luz y progreso, déme la fuerza del trueno y de la espada para enfrentar a esos traidores de mi confianza».

Después de rezar, se secó las lágrimas y salió andando rumbo al barrio de Vista Alegre. Por el camino se hacía fuerte, decidida, solo miraba hacia delante. Al llegar, tocó tranquilamente la puerta, parecía como si la casa estuviera sola. Al rato, Estela abrió la puerta con el rostro soñoliento. «¡Sal ya mismo de mi casa! —atacó Lucía sin preámbulos. Estela pensó que la mujer se había vuelto loca, pues todavía no se había cumplido el plazo del alquiler—. ¡Bandida de cuatro pesos, delincuente barata!, ¿cómo puedes engañar tan fácilmente a la gente con tu mente enferma? Si no sales ahora mismo, vengo con la policía y con todos los informes sobre lo que se estaba haciendo aquí y, te juro que vas a la cárcel por marihuanera y sinvergüenza».

Estela entró asustada, estaba todavía en bata de casa y acabada de levantar. Llamaba a Miguel por todas partes, pero no lo encontró.

Lucía recuperó su casa, pero debió pagar una elevada multa que ella no reparó en liquidar, pues la herencia familiar tenía más valor que todo lo demás.

Mi prima La Pagahombres regresó a su apartamento, en cuanto sentí el tirón de la puerta y bajé a saludarla. «¿Qué, dándole una vuelta a lo que verdaderamente es tuyo?». Me contó lo ocurrido, estaba muerta de



miedo porque la policía la buscaba como cosa buena, quería localizar a Miguel, pues necesitaba dinero para perderse. Nadie sabía nada de su chulo. Parecía que se lo había tragado la tierra.

Después de algunas averiguaciones, supimos que Miguel se había marchado a Italia con Laura. Ella tenía un amante italiano que la había ayudado a instalarse en Roma, la linda rubia aceptó salir para reunirse con él solo con la condición de incluir a su «primo» Miguel y se llevaron todo el dinero. No le dejaron ni un centavo a Estela, quien tuvo que responder por los delitos, suyos y ajenos, y, de puro milagro no fue a parar en prisión.

A las dos semanas, Lucía abrió la puerta a un extranjero que llamaba insistente. «Lo siento, pero ya no alquilo, vaya a la casa de enfrente, es tan linda como esta». Después del sofocón, siempre respondía eso automáticamente. «¡Déjeme pasar!, tengo muchas horas de vuelo», Gino se molestó con la supuestamente nueva asistente de Estela, pero se llevó la gran sorpresa al enterarse de todo lo que había ocurrido en su ausencia. «¡Aquí la única dueña y *papayúa* de esta casa soy yo!». A Lucía ya no le interesaba su vocabulario, estaba harta de mentiras sorprendidas, pero se pudo percatar de que Gino era también tan víctima de la estafa como ella misma, *¡ay estos europeos se piensan que vienen a comerse el mundo!* Finalmente, se conmovió por sus maletas a cuestas, lo mandó a pasar y le ofreció un café carretero acabado de colar en tetera. El hombre no hablaba, solo escuchaba las verdades de boca de la real propietaria de la casa. Luego de agradecer el café, pidió disculpas por las molestias y se marchó.

Estela no volvió a ver a Gino, pues él nunca la buscó para insultarla o exigirle explicaciones. Alguien lo había visto en un hotel muy fino de la capital, tomándose un daiquirí en compañía de una *cocotimba* que no llegaba ni a las chancletas de ninguna de nosotras. Solo cambió de ciudad, siguió en lo mismo sin mirar atrás. Mi prima se quedó sola con su gordura y sus sueños de reina sumisa, yo la animaba contándole mis planes cuando viniera Flavio a vivir conmigo: queríamos montar algún negocio que nos alcanzara para vivir y así él iba a traer dinero suficiente para empezar y así saldríamos adelante.

Estela se puso a llorar y a decir que ella quería reiniciar su vida, que quería ser otra, que se buscaría un nuevo novio y un extranjero para que le diera todo el dinero que le hacía falta. Le aconsejé que se olvidara de esa vida de una vez por todas, pero me respondió que yo sabía que eso era lo que ella sabía hacer y era lo que le gustaba. Subí a mi casa sin decirle nada más y pensé: *¡Ya basta!, que sea feliz a su manera.* Hay gente que regala la vida por ahí como si tuviera mucha.



CONTRA EL VIENTO

El ambiente en la casa de María Regla cada vez se ponía más caliente. Joana protestaba por todo, le molestaba no tener un macho a quién dominar y hacerle la vida imposible. Ella era impulsiva y amargada, se levantaba todos los días histérica.

Yo me desaparecí de esa casa y no quise trabajar más para esa gente, pues el objetivo de mi presencia allí se había cumplido. Sin embargo, para Flavio mi ausencia se convertía en una tortura y empezó a trasladar sus cosas poco a poco para mi casa sin que su mujer se diera cuenta. Me molestaba que ella existiera y sabía perfectamente que ellos todavía dormían juntos aunque él no quería hablar de eso. Siempre he creído que es mejor compartir un par de zapatos que un hombre.

El perfume que me preparé sirvió de mucho; estoy segura. Flavio ya no resistió más y aceleró la partida. Una mañana, cuando María Regla regresó de la escuela de sus nietas, se encontró que su marido no estaba. Lo llamó, voceó, pero nada, y tuvo un presentimiento de muerte cercana. Subió las escaleras y lo comprobó, su relación con el negro fino había muerto. Los armarios estaban vacíos, toda la ropa había desaparecido y nadie había visto nada.

Joana dormía recuperándose de una de sus frecuentes noches de fiesta y borrachera hasta las tantas de la madrugada de las que regresa sin que, a veces, ni María Regla la sintiera. Cuando yo limpiaba en la azotea de aquella casa, encontraba preservativos usados de la noche anterior, eran tantos que uno podía imaginar la cantidad de personas. María Regla le tocó la puerta. «¿Qué carajo quieres? ¡Estoy durmiendo, cojones, yo voy a ver hasta cuándo tengo que aguantar que en esta casa no se me respete el sueño!». María Regla cerró la puerta sin decir palabra, tuvo un mareo y pensó que se desmayaba. Bajó con cuidado la escalera y pudo alcanzar un vaso de agua pero al tomarlo cayó al suelo sin conocimiento.

Joana se despertó a la una de la tarde y se tiró por encima su bata de casa satinada. Cuando bajó las escaleras, vio a su madre en el suelo. «¡Ay, mami, qué te pasa? ¡Ay, mamita, perdóname si te dije algo malo, soy tremenda *hijeputa*!». Como nadie la oía, salió desesperada a la calle



gritando como una loca y enseguida los vecinos corrieron a su ayuda. María Regla fue trasladada al hospital urgentemente. Joana pensaba que su madre tenía un infarto, los médicos diagnosticaron un shock nervioso y ordenaron dejarla tres días en observación.

Ni Estela ni yo nos enteramos. Cuando vi a Flavio con el resto de sus cosas en la puerta de mi apartamento sentí tanta alegría que lo abracé y empecé a besarlo todo. Estuvimos días encerrados, solo nos levantábamos para coger algo del refrigerador, así que íbamos del refrigerador a la cama y de la cama al refrigerador sin que nadie supiera que estábamos rozándonos tanto. Mis tetas ya no podían más de tanta chupadera, en esos tres días bajé unas cuantas libras por estar con tanto movimiento arriba de mi Flavio. Me dejaba penetrar en posición agachada y disfrutábamos esa y otras posiciones que inventábamos bajo los efectos de la locura que vivimos esos días. Las ventanas permanecían cerradas y, aunque pasábamos calor, era indispensable para podernos dedicar todo el tiempo sin que nos molestaran. ¡Qué bien hice! porque a Estela le tocaron a la puerta.

«¿Qué pasa, Joana?, ¡milagro tú en mi casa! Francisco no está aquí», le dijo Estela en tono burlón y Joana la miró de mala gana. «Vine buscando a tu prima, ella trabaja en mi casa. Es la criada». Estela no se quedó callada, «¡Ah!, porque ahora mi prima es la criada de tu casa de putas. Mírate en un espejo y cuando te mires bien, verás que no te mereces criadas y sí chulos que te peguen los tarros con tus amigas. Tú sabrás de mi prima, pero en su momento». Joana montó en su carro de lujo alquilado y se marchó, haciendo chillar las gomas sobre el ardiente asfalto santiaguero.

María Regla regresó a la casa, pero con ganas de morirse, pues sabía que su marido ya no estaba, que sus noches iban a ser de soledad, pensaba que ya había terminado la novela de su vida. Todo el día, le preguntaba a Joana por Flavio, si sabía algo de él, si necesitaba ayuda, quizás estaba en peligro, o le decía que me preguntara a mí porque quizás yo sabía algo. Joana le decía, en un tono duro, que se olvidara de Flavio y que no iba a aparecerse más por mi casa. «Yo quiero volver a verlo. Dile que tengo que hablar con él —suplicaba María Regla a su hija, lloraba todos los días sin consuelo—. ¿Por qué se fue? Él no tenía que trabajar, aquí lo tenía todo. Quisiera saber quién fue la promotora de todo esto». Joana era más dura, para ella los hombres eran simplemente un modo de desahogo sexual y para disfrutar el momento. «Búscate otro y si te gustan jóvenes búscalos bien muertos de hambre, así nunca se irán de tu lado». La madre lloraba sin fin, a veces se quedaba dormida del cansancio y cuando despertaba



rompía a llorar de nuevo. «No quiero otro, quiero a mi negro fino. ¡Ay, Changó, mi padre, ayúdeme!». Se tiraba de rodillas en una esquina del cuarto. La hija ya no sabía qué hacer y le propuso ir unos días con las gemelas a Varadero, según ella el mar azul le haría olvidar. «Podemos quedarnos hasta que estés harta de playa y seas mujer nueva».

María Regla lo único que quería en ese momento era visitar a Fabien Baptiste, el brujo haitiano que le dijo que había otra blusa en el camino de su marido.

A la semana de tanta cama y poco comer, el negro fino y yo nos fuimos a romancear a La Habana. Nos sentíamos como recién casados, de luna de miel. Todo mi mundo era Flavio, estábamos juntos. Todo lo que hacía era para mi beneficio.

No acostumbraba a decir nada sobre los pasos que iba a dar para que nadie supiera dónde estaba y cuando comenzaba el murmullo y el comentario era muy habilidosa para desaparecer, siempre he luchado lo mío con mucha fuerza. Sí, porque una vez que Flavio pisó mi territorio para quedarse, ya era mi hombre, sobre todo, porque él solito había tomado la decisión de unirse conmigo y mudarse a mi casa, y no iba a dejar que ni chismes, ni brujerías ni mujeres dolidas fueran a dañarme. Por eso, empezamos a vivir nuestra vida.

Cuando llegamos a la Terminal Central, había personas vendiendo de todo y algunos alquilaban apartamentos. Así fue que contactamos con nuestro alquiler. Todo era fácil de encontrar, la misma gente te decía dónde podías comer o divertirte.

La Habana es un mundo único, por eso los habaneros son tan vanidosos y fanfarrones. Pero me encanta esa ciudad amplia, con un movimiento constante de gente que viene y va, que baja y sube, que viste de diferentes formas y colores, que se saluda con alegría y habla por señas. El olor a salitre se respira en todas partes y eso me gusta, los habaneros no lo sienten, pero yo sí, y no puedo dejar de llegarme al largo malecón para sentir el mar de cerca. La gente joven sentada en el césped de los parques leyendo un libro o cantando en grupo con una guitarra, parejas besándose hasta devorarse, apoyadas a un muro. Me siento como si estuviera metida en una película, hay muchas cosas que me atraen, pero quedan solo en el deseo. En esta ciudad siempre hay vida de diferentes maneras, luces que se encienden y apagan, lugares amplios, edificios muy altos, avenidas y calles que te llevan a otros lugares muy lujosos como los hoteles, restaurantes, teatros y galerías. Nunca fui a una galería, en una ocasión quise llevar a Flavio para que viera obras de arte, pero en realidad no entendía mucho de eso y preferí caminar por las calles para ver pasar a la gente con ese aire de sentirse superior, eso tenía su cosa.



Nos hospedamos en un edificio muy antiguo de la Habana Vieja, tenía un balconcito que daba a una callejuela adoquinada. La fachada del edificio daba miedo de lo desbaratada que estaba, no entendía cómo podía vivir gente allí, pero cuando entramos fuimos directo al apartamento que alquilaban. Tocamos y cuando nos abrieron parecía que estábamos en el mejor hotel del mundo. La dueña nos saludó, ya esperaba clientes desde temprano, nos invitó a pasar para que viéramos el apartamentico. «Miren, todo impecable, tiene una cama imperial con colchones acabados de comprar, un mini bar con botellas de rones de buen prestigio, un baño precioso completamente renovado, un pantry, todo azulejado, un refrigerador pequeño y una cocinita eléctrica nueva de dos hornillas».

Sentía que el mundo era mío, era la mujer más feliz de Cuba, había conquistado a Flavio y no sabíamos nada de la jicotea vieja. De seguro se había ido a casa del viejo haitiano a preparar sus brujerías, pero nada sabe de mí, a mí nada me importan sus trabajos porque tengo mi aché y nadie me lo puede quitar porque con él se nace.

El mismo día que llegamos a La Habana, después de retozar en aquella gran cama y descansar un poco, nos fuimos a dar un paseo. Los viejos edificios, lejos de parecer que se derrumbaban se veían resplandecer, la nueva pintura y las pocas luces bien ubicadas en las esquinas y balcones, los hacían revivir como si conversaran con la gente que pasaba por la acera contándoles las historias de los que allí vivieron y del fresco amanecer cada mañana. Cuando veía esas maravillas, me decía a mí misma que me hacía muy bien salir de la rutina diaria de Santiago por un buen tiempo.

Seguíamos de luna de miel y como el día era perfecto, fuimos a la playa del este de la ciudad. Me bañé con mi lycra para no mostrar mis muslos quemados. No había forma que se borrara de mi mente el abusador de Mario, pero a lo hecho pecho. En las noches nos íbamos a guarachear. La ciudad nos ofrecía romanceo, música y mucha fiesta, o simplemente paseábamos por el malecón para coger el fresco de la avenida. No teníamos preocupaciones, no había nada que nos atara en otro lugar y contábamos con el dinero ahorrado por Flavio durante varios años y para mí con dinero la vida no es nada complicada.

Una noche al llegar al edificio nos encontramos en la puerta a una señora sentada en el borde de la acera, era bastante mayor, su ropa estaba sucia y maloliente, las uñas de las manos estaban negras de churre; nos saludó muy cortésmente y nos pidió limosna: «Tengo casa pero tengo hambre», nos dijo. Llevaba un turbante en la cabeza y su sonrisa era tierna, pero se veía agobiada. Le dimos dinero. «¿Qué más quiere, abuela?»,

le preguntó mi negro fino. «Nada más, *mi'jito*, me las arreglaré, ustedes ya me ayudaron bastante pero en pago quiero decirles algo —de repente la anciana se puso seria y nos pidió que nos acercáramos más—. Vayan a ver un babalawo, tienen que saber cosas, en especial tú, hijo, la muerte te asecha». «¿Y usted cree en eso, mi vieja? —Flavio lo tomó a broma—, esas son cosas de los libros de cuentos, ahora lo que usted debe hacer es alimentarse bien e irse para su casa a descansar —la señora no dijo más». Nosotros nos dirigimos a la escalera, ella me seguía con la vista, como si me acusara de algo que todavía no había hecho, de repente sentí miedo—. «Pobre vieja —murmuró Flavio—, la familia ni la atiende y ella está más loca que una cabra». Yo no dije absolutamente nada.

El regreso a Santiago lo hicimos en avión, no es lo mismo casi un día en guagua que una hora de vuelo. Me sentía feliz, aunque Flavio refunfuñaba por el precio de los pasajes. Al llegar a la casa, después de más de quince días fuera, Estela me estaba esperando de puerta en puerta, me dijo que la cosa estaba en candela porque María Regla estaba averiguando dónde yo estaba metida, pero me sentía tan serena después del viaje que le dije: «Si la ves primero y te pregunta, dile que he gozado mucho a su exmarido en La Habana».

Cuando me asomé al balcón, por la mañana, a la primera que vi fue a María Regla. Se bajó del carro de la hija, me miró y subió las escaleras. No le dije nada a Flavio, lo dejé que siguiera viendo una película cómodamente en el sofá de la sala, aproveché y me puse un ropón transparente, me eché hielo en los pezones para que se me erizaran y fui a abrir la puerta. Cuando María Regla me miró, se quedó boquiabierta. «Mujer, parece como si estuvieras esperando a un amante con tanta transparencia». «Así es, querida, acabo de hacer el amor con mi marido y siempre hay alguien que molesta, menos mal que ya habíamos terminado. Flavio, saluda». Él se dio la vuelta, la saludó vagamente con una mueca y siguió viendo la televisión. María Regla se fue corriendo, me tiré una bata por encima y me asomé al balcón. La vi correr como una loca, no miraba las calles antes de cruzar. Al timón del carro, Joana me dirigió la palabra: «¿Qué le pasó a mi madre?, parece que vio al diablo en tu casa —Flavio se paró a mi lado un instante, pero se retiró a prisa y fue cuando Joana se percató de todo—. ¡Qué mala paga eres! Después que mi madre te puso a trabajar con nosotras en la casa». Bajé a la puerta de la calle y le dije bajito que nunca se me había ocurrido trabajar en el prostíbulo que ella llamaba casa, que cuando se iban de noche a cenar yo estaba con Flavio en su propia cama. «¡Ah!, y búscale otro jovencito antes que te vayas de ejecutiva para París, no vaya ser que la jicotea se te vuelva loca». Después de apearse con agilidad, Joana se lanzó hacia mí pero Estela fue



más rápida: le tomó el brazo, se lo torció hacia atrás y la llevó hacia su carro. Todo el vecindario estaba fuera, algunos me miraban con mala cara. No sé por qué, no había hecho nada, ellas invadieron mi casa. Cuando Flavio me preguntó qué era lo que quería María Regla, le respondí que ella traía una lata de gasolina para prenderle fuego por lo que él le hizo. Le fabriqué esa mentira para que la rechazara definitivamente, pues mis amigas de la escuela me contaron que cuando un hombre sabía que una mujer le quería dar candela, trataba de no encontrársela más y daba esa relación por terminada.

María Regla no salía de la casa de Fabien Baptiste, quería de todos modos recuperar el amor perdido y si no era así, haría brujería, si ese hombre no era suyo, entonces no sería de nadie, solo de Dios. La gente como ella se pasa el tiempo gastando dinero en brujería y piensan que eso les resolverá la vida. A mí no me roba nadie, he conocido mucha gente que se dedica a robar el dinero de diferentes formas y esta es una de ellas.

La desesperación de María Regla por recuperar a su negro fino la llevó casi a la locura, no salía de casa del haitiano y anotaba en un papel todos los remedios que él le daba. Debía buscar un vaso y llenarlo con agua de mar, en un pedazo de papel debía escribir el nombre de Flavio y luego de entizarlo con hilos amarillo y azul, debía ponerlo dentro del vaso junto con tierra pisada por él. El vaso debía estar al sereno por siete días y finalmente debía echarlo al mar. «¿Y con esto recupero a mi Flavio?», le preguntó María Regla con cara ingenua. «Las cosas tienes que aceptarlas como son —le contestó el bruero—, siempre recuerda lo que te dijeron los cocos la última vez, aquí hay una muerte cerca, no sé que irá a pasar pero siempre anda con mucho cuidado *mi'ja*, escucha a este viejo lo que te dice de corazón».

Tratábamos de vivir lo más discreto posible, aunque nos gustaba salir a comer y a veces a los bailes populares de la zona, pero siempre la gente criticaba y aprendimos a ignorar los comentarios. Flavio me entregaba su amor y su dinero y aunque ya no teníamos las cantidades del principio, todavía podía comprar ropa bonita, licores finos y trasladarme alguna que otra vez en taxi. Así y todo veía que comenzaba a tener una vida aburrida, siempre lo mismo y yo quería algo nuevo, algo que nos moviera, que nos sacudiera, por eso pensé en mi prima La Perdida.

Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella y se me ocurrió visitarla para llevar a cabo un plan. Cuando Cecilia me vio, pensó que le había pasado algo más grave a mi prima Estela. «No, *mi'ja*, ella está bien, ya



casi ni se acuerda de Miguel, está en un romance con un muchacho que conoció cuando estuvo viviendo en la casa alquilada de Vista Alegre».

Demás está decir que siguió en lo mismo, ella le paga a él —Cecilia no agregó nada más, pensaría que para qué hablar de eso si cada una de nosotras tenía sus características, no dije ni una palabra más sobre el tema. Ella rompió la pausa y me alegré porque tocó mi asunto—. «¿Cómo te va con Flavio?, oye, ¡han durado cantidad!». «De eso mismo vine hablarte —le dije—, este hombre es tranquilo, correcto, hogareño y eso me es un poco fastidioso». «¡Te conozco mejor que si te hubiera parido, niña!, ¿ya te aburriste?, entonces déjalo tranquilo y que vuelva con su vieja, que allá estaba bien», me comentó Cecilia con una sonrisa en los labios y fue cuando le propuse mi plan: «Necesito saber si me es fiel, no creo que haya un hombre tan bueno». Le pedí que lo sonsacara con halagos y un poco de putería. «¿El qué? No, no me metas en tus líos, Miriam, mira que no quiero morir quemada ni que me echen mierda encima. No, ¡qué va!». Finalmente, la convencí diciéndole que eso no iba a ser nada del otro mundo que era una actuación rápida y planificamos todo lo que íbamos hacer.

Una tarde le dije a Flavio que iba al ginecólogo, que si me demoraba no se preocupara que seguro había mucha gente en la consulta. Cecilia esperó mi señal cuando salí y se metió en mi casa, Flavio la saludó, quiso ser gentil y le brindó un café, yo había vaciado la cafetera porque conocía sus hábitos y sabía que iba a brindarle café a la visitante por lo que tuvo que ir a la cocina y hacerlo de nuevo. Mientras tanto, mi prima en la sala rompía uno de los tirantes de su blusa, dejando expuesto su ajustador muy provocativo.

Cuando llegó Flavio con el café le dijo: «¡Ay, chico, mira esto lo que me ha pasado!», en el mismo momento ella fue a coger la taza y cuando la tomó en su mano se la viró sobre la saya, inmediatamente hizo ademán de que se quemaba y se desabrochó la saya, quedándose en tanga y casi en ajustadores. Ella se le tiró al cuello y rápido intentó besarlo. «Tú eres prima de mi mujer, deberías respetarte —le gritó Flavio dándole una bofetada que la tiró al suelo—, lárgate de esta casa y olvida que esto ha pasado. Por mi parte no le diré nada a tu prima, pero ahora vete».

Cecilia recogió su ropa sollozando, le dolía la cara, Flavio le había dado tan fuerte que estuvo con el rostro hinchado varios días, parecía que le había picado una abeja, todos comentaban que mi prima le había faltado el respeto a un hombre, como siempre solía hacer, lo bueno es que nadie supo a quién y ella se mantuvo en silencio. Definitivamente, Flavio se había enamorado perdidamente de esta que está aquí, pero lo



mío seguía siendo el buen vestir, el buen comer, la buena cama, las fiestas y los hombres.

Cecilia nunca más puso los pies en mi casa, tenía miedo que Flavio se le lanzara de nuevo como una fiera, aunque en realidad él reaccionó así solo esa vez, después cuando la veía en el hotel donde ella trabajaba la trataba como si nada hubiera pasado. Gracias a ella podíamos pasar nos un fin de semana en buenos hoteles. Se creía superior a los demás y su vanidad creció tanto que un día por poco le cuesta la vida. A Cecilia le gustaba calentar a los hombres para después dejarlos sin esperanza de una relación amorosa. Cuando me lo contaba no me hacía ninguna gracia, sabía que tan peligroso jueguito le traería algún día serias consecuencias, pero ¿quién saca enseñanza por los consejos de otro?

María Regla, seguía en su fanatismo, había dejado en la puerta de mi casa un huevo reventado delante de la puerta y en la cáscara se podía leer mi nombre, al lado había una paloma muerta y amarrada con hilo rojo. Cogí el huevo con la paloma y me dirigí a su casa. Tuve la suerte de que ella misma abrió la puerta. «Toma, cómete esta basura que pusiste en la puerta de mi casa, y la próxima vez que te atrevas a hacer algo así contra mí, va a ser peor porque te la voy a meter donde tú sabes». La mujer me abrió los ojos, nunca pensó que yo le devolvería la brujería personalmente. Entró en pánico al ver la paloma muerta, le di la espalda y me fui a lo mío. Al día siguiente la vieron corriendo a casa de Fabien Baptiste. «Te dije que tuvieras paciencia, *mi'ja*». Ya ni los consejos del brujo servían para nada, se dedicaba a vigilar mi casa día y noche, ya no presumía como antes, vendía sus prendas de oro para pagarle al haitiano por los trabajos oscuros. Un día vio salir a Flavio de la barbería del barrio, esperó que se alejara y cogió un pedazo de su pelo que estaba en el piso del lugar, pidió disculpas y se marchó. Puso el pelo de Flavio en una hoja de plátano, le echó canela, miel de abejas y puso pelo de ella. Hizo un paquetico, fue con todo eso al pie de una ceiba y lo enterró al lado de las raíces y echó una botella entera de aguardiente alrededor del árbol. Casi siempre alguien la veía y comentaba lo ocurrido, la gente cruzaba la calle al verla porque le tenían miedo. Dicen que después de haber hecho esta ceremonia con la ceiba se fue a su casa y se encerró cinco días desconectada del mundo.

Flavio fue a visitar a sus padres a Guamá y aproveché para salir con Ángel. Mi flaco, tan oportuno como siempre, apareció en el momento que más aburrimiento tenía, era uno de esos domingos que parecía más lento

de lo común. Por los alrededores no había fiesta ni música ni escándalos, parecía que todos estaban durmiendo la mona y que se habían pasado de horario. Ángel me pidió que lo acompañara a una pelea de gallos y que llevara trusa porque a lo mejor íbamos después a la playa. Finalmente, como siempre, ganó su gallo favorito. Al terminar la pelea paramos un carro y él se le acercó al chofer extendiéndole la mano con un billete de veinte pesos, «Llévanos para El Saltón». Yo le preguntaba durante todo el trayecto qué era eso, pero él no me quiso decir, fue una gran sorpresa la que me tenía mi flaco. Esta vez no fuimos a casa de nuestra amiga Margarita. El Saltón es un centro turístico recreativo que está en Contramaestre, él lo conocía bien porque había nacido en esa zona; aguas termales, piscina, habitaciones, restaurante y paisaje para disfrutar. Todo estaba preparado, ya tenía la llave de la habitación, me la dio para que me fuera cambiando pues tenía que separar una mesa en la piscina y otra en el restaurante. Me puse mi trusa, él se cambió y nos fuimos a la piscina, nos sentamos a tomarnos unas cervezas y yo no paraba de decirle: «¡Ay, mi Flaco, qué rico, qué rico!». Jugamos dominó, en la piscina estaban poniendo música y yo me movía en aquella silla que quería salirme, interrumpimos el juego y nos pusimos a bailar, y, entre risas y jaranas, fuimos a comer. Nos tomamos un café caliente y caminamos por los alrededores. El lugar era hermoso, entramos a la habitación, me besó; siempre nos habíamos gustado y la separación por algún tiempo no impidió que nos deseáramos como antes. Él nunca me pedía explicaciones de nada, era discreto y muy cariñoso, su mundo eran los negocios, tener siempre dinero y disfrutar cada segundo con alegría. Teníamos muchas cosas en común. Ese día vi a Ángel como nunca antes, me llegó a estremecer, me olvidé de mí y disfruté mucho la ocasión. Entonces, al terminar, quiso hablarme y le presté toda la atención. «Te traje aquí porque sabía que te iba a gustar. Yo..., bueno... ¿qué tiempo hace qué estamos?, ¿has sacado la cuenta?, ¿por qué nos buscamos a cada rato?, ¿no te das cuenta que siempre estamos *pa'* nosotros? Nunca he hablado de esto, no sé ni hacerlo porque mi vida ha sido un poco loca y alegre, pero me cuadas mucho, eres tú, no otra. Te pareces mucho a mí y tu vida ha sido tan loca como la mía; pero quiero que seas mi mujer». Después me dijo que lo pensara, que él no sabía qué era tener responsabilidades en una casa, que no sabía si llegaría a aburrirse, pero que quería casarse conmigo. Me quedé sin habla por unos segundos, pues no esperaba semejante escena, primera vez que un hombre se atrevía a proponerme matrimonio, primera vez que un tipo tan libre como él se llenaba de valor para pensar en algo tan distinto a lo que hasta ahora había hecho. Me aflojé y casi logré convencerme, sin



embargo, recordé que ni en la adolescencia había soñado con casarme, mucho menos vestirme de novia, eso no era para mí. Luego de pensar, recordar y, porqué no, soñar; reaccioné y le dije que ya yo era su mujer y lo sería por siempre, pero que no podía cambiar mi naturaleza. Me dio un beso y nos dormimos. Regresé a casa al amanecer.

Cuando llegué, Flavio estaba sentado en el butacón de la sala. Había regresado de Guamá más rápido de lo que yo pensara, pero estaba tranquilo, esperándome. Tenía siempre un semblante triste y desgano, yo tenía hace tiempo al toro por los cuernos y no me esmeré mucho dando explicaciones, mi tufo alcohólico me delataba sin pronunciar palabra y la cosa se iba a poner peor porque se acercaban los carnavales y eso no me lo iba a perder por nada en el mundo. Flavio me miró fijo. «Miriam, necesito un trabajo, el dinero se está acabando poco a poco y sin él no es bueno estar, ¿no íbamos a montar un negocito?, ¿en qué has pensado?, no hemos hablado de eso y tenemos que hacerlo ya seriamente». En ese momento pensé en que mi prima Cecilia, pues ella me había hablado de un antiguo novio que se dedicaba a vender leche fresca en grandes cantidades y necesitaba un socio para repartir la mercancía por las noches y con esto hacer su dinero. El ofrecimiento me preocupó al principio y por eso no le había dicho nada a Flavio, pero de repente vi la solución al problema: Flavio trabajaría por las noches y yo libre para encontrarme con Ángel, la idea me parecía perfecta pero antes tenía que preparar el terreno. Le expliqué a Flavio lo del negocio de la leche y empezó a caerme a preguntas: «¿Y de dónde sale la leche? ¿Ese negocito está bueno? ¿Por qué la leche se reparte solo en las noches? —le prometí que averiguaría con mi prima y aproveché para contarle lo de la paloma muerta de María Regla—. Esa mujer está loca, ¡ojalá nunca más vuelva a verla!», dio media vuelta y se fue a jugar dominó con los hombres de la casa de enfrente.

Ese año, mis tres primas y yo tomamos mi casa como punto de encuentro para ir a los carnavales. A Flavio le gustaba vernos juntas porque decía que nos llevábamos muy bien y nos divertíamos mucho.

A los festejos vinieron las mejores orquestas del país y lo importante para nosotras era amanecer bien para terminar mejor. Había ofertas gastronómicas de otras regiones: Camagüey con sus pizzas, Mayarí con los cerdos asados, San Luis con los toneles de cerveza, Holguín con su Mayabe y todos garantizando el servicio sin pausa durante siete días.

Como en julio hace tanto calor, mis primas se vestían muy corto para estar bien cómodas, en cambio, yo llevaba unas bermudas bien ajustadas al cuerpo y cada una llevaba su jarra para llenarla en los dispensadores de cerveza.

Desde el primer día salí con la idea de no gastar mucho dinero porque no sabía cómo le iba a ir a Flavio con el negocio de la leche, por eso mis bermudas tenían doble intensión: cubrir mis quemaduras y provocar a los hombres para que nos pagaran. En todas las calles del barrio Sueño vendían comida típica criolla con variados platos. El cabaré Tropicana tenía su esquina donde vendían mojito y cubalibre, allí bailamos con las orquestas y por el mediodía nos comíamos un pollo frito con una cerveza bien fría, porque el calor era sofocante. El primer día, mi prima Yudi *La Dura* quería pagarlo todo, pero le propuse que guardáramos el dinero para pagarle a un hombre que nos cuidara durante los días de carnaval y todas estuvimos de acuerdo. Ese mismo día, pensé en buscar una forma para que la cerveza saliera gratis. Me recosté al mostrador que más cerca teníamos y vi a un tipo fuerte. «¿Tú eres el jefe del quiosco? —me dijo que sí con la cabeza—. A ver, ¿cuánto cuestan la cerveza y la comida?». «Mi amor, lo que tú quieras que valga, a mujeres como tú no se les cobra nada», me respondió mirando el escote de mi blusa. Me metí por debajo del mostrador, le pedí a mis primas que se esperaran un momento y me le insinué: «Dile a tu socio que siga vendiendo, que tú estás aquí ahora conmigo —nos metimos detrás de la casucha y me quité la blusa—. Esto es todo tuyo —el tipo del quiosco me chupó las tetas, a los pocos minutos lo interrumpí y le dije que por hoy terminaba—. Ya sabes que siempre vendré aquí *pa'* ti, pero ahora mis primas y yo bebemos de tu cerveza sin pagar. Y así mismo fue: cada vez que nuestras jarras se vaciaban, volvían a llenarse sin tener que pagar un centavo, ellas me miraban y me preguntaban qué había hecho para recibir tanto privilegio, solo les respondí: «Trucos», dije y nos echamos a reír.

Con el nuevo trabajo de Flavio podíamos seguir viviendo sin pasar tanto trabajo, la leche se vendía bien, aunque en realidad no sabíamos de dónde salía tanta leche fresca. Lo importante era el dinero que ganaba, cuando Flavio veía tantos billetes juntos a la hora de cobrar se callaba la boca y seguía su camino, ese fue su gran error.

Los fines de semana nos íbamos para el hotel donde trabajaba Cecilia, ella nos reservaba una suite con todas las comodidades posibles de imaginar, pasábamos horas magníficas en el bar de la piscina, nos íbamos a bailar por las noches a la discoteca del hotel, en las mañanas paseábamos por la playa y luego entrábamos al salón de masajes.

Yo no sabía que cuando Cecilia le propuso a Papito, su exnovio, que pusiera a trabajar a Flavio, él le había hecho resistencia diciendo que estaba buscando a una persona de su entera confianza y que no conocía a ese

tipo como para estarlo metiendo en su negocio gratis. Ella le puso como condición que si ponía a Flavio a trabajar como su socio, volvía a vivir con él. El asunto es que cuando me enteré ya era tarde.

Papito era un hombre sencillo, seguía enamorado de Cecilia como un perro y la quería con locura. Ella se burlaba de él con sus promesas. Ese día se apareció en el hotel mientras Flavio y yo descansábamos en la piscina. «¡Qué mi gente! Vengo buscando a Cecilia, mi futura esposa, creo que hoy trabaja, pero no sé en qué departamento». Sin mirarlo mucho, le respondí que fuera a la última planta del hotel y tocara en la oficina que decía afuera gerencia. Me sorprendió su expresión de futura esposa y pensé que en buen lío se iba a meter mi prima. Papito sonrió muy orgulloso, dio media vuelta y se dirigió al lugar indicado.

Cecilia estaba reunida con otros gerentes en su oficina, Papito tocó la puerta y entró. «¿Usted no está viendo que estoy ocupada?, ¡por favor, venga otro día, retírese ya! —mi prima lo trató peor que a un perro, pero, así y todo, él esperó afuera durante dos horas hasta que ella terminó. Quiso besarla y ella le retiró la cara. Papito bajó la cabeza con tristeza, solo quería visitarla, verla, estar con ella—. «A mí no me gusta que tú vengas aquí, yo tengo un puesto importante en este hotel y no quiero que te vean», protestó ella. «¿Y eso por qué, Cecilia?». «Porque no quiero y ya. Espera a que yo te llame y vienes a mi casa o nos encontramos en otra parte, pero aquí no vengas —Cecilia, sin despedirse de él, en posición arrogante, se fue en dirección a la piscina, pidió un jugo de mango y se sentó junto a nosotros—. ¡En qué lío te metiste, Miriam!». «¿Tú le dijiste a ese hombre que te ibas a casar con él?». «Lo hice por ustedes, para que Flavio se pusiera a trabajar, ya veré yo como le doy de lado a este, no quiero verlo ni en pintura». Eso le podría salir caro porque el tipo le estaba diciendo a todo el que se le acercaba, que se había comprometido con mi prima, eso iba a ser una deshonra para él y cuando supiera la verdad no se sabía cuál iba a ser su reacción. Intenté persuadir a mi prima para que con tiempo le quitara esa idea a Papito de su cabeza, pero no me quiso escuchar y todo lo dejó así, de manera que él siguió alimentando su esperanza. Este ha sido el mayor error de nosotras, nunca escuchamos consejos, y la segunda parte del refrán todos por acá nos la sabemos: *¿Llegaremos a viejas?* Justamente ahí estuvo la primera señal para mí y para mis primas.

Cecilia se pasó un buen tiempo jugando con Papito y lo tenía de aquí para allá solo pidiéndole favores y manipulándolo como a ella se le antojara, ese siempre fue su estilo. Cuando éramos casi adolescentes le decían en la escuela que ella se daba mucha lija. Tenía a sus pies a todos los machitos del barrio donde vivíamos, ellos le regalaban flores,



le compraban merienda y eso le sirvió para toda la vida. A todos los explotaba y no les daba la oportunidad de nada, ni un besito.

De todos modos, Papito no perdió las esperanzas de volver con su querida exnovia. Cecilia tenía una belleza que le permitía ser arrogante y vanidosa con los hombres. Era la más bella de todas las mujeres de la familia y tenía una piel color miel que le hacía combinación con sus ojos castaños, un pelo negro ondulado y abundante hasta la cintura, era delgada sin una gota de grasa en la barriga, no era tan culona como nosotras y tenía las curvas que le hacían lucir casi perfecta. Cecilia lo tenía casi todo, era un buen partido para los hombres porque además tenía un buen puesto en uno de los mejores hoteles de Santiago y estaba muy orgullosa de sí misma. Lo más importante para ella era su trabajo, su ascensión social y la familia.

Mi prima pensaba que entreteniendo a Papito con salidas a discotecas caras y haciéndolo pagar mucho dinero en buenos restaurantes iba a matar el aburrimiento y se iba a burlar de él.

A los tres meses de estar saliendo con Papito, se decidió a hacer una fiesta en su casa anunciando su compromiso con Cecilia. Papito cocinó para un batallón y compró bebida para veinticuatro horas de fiesta; era su gran día y no quería escasez. Él no tenía un envidiable círculo de amigos, casi todos se dedicaban al contrabando de oro, negocio de mucho riesgo por la forma en que lo hacían, robaban el oro en las casas de las personas que conocían o de las personas que le compraban, eran veloces y silenciosos, capaces de hacer callar a cualquier perro guardián, aunque también se dedicaban a arrebatar cadenas en la calle a pie o en bicicleta.

En plena fiesta, reconocí a un personaje que se hacía llamar Mustafá *El Malo*, los pelos se me pusieron de punta cuando me percaté que estaba allí, por un momento no me sentí las manos, tanto que mi vaso de ron estaba en peligro de caerse al suelo. Intenté relajarme para que nadie se diera cuenta de que estaba nerviosa, pero a mi mente vino el día en que lo vi por primera vez. Era sábado y un dolor de muelas, de esos que te hacen llamar a la misma muerte, hizo que yo aterrizara en casa de un dentista que tenía una consulta particular. El hombre, después de examinarme, ya se disponía a arreglarme la muela cuando de repente entró apurado este tal Mustafá *El Malo* y se dirigió al dentista extendiéndole su mano, «Vaya, la cadena está fresquecita, acabada de arrancar del pescuezo de una vieja. Mira, tiene sangre todavía, así que cómpramela para que la derritas ya». Salí rápido de aquel lugar e increíblemente, nunca más he sentido un dolor de muelas.

Cuando vi a este elemento en la fiesta pensé que estaba en la boca del diablo, pero me quedé para observar todos los movimientos y así tener claridad de con quién se las iba a jugar mi prima.

Flavio ya conocía a algunos socios de Papito que estaban involucrados también en el negocio del suministro de leche. Flavio era respetado porque él transpiraba seriedad, nunca decía cosas fuera de tono y hacía su trabajo con responsabilidad y discreción. Muchos de ellos lo definían como un tipo fula, porque no quería jueguitos.

Por la parte de Cecilia estaban sus amistades, compañeros de trabajo y mis primas Estela y Yudi, Flavio y yo. Dos clases de personas se confrontaban aunque solo en apariencia, la música estaba tan buena y la comida tan sabrosa que todos estábamos contentos, el ambiente aparentaba ser cordial y sano. Para mí era gracioso, y a la vez penoso, ver la cara de Papito. Parecía un niño en el día de su cumpleaños creyéndose cosas, llamaba la atención de todos y de vez en cuando montaba en celo cuando veía la atención esmerada que daba Cecilia a sus invitados. Ella coqueteó casi toda la noche con dos empresarios italianos que habían llegado de Varadero y ya un poco tomada se tiraba sobre ellos creando fuertes comentarios por parte de los amigos del novio. Me acerqué a Flavio y le dije bajito: «Esto no va a tener un final feliz, mi prima se pasa de la raya». «No te preocupes, Miriam, estaremos atentos, realmente los comentarios que a veces hace Papito me parecen un poco pesados —y fue cuando me preocupé aún más y pedí que me contara en detalles—. Mira, Miriam, una noche mientras repartíamos la leche a domicilio, Papito me dijo que sería capaz de hacerle algo a Cecilia en caso que ella le fallara con el compromiso, me dijo que ella lo iba a recordar para siempre porque él le iba a marcar su vida —aunque siempre supuse que mi prima corría peligro por jugar con los hombres, yo no sabía cómo reaccionar en ese momento—. Habla con ella y ponla en alerta, si no lo quiere, que lo deje; uno nunca sabe qué tipo de materia gris tiene el ser humano en la cabeza». Cuánta razón tenía mi negro fino, pero Cecilia se pensaba que era la reina de no sé qué país imaginado por ella, sin tener en cuenta que los muertos, que en vida fueron alguien importante están enterrados en el cementerio, en las catedrales o embalsamados en los museos; sin respirar, sin hablar, sin hacer todavía el cuento de cómo se despidieron de este mundo. De repente, Papito tomó a Cecilia del brazo y la llevó al cuarto. «Si no controlas tu forma de tratar a tus amistades, se acaba la fiesta, Papito, por lo que veo todo lo que hago te molesta. Haz lo que te dé la reverenda gana, me obstina tu bla...bla...bla, siempre me estás regañando y todo te parece mal». «Está bien, Cecilia, apúntate esto: haré lo que me dé mi real gana. Tú lo dijiste». Entré al cuarto después de tocar a la puerta, quise interrumpir para liberar tensiones y así aprovechar y despedirme de ellos porque ya eran las tres de la mañana y vi gente bastante borracha hablando mierda, por lo que era mejor recogerse ya.

Él no contestó, salió de allí de mal humor, ocasión que tuve para contarle a mi prima la conversación que había tenido con Flavio, pero ella rompió a reír desfachatada: «¡Ah!, ese no mata ni una cucaracha, es más cobarde que un ratón». Papito se sentó frente a la casa en el contén de la acera, con algunos de sus socios. Cecilia se fue a otra fiesta sin decirle nada y delante de él se montó en uno de los carros de sus invitados y siguió la rumba a otra parte, él siguió consolándose con su trago de ron, quién sabe hasta qué hora del amanecer.

El lunes ella se apareció bien temprano en su oficina como buena ejecutiva que era, yo me le aparecí preocupada porque se había desaparecido todo el fin de semana y Papito la andaba buscando de casa en casa. En Varadero, ay, mi prima, la pasé de maravilla, Cecilia tenía un rostro feliz y sereno. En ese momento tuve que echarme a reír, pensé que yo era la más atrevida de las cuatro, pero me di cuenta que en cierto modo éramos igualitas. Me gustó que se fuera sin ton ni son para Varadero, pero lo que no me gustaba de esta historia era el final con Papito. «Miriam, deja que Papito piense lo que le parezca. Los italianos me propusieron trasladarme a Varadero, me necesitan en la gerencia de la cadena hotelera con posibilidades de viajar a Italia en funciones de trabajo. Tú sabes lo importante que es esto para mí, no voy a comprometerme con un muerto de hambre como Papito que lo único que sabe es robar leche de los mercados para venderla clandestinamente. Yo quiero ascensión social y solo lo conseguiré saliendo de aquí». «¡Espérate, espérate un momentico, Cecilia!, ¿qué coño tú estás diciendo? —me dieron ganas de sonarle una galleta, quería que me explicara mejor cómo era eso de robar leche en los supermercados y almacenes, ella me había dicho que el negocio era bueno y serio. No podía creer que Flavio estuviera en peligro de caer algún día en prisión—. ¡Ay, Dios mío, yo no salgo de una *pá* caer en otra!». «Tú querías un trabajo para Flavio porque ya se le estaba acabando su dinero, no me culpes ahora. Aquí y en la Conchinchina para tener un trabajo como ustedes aspiran hay que estudiar, Miriam, y Flavio siempre ha sido chulo y tú lo sabes, tú lo sacaste de una casa en la que él solo dormía y era mantenido, espero que no se te haya olvidado». No le contesté porque tenía razón en parte, si yo hubiera terminado la facultad, quizás hubiera sido una buena guía de turismo, paseando de aquí para allá con los extranjeros; estaría comiendo en buenos hoteles y siempre tendría ropa bonita y regalos de mis mejores clientes y, quién sabe si hasta me hubiera dado un brinquito a México o a París, invitada por algún empresario del turismo. Si hubiera sido así, a esta hora tendría un sueldo respetable y hablaría hasta más fino. Cuando veo a Cecilia me siento orgullosa de como habla de ella misma.

Me marché y caminé horas pensando qué pasaría si todo eso se destapaba y entendí entonces porqué Flavio cobraba tanto dinero, si eso se descubría él iría a la cárcel porque era mercancía robada al Estado. Decidí tranquilizarme y hacer como si nada pasara, pues Flavio era capaz de matarme.

Cecilia, por su parte, se había olvidado completamente de Papito, en su mente solo estaban sus ilusiones de viajar por asuntos de negocios. Le preocupaba el paso que iba a dar, pero quiso pedir la renuncia en el hotel donde trabajaba. Disponía de solo una semana para despedirse de todos sus amigos, compañeros y familiares diciendo siempre que no sabía cuando regresaría a Santiago. El trabajo en Varadero era bastante y debía adaptarse a sus nuevas condiciones. Justo en esa semana, Papito fue a visitarla al hotel y le informaron sobre todos los planes de Cecilia, se quedó sin voz, empezó a sentir escalofríos y salió desesperadamente en busca del sol, solo el sol de oriente podía convencerlo de que todavía estaba vivo, que caminaba, que movía los pies; se sentía miserable, engañado, utilizado, la cabeza se le puso caliente, la frente roja y la sangre empezaba a circular más rápido, por un momento pensó que estaba sufriendo una metamorfosis y fue cuando vino la idea de la venganza.

Estaba contra reloj, su venganza hacia Cecilia debía ser antes de su partida. Reunió a algunos socios en su casa, los que no tenían ningún escrúpulo y les contó todo desde el principio con lágrimas en los ojos. El amor de su vida lo había tratado como un trapo de limpiar, como un cenicero lleno de cenizas, como un baño público en pleno carnaval de Santiago. «¿Compay, pá qué tú lloras?». «¿Qué es eso, tú?». «*Tate quieto na-güe, nojotros vinimos pá resolvelte un problema, dino, dino ya, que aquí etamo toos, ¿qué, hay que hacel?*».

Cecilia preparó su fiesta de despedida en una discoteca y habló con el portero para que dejara pasar solo a sus invitados. Ella podía hacerlo porque el tipo le debía favores, ella le reservaba habitaciones a mejor precio que lo normal, de esta forma se hizo de contactos y amistades pudientes que hicieron posible sus deseos. Champaña, whisky y vino de buenas cosechas adornaron las mesas. Bailes, canciones, besos, adioses, te quiero, no me olvides y ven a visitarme, eran los protagonistas de la noche. Papito no fue invitado, pero no era necesario, estaba afuera esperando la salida de Cecilia, no importaba a la hora que fuera, pues él siempre había tenido paciencia.

La festividad de despedida terminó a las cuatro de la mañana y mi prima trataba de subirse al carro de unas amigas cuando se acercó Papito. «Yo también quisiera despedirme de ti, igual te admiro y tengo derecho,

¿no?». «Claro, querido, siempre fuiste para mí una persona fantástica, encantadora». Él la invitó a un corto paseo prometiéndole que la llevaría a casa, ella estaba un poco pasada de copas, pero confiaba en su mal querido admirador. «Esperaba que me avisaras, también me debes una explicación porque estábamos comprometidos». «Papito, tú te creaste toda esa bobería en la cabeza y yo solo te dejé con tus creencias, nunca te dije que te quería y nunca te lo demostré, tú te encaprichaste y yo no tengo tiempo para escuchar tus necesidades. Busca una mujer que te ame, esa no soy yo», él se encolerizó gritándole que ella lo había ilusionado y que se iba como una puta con los italianos, vendiéndose por un pasaporte, eso es lo que tú vales. A mi prima había una cosa que nunca le había gustado y era que la llamaran puta. Ella odiaba esa palabra y siempre saltaba como una fiera cuando la escuchaba. «Si tú crees que yo soy una puta, ¿qué serás tú? Para mí eres un pobre diablo muerto de hambre. Lo siento pero yo me merezco una cosa mejor, tú no estás en mis planes». Cecilia no se había dado cuenta de que se había alejado bastante de la discoteca y de repente de la oscuridad salieron varias caras masculinas conocidas. Ella se extrañó muchísimo de la situación. Vino uno por detrás y le puso un pañuelo en la nariz y ella cayó rendida por la droga inhalada. «Cecilia, tú tampoco estás en los míos», respondió Papito con ella desmadejada en los brazos.

Cecilia despertó amarrada y completamente desnuda en la casa de Papito, la cabeza le daba vueltas y no tenía fuerzas ni para decir palabra. Los demás la miraban y se turnaban para violarla uno después del otro. Papito fue el primer violador, utilizó la poca fuerza de Cecilia para aprovecharse de ella, golpearla y morderla con todo el odio del mundo, mi prima ni se daba cuenta de lo que le hacían de tanta droga que le habían dado a tomar a la fuerza, solo estaba en posición para que otros cinco hombres se aprovecharan de ella, le cortaron el pelo y en algunas partes le rasparon la cabeza, le mordieron las orejas hasta dejarlas ensangrentadas y Papito tomó una navaja y le marcó la cara con la letra P en las mejillas. Cecilia terminó moribunda, después la dejaron en un campo tirada. No supimos de ella hasta después de dos días. Un campesino la encontró y la llevó a la casa más cercana de aquel monte pidiendo ayuda. El vecindario llamó a las autoridades y ya en el hospital se supo quién era y dónde vivía, estaba bastante desfigurada de tantos golpes en la cara y hasta para nosotros fue difícil reconocerla, pero, claro, reconocí las manos de mi pobre prima. Me eché a llorar sin consuelo, abrazándola con todo el amor posible en la tierra. ¿Cómo habían podido hacerle una cosa así a una muchacha tan bonita?, ¿quién había sido?, se preguntaban



todos, pero, al menos para mí, no había dudas y empecé a gritar como una loca todo lo que me salía de adentro, todos me miraban asombrados y llamaron a la policía. Había que buscar a Papito, tenía que pagar por esa fechoría.

Cecilia estuvo callada una semana, había perdido unos cuantos dientes y tenía la boca muy reventada, solo podíamos alimentarla con líquido, por las noches las pesadillas no la dejaban dormir. Un buen día amaneció gritando: «¡Fue Papito, fue él!», y la policía pudo empezar la investigación, ella lo contó todo tomándose todo el tiempo del mundo y sin ninguna vergüenza en los detalles porque aunque estaba drogada y no podía defenderse, escuchaba las voces de la gente a su alrededor. Cecilia nunca más fue la de antes, las marcas en la cara y en los brazos, la ausencia de su perfecta dentadura y su quijada jorobada permanecerán con ella para siempre.

Papito no pensó en las consecuencias que aquello le traería, ni siquiera se podía imaginar en qué estado quedaría su amada con tantos golpes en la cara y tantas violaciones a la vez, solo su venganza y su falsa hombría lo arrastraban a abusar de un ser delicado. En la estación de policía, contó lo que sucedió aquella noche, no resistió al interrogatorio severo, le mostraron fotos de Cecilia en la cama del hospital y el estado en que había quedado. Les pegaron las fotos en la pared de la celda para que las viera una y otra vez, por momentos no podía creer que la que aparecía allí era aquella que días antes había sido una bella mulata con la sonrisa más linda de Santiago de Cuba. El cargo de conciencia pudo más que su rebeldía y decidió terminar de contarle todo, así fueron cayendo todos los que de forma estúpida se brindaron a colaborar con él, fueron a prisión delatados por el mismo socio que un día les pidió ayuda. En los interrogatorios salieron a relucir los asaltos callejeros, las violaciones a mujeres jóvenes y el negocio de la leche, por lo que Flavio quedaba involucrado.



¿CERRAR LA PUERTA?

A partir de la mala noticia, no hallaba sosiego y padecí de insomnio por varios meses. El cerebro me funcionaba como una locomotora defectuosa sin esperanzas de reparación. Vivía con la persistente angustia de que Flavio iba a caer en la tormenta que se estaba formando y decidí visitar a mi prima al hospital.

Cecilia ya sabía que Papito había declarado de dónde venía la leche que vendían, me saludó todavía muy adolorida por las palizas y los mordiscos. Yo la escuchaba de pie, no podía sentarme del nerviosismo que tenía metido en el cuerpo. Según las declaraciones de los culpables, era leche robada de supermercados y hoteles, tenían un contacto que era distribuidor de la empresa láctea. «Hay un faltante bastante grande, la verdad es que no estuve muy informada, te lo juro Miriam, para mí era un negocio a nivel de supermercado, jamás pensé que fuera tan grave y que estuvieran involucradas tantas personas, lo siento mucho. Espero que Flavio salga bien de esto. Rezaré por él».

Estuve todo el día con ella, la ayudé a bañarse y a que tratara de masticar algo sólido, ella se preocupaba por su aspecto porque no sabía cómo iba a quedar su cara después de la recuperación. Cecilia y yo nos despedimos con un largo abrazo.

A Flavio ningún santo lo ayudó, hasta María Regla se apareció en la estación de policía y declaró haberlo visto una noche repartiendo leche, había anotado la hora y el día siempre con la esperanza de poder vengarse a su debido tiempo. Todo eso me tocó vivir: mi prima hospitalizada y mi negro fino acusado de robo y comercio ilegal. A dónde iba a llegar el problema y cuándo iba a parar, no lo sabía. Una noche vinieron a buscarlo y dejé de verlo por mucho tiempo, pues estuvo totalmente incomunicado.

María Regla siguió fanatizada con la brujería, pensó que así podía acabar con la felicidad de nosotros y no pensaba ponerle fin a sus raros rituales hasta que no nos viera en el mismísimo infierno quemándonos en nuestra propia salsa. Un día cocinó mi comida favorita que, según ella, era



arroz blanco con frijoles negros. No es que me fascinaran, es que era lo único que se cocinaba en su casa, especialmente cuando no tenía tanto dinero. La comida la puso en un plato blanco junto a una taza de café, una cerveza, un vaso de ron, lo llevó todo al cementerio y al llegar a una tumba vacía tomó un vaso de agua que llevaba consigo y con una vela encendida empezó, gritó mi nombre tres veces. El escándalo era tanto que el sereno de turno la mandó a callar y le pidió que saliera antes de que lo metiera en problemas. No se conformaba con la detención de Flavio, también quería terminar conmigo. Yo no tenía tiempo de hacerle caso y especialmente ahora con tantos problemas, pensaba en Flavio, él no estaba acostumbrado a la vida en prisión, no conocía la vida dura y estaba segura de que no duraría mucho así. Fue un juicio rápido, le dictaron una sentencia de quince años y en ese momento pensé en mi propia muerte. Me le tiré encima a abrazarlo sintiendo que había llegado nuestra eterna separación. Él no reaccionó, estaba como ido de este mundo, de inmediato lo separaron de mis brazos y se lo llevaron para empezar desde ese momento a cumplir con su penitencia. Este fue uno de los días más tristes de mi vida, no sé cuántos ya, pues ¡he tenido tantos! Flavio significó mucho para mí, yo lo quise y su destino me dolió profundamente. No era hombre de problemas, ni de guaperías, más bien era pacífico y casero, no se metía con nadie y de la noche a la mañana le había cambiado la vida. Otra vez volví a las visitas a prisión. Gracias a Ángel nunca tuve problemas con el transporte, a Flavio lo habían trasladado tan lejos que en los días de visita me tenía que levantar a las cuatro de la mañana para poder estar puntual.

Así pasaron dos años y con ellos las cosas que siempre me acompañaron: mi vida a mi manera, los carnavales santiagueros inundados de ron, la carne de cerdo frita, mi jarra de cerveza, mi ciudad, mi piel quemada por Mario y mis encuentros con Ángel.

Con el paso del tiempo, las visitas a la prisión llegaron a agobiarme, pues ya no soportaba tener que levantarme temprano para ver a Flavio encerrado. Me hastiaba la rutina de gastar dinero para llevarle café, cigarros y comida hecha en casa. A veces olvidaba los días de visita porque Ángel me invitaba a la playa. Ese era solo el comienzo y todavía a Flavio le quedaba mucho tiempo a la sombra. Mi visitas le hacían mucha falta a Flavio, cuando me ausentaba, me escribía cartas preguntándome qué me había pasado y me suplicaba que no dejara de ir a verlo. Cuando yo iba le inventaba algún pretexto y él no tenía más remedio que aceptar mis mentiras. Pasaban los meses y se desesperaba al ver todo el tiempo que

le quedaba, me decía que no faltara porque se sentía abandonado, que no iba a soportar tantos años en prisión, que había veces que gritaba para que lo sacaran de allí. Me preguntaba si ya había conocido a alguien, si le era fiel, en fin, y todo eso lo que hacía era alejarme más de él. Para mí todo era una pesadilla.

María Regla me tocó la puerta y la recibí sin hacerla pasar. «Vas a seguir con tu odio y el hombre que tú quieres de verdad se está muriendo en la cárcel», le dije tratando de hacerla entrar en razón. «Solo vine para saber si tenías suficiente para tus visitas, porque la economía se reduce con estos imprevistos». «¿Tú te crees que yo soy comemierda?, viniste por otra cosa pero no me importa, no necesito nada», aproveché para calarla de arriba abajo, estaba hecha talco, desarreglada, como si le hubiera pasado un camión por encima y se hubiera levantado acabada de ser aplastada en el asfalto. «¿Miriam, vienes ya?», en ese momento Ángel interrumpió y María Regla puso cara de asombro y envidia después de escuchar la voz masculina. «¡Claro! —reaccioné—, porque yo me imagino que tú te crees que yo estoy todo el tiempo llorando por Flavio como lo haces tú, no me falta nada ni en mi cama ni para las visitas. ¡Ah!, y procura no visitarlo que, aunque yo no vaya regularmente, su mujer soy yo». A María Regla le costaba trabajo creer lo que veía y escuchaba y no le quedó más remedio que aceptarlo, de esta manera se marchó sin decir nada más.

Pero no se dio por vencida y averiguó cuándo era la próxima visita en la prisión. Cuando llegó la sentaron frente a él, a la mesa de una sala inmensa, donde estaban otros presos con sus parientes. «Sé que no me esperabas... ¿ni siquiera me vas a saludar?, venir aquí cuesta trabajo». «¡Qué mal te ves, cómo has cambiado!, en nuestra casa tenías de todo, yo te mantenía, nunca tuviste que robar». «¿Por qué Miriam no está aquí?, ¿qué le hiciste?». «Esa bandolera no tiene tiempo para ti, esto ya le queda muy lejos», fue cuando aprovechó para informarle de la novedad. Él se enfureció y le gritó que se desapareciera de su vista, «Acepta la verdad y por favor dile a Miriam que necesito verla». «Está bien, lo haré, pero te lo repito, ella ya no tiene tiempo para ti. Anda con otro y está bien entretenida, yo la visité y los vi. Adiós».

Pasaban los meses y Flavio no tenía noticias mías, el muy ingenuo se pensaba que María Regla me daría el recado. A los nueve meses pudo ganarse la confianza de los guardias y recibió un permiso para salir a ver a su familia. «Solo tienes treinta y dos horas, es el tiempo que estaremos de guardia mi compañero y yo. ¡Que no se te ocurra llegar tarde porque te reportaremos como fugado!». El oficial le entregó un pase de salida



temporal y Flavio se emocionó en cuanto se vio en la calle aunque fuera por unas horas.

Al llegar a mi casa se encontró que todo estaba cerrado, tocó en casa de Estela, y ella no supo qué contestarle. Un poco nerviosa, le ofreció café acabado de colar y él le dijo que no tenía mucho tiempo y que quería verme. Se fue rumbo a casa de mis padres y Estela llamó. «Juana, soy yo, Estela, Flavio va para allá, así que avísale a Miriam, esté donde esté». «¡Ay, Virgen Santa!, tendré que ir a donde vive el maridito ese de ella, el tal Ángel».

Mi padre se quedó para recibirlo y mi madre salió a buscarme. «¡Qué hay, *mi'jo*! Bienvenido, estarás cansado, siéntate. Miriam anda con su madre, no tardarán». Mi padre y Flavio se entendían bien y eso facilitó las cosas, conversaron animadamente hasta que mi madre me pudo encontrar. No sabía cómo saludarle, acababa de hacer el amor con Ángel y estaba un poco atolondrada con la noticia.

«¡Flavio! —lo besé—, ¿por qué no me avisaste con tiempo?, podía haberte recogido, vamos a preparar algo rico para comer por tu llegada». «Yo no quiero nada de ti, Miriam, no me dieron tanto tiempo, te he mandado muchos recados, no sabía si este lo recibirías, no he sabido nada de ti desde hace meses», estaba serio, pero disimulaba muy bien su furia delante de mis padres. «Vamos a casa, Flavio, nos vemos más tarde mamá», me lo llevé de allí y caminando en dirección a mi apartamento me hice muchas preguntas, esa visita repentina no me gustó para nada. No sabía qué motivo había hecho que Flavio llegara hasta allí, me hice un rompecabezas de mil piezas a colocar en pocos minutos de camino. «No quiero que me cocines nada, ni quiero que calientes nada, solo necesito saber qué haces todo este tiempo y por qué no contestas mis cartas... estás completamente muda». Flavio me atacó como una ametralladora verbal, me bloqueé y demoré en encontrar algo que me sacara a flote: «No tenía dinero para ir a verte... la cosa está muy dura», fue lo primero que encontré como respuesta. «María Regla me visitó, dice que tú estás muy ocupada, no sé lo que está pasando», eso que me dijo fue suficiente para poder contratacar y me hizo volver a ser la Miriam de siempre. «Flavio, yo lo que quisiera saber es qué coño tú haces aquí, ¿por qué me buscas? No estoy para bretes, mira lo mejor es que te vayas con la vieja esa, cierra la puerta cuando salgas, adiós —cuando me iba en dirección a la cocina, Flavio me abrazó fuerte, me sonreí por dentro, pues la fuerte en realidad soy yo—. Son quince años, Flavio, quince años que tienes que estar guardado y ya estás desesperado por unos meses que yo no voy a



verte. La vida que nos tocó es dura, pero no significa que no te quiera, si no voy es porque no puedo, a veces no tengo fuerzas para vivir esa pesadilla, es duro para mí verte así en estas condiciones».

Esa noche fue la noche más bonita que disfruté junto a él. Me regaló toda su ternura con una pasión interminable, me abrazaba como si nunca quisiera soltarme jamás, estaba tan metido en mí que si yo volviera a nacer creo que nunca experimentaría un amor así. Estuvimos juntos hasta poco antes de mediodía: él se veía más contento y yo más relajada pese al fenómeno que me había caído encima. Ya todo estaba en calma, eso cree una siempre, pero fuera de una, solo hay guerra, lucha, revancha, desquite.

Cuando Flavio me dijo que se iba, ya yo estaba vestida y lo sorprendí porque le dije que lo acompañaría. Al llegar a la prisión, nos abrazamos llorando. Me dio lástima dejarlo, no era fácil tener que entrar allí otra vez, ¡qué mala suerte tuvo mi negro fino! El recuerdo de las lindas noches con Flavio estará presente siempre en mi vida. Nunca supe al quedar embarazada quién era el padre del ser que se formaba dentro de mí. Era difícil que lo supiera estando con dos hombres al mismo tiempo y sin protección. No quise averiguar nunca quién era el padre, simplemente Fernando es mi hijo y su madre soy yo, lo que me preocupaba en aquel momento era no tener problemas para criarlo. Con mi tolerante familia, una buena cuidadora de niños y la nobleza del carácter de Ángel me bastó.

Ángel me acompañó durante los meses más difíciles del embarazo, mi barriga era cada vez más grande y casi no dormía, no había forma de que encontrara acomodo en la cama por los dolores de columna que me daba. Me pasaba los días con mucho sueño, siempre estaba cansada o tumbada en la cama, eso me ponía a pensar sobre mi futuro. ¿Qué podría hacer? ¿Dónde podría ganar dinero? Era difícil hallar una rápida respuesta para una mujer acostumbrada a no trabajar. El paritorio fue todo un éxito y mi hijo fuerte y saludable. Así pasaron dos años más entre visitas a la prisión y la obligada rutina casera, porque tenía la gran responsabilidad de criar a mi hijo.

En esos dos años estuve buscando un trabajito que hacer en mi casa, pensé en coser para la calle, en arreglar las manos, en poner una peluquería, pero no sabía hacer nada. Tenía que empezar a pasar cursos y no estaba preparada para eso. Le había comentado a Estela de eso y ella puso asunto a mi preocupación, recordándome que sabía cocinar muy bien. En esa misma semana me avisó que para la zona se había mudado un taller de motos y carros y su dueño estaba preguntando dónde se



podía almorzar bien y pensé que era el momento de ponerme a trabajar. Además, Estela sabía que a mí me gustaban esos tipos de comentarios: hombre solo buscando cobija, sonaba muy bien, mi prima sabía que yo no tenía hombre en casa y necesitaba acción, además un poquito de ayuda monetaria para mí era bienvenida.

Luciano, de cincuenta y seis años, era el dueño del taller, pero nadie lo llamaba por su nombre, todos le decían El Papa. La gente comentaba que era un excelente mecánico que venía de muy lejos porque el taller que tenía cerca de su casa ya le quedaba chiquito por la cantidad de clientela que tenía. La calidad de su trabajo, su consideración con algunos que él sabía que no tenían mucho dinero, la atención y limpieza del taller hicieron de aquel lugar una máquina de recaudación de dinero. Tenía cinco mecánicos bajo su mando y solo les exigía disciplina y sabiduría en el negocio, los mecánicos que trabajaban con El Papa eran tan buenos como él. No había otro igual y la gente que podía pagaba grandes sumas y se trasladaba desde cualquier punto hasta allí porque sabía que iban a salir complacidos con el servicio.

Cuando fui a visitarlo, entré en su taller y me invitaron a sentarme, pero él no estaba. Esperé diez minutos y no quise estar más tiempo sentada, pero al decidir marcharme, entró él con un pedazo de pan en la mano. «Hambre, ¿no? —le lancé la pregunta—, quizás yo tenga la solución a su problema. Me enteré que anda buscando dónde almorzar y quién sabe también pueda disfrutar de una siestecita». Él se tragó el pan que masticaba con dificultad y me miraba de arriba a abajo sin entender mi propósito. «Estoy buscando algo sencillo, solo para ahorrarme algunas horas de trayecto desde el taller hasta mis casas —estuve tentada a preguntar nuevamente, pero disimulé mi curiosidad de querer saber un poco más sobre eso de sus casas. Él soltó una risa muy pícara y alegre—. Vivo lejos y tengo mucho trabajo aquí en el negocio», volví al ataque: «Como le dije, yo tengo la solución a su problema». Él se me acercó, sacudiéndose las manos, y dijo: «Muñeca, no me trates de usted, mira que no soy tan viejo».

El Papa todo lo resolvía con una sonrisa tierna y seductora. Siempre estaba de buen humor y eso era su mejor arma para conquistar a una mujer. Le anoté mi dirección y teléfono en un papelito que me alcanzó y me despedí dándole la mano. «Hoy paso por tu casa a las cinco en punto. Espérame con un cafecito. Hasta pronto, muñeca».

El Papa estuvo cinco minutos delante de mi puerta, pero entró diez minutos más tarde porque una llamada de su celular lo entretuvo. Cuando

terminó, ya la cafetera anunciaba con exquisito aroma que el café estaba listo para empezar nuestra conversación. Le mostré mi apartamentico y le ofrecí prepararle un buen almuerzo todos los días. «Me gusta, me gusta todo», me interrumpió sin terminar de ver el resto de la casa. «Ponme tus condiciones y serán órdenes, tú eres el cliente». Él volvió a sonreír como siempre antes de responder algo. «¿Solo el cliente?, ¿así tan fría lo dices? Ya somos amigos, ¿no?». Me di cuenta de que ya estaba en mis manos, tan fácil no me lo imaginé, pero así son muchos hombres, no son de nadie. Al final acordamos que vendría todos los días a las doce del mediodía, menos el domingo, me aclaró que ese día era para la familia. En el afán de hacerlo todo bien, debía preparar todas las condiciones. «¿Qué tipo de comida no te gusta?». «Me gusta todo, ah!, y siempre almuerzo con una cervecita bien fría y de postre también lo que quieras poner en la mesa». El trabajo de la cocina no era problema para mí, así que le prometí que todo sería perfecto. «Lo importante es que te sientas mejor que en tu casa, ese es mi único propósito». El Papa terminó su café, me dio un beso en la mejilla, me entregó en un sobre el dinero para las compras y se marchó. Era viernes.

Flora, la niñera de Fernando y a la vez mi ayudante, me preguntó miles de veces sobre el menú que debíamos preparar los seis días de la semana, estaba muy nerviosa y solo pensaba en lo variado que debía ser. «No te preocupes, vieja —la calmé—, mientras haya dinero, nada faltará en el almuerzo —me fui al cuarto y, auxiliándome de un libro de recetas cubanas titulado *Cocina al minuto*, escribí el menú de la semana en una hoja en blanco. Al regresar a la cocina, le entregué el papel a mi asistente y le aseguré—: Con esto se te quitará toda preocupación.

Ella se sentó a la mesa y, con los viejos espejuelos de miope en precario equilibrio sobre su nariz, lo fue analizando al detalle. «Te la comiste, muchacha, esto es una delicia sostenida y bien balanceada todos los días de Dios... el marisco para los lunes me parece lo mejor y los martes vienen de maravilla el filete de cerdo y los frijoles negros, que podemos hacerlos dormidos como en La Bodeguita del Medio. La langosta de los miércoles no creo que siempre deba ser asada porque también se puede enchilar; lo del jueves está bien, pero acuérdate que la papa se pierde, así que se puede sustituir por discos de yuca rellenos o por ropa vieja bien sazonada. El pollo relleno con almendras y pasas es un tiro para los viernes, pero yo no haría el potaje de colorados porque es mejor meter un congri en el relleno... el sábado, con el tamal en cazuela y las masas de puerco fritas, es un tiro... los postres me parecen bien pero... ¿ya tú averiguaste si El Papa es hipertenso?, mira que si lo es hay que recogerse la manito con la sal y sobre todo con los dulces».



El Papa no padecía de hipertensión y sí de un apetito feroz, después de cada almuerzo los ojos se le empezaban a cerrar y se levantaba en dirección a la cama. Siempre necesitaba dormir la siesta con un ventilador delante y así el calor de la tarde no lo molestaba. Después de una hora de ronquidos orquestales, se levantaba sin necesidad de despertador, pues su cuerpo estaba completamente adaptado. Yo tuve la picardía de comprarle sus cosas de aseo diario, pues quería atraerlo más hacia mí y hacia mi casa. El sábado, me sorprendió que uno de los mecánicos del taller tocara la puerta a las ocho y media de la mañana. Venía a entregarme una nota:

Hoy no cocines, te invito a la playa.

Paso a recogerte a las doce.

Papa

«Flora, hoy no se cocina en esta casa, hoy hay playa. Al fin de paseo». «No te preocupes. Miriam, Fernando estará conmigo todo el día. Lo llevaré al parque a jugar y si tú te demoras, entonces nos pondremos a ver la televisión juntos hasta que nos pille el sueño». «¡Ay, Florita!, ¿qué me haría sin tu apoyo?». «Y yo sin el tuyo, recuerda que tengo un techo gracias a ti. Además, ya ustedes son como mi familia. Vete tranquila a la playa. Ah, ¿y si viene Ángel qué le digo?». «Que no sabes dónde estoy, tómale el recado y que se vaya, necesito un poco de diversión, tengo una vida muy rutinaria. A la playa, a la playa me voy».

El Papa me dijo por el camino que conocía a casi todos los dependientes y cocineros de los restaurantes de la playa porque eran clientes que le llevaban sus carros a reparar. Cuando llegamos al restaurante, fuimos muy bien recibidos por el capitán del agradable lugar que, por cierto, estaba muy cerca del mar. Solo se escuchaba el rumor de las olas rompiendo suavemente en la orilla y las voces de un número reducido de comensales. Nunca había estado allí, me sentí como una reina, disfruté de un buen plato de enchilado de langosta y luego, mientras que la blanca espuma de las olas acariciaba mis pies, bebimos una cerveza compartida. Aquel lugar maravilloso tenía habitaciones para pasar la noche, habíamos conversado muchísimo rato, mientras tomábamos más y más cerveza al punto de que no estábamos en condiciones para regresar a nuestras casas. Después de contemplar la caída del sol, nos retiramos a la habitación

que El Papa había alquilado. Para mí fue extraño que un hombre casado no pusiera condiciones desde el principio y fui yo la que le propuse una relación amorosa y a la vez amistosa a cambio de estabilidad financiera. Él aceptó sin reparos con su siempre pícara sonrisa. Regresamos el domingo bien tarde en la noche, ese día caí en mi cama frita del cansancio.

El lunes a media mañana apareció una furgoneta blanca delante de mi casa. «¿Aquí vive Miriam de la Caridad Suárez?». «Es arriba —respondió Estela—. ¿Para qué la busca?». «Es que traigo una mercancía para ella. Por favor, ¿puede avisarle». El Papa había comprado tres aires acondicionados, uno para la sala, otro para la habitación de Fernando y otro para la mía. Me quedé sin habla por unos minutos y luego estallé de alegría. El hombre de la furgoneta me entregó un papelito con una nota:

*Muñeca, espérame,
allí estaré a la misma hora de siempre.*

Papa

Los sábados venía a recogerme al mediodía para llevarme a almorzar y, sin proponérselo, lo convirtió en una costumbre. Después de varios meses de relación, me decía que yo le gustaba porque siempre estaba dispuesta para hacer el amor, se sentía contento y, como hombre con vivencias callejeras, se sentía fascinado con mi buen humor cada vez que lo veía llegar a mi casa. Yo era para él la mujer perfecta, sin exigencias, servicial, esmerada en su atención, sonriente y con los brazos abiertos para recibirlo en el horario que él quisiera. Cada semana que pasaba, era una nueva vivencia y también un regalo que recibía: aretes de oro, un sofá nuevo, vestidos veraniegos, un televisor muy sofisticado y no sé cuántas cosas más. Ya me estaba acostumbrando a estos regalitos, y hasta se me habían olvidado las visitas a mi negro fino.

Había conocido por El Papa que tenía dos mujeres e hijos con ambas. No me dio muchos detalles, pero busqué la manera de averiguar quiénes y cómo eran esas mujeres. Marta de treinta y tres años y Mirtha de cuarenta. La primera, trigueña de pelo corto y de abundantes rizos que a veces le caían en la frente; no era ni gorda ni flaca, se vestía de lino blanco para resaltar su color parejo de piel canela, siempre andaba elegante y arreglada como si fuera todos los días al estilista. Mirtha era rubia, delgada, de senos grandes, con uñas extra largas pintadas de rojo fuego. Se vestía muy provocativa, usaba tacones altos hasta para ir a la



bodega. Cada una le había dado dos hijos, casi todos de la misma edad. Aunque no se visitaban, se comunicaban para saber cuándo su marido iba a dormir a sus casas y para cuidarse de no perderlo. Lo compartían silenciosamente. Ambas vivían dedicadas a sus hijos y se esmeraban para ser unas perfectas amas de casa. Lo importante para ellas era la comodidad, la ropa para sus hijos, comida en abundancia, dinero suficiente para sus antojos y que El Papa nunca se fuera a dormir a otro sitio fuera de sus casas después de terminar el trabajo en el taller. Cada una sabía los días que el marido las visitaba y él las atendía sin existir otro tema que no fuera el de la familia.

Marta y Mirtha, conocían bien las costumbres y el sistema de vida de El Papa, por eso, en cuanto percibieron comportamientos raros, se comunicaron para saber de su actuar en las últimas semanas. Marta fue quien tomó la iniciativa y llamó a Mirtha. «El Papa hace tres semanas que no viene por mi casa y aquí no hay nada que comer. Me imagino que te lo robaste para ti solita. Dile a ese cretino que aquí también tiene dos hijos que lo necesitan». «Te equivocas, Marta, él no viene por esta casa desde hace bastante tiempo. Pensé que estaba contigo». Marta, al borde de un ataque de nervios, continuó diciendo: «¡Ah!, no, esto no me está gustando nada, nadita?». Y fue entonces que Mirtha le propuso: «Tenemos que averiguar su paradero, esto huele feo, vamos a vernos porque tenemos que buscarlo». Así, las dos se encontraron para llegar a un acuerdo y recuperar al marido perdido.

En mi casa todo era color de rosa, El Papa cada día se encariñaba más con Fernando y a veces se lo llevaba al taller por las tardes para tenerlo a su lado. Las dos mujeres llegaron al taller para averiguar sobre el paradero de su marido, nadie respondía a sus preguntas, nadie quería meterse en los asuntos personales del jefe del negocio. De repente, apareció de adentro del taller un niño como de unos dos años de edad corriendo y jugando con algunas personas, un minuto después se viró y corrió en dirección contraria con los brazos abiertos, iba en dirección a El Papa que lo recibía también para cargarlo.

Las mujeres no lo podían creer, existía otro hijo y ellas sin saber nada al respecto, otra boca que alimentar, otro cuerpo que vestir, otra casa que amueblar y, por supuesto, otra mujer que atender. Al ver el panorama, no hicieron ni preguntas ni comentarios, se miraron, dieron media vuelta y desaparecieron. El Papa no fue detrás de ellas, sabía que estaban enfurecidas y despechadas, pensó con seguridad que era mejor esperar a que la calma reinara y la ira se apagara porque ya estaba acostumbrado a esos ataques de celos entre ellas y después de un tiempo todo volvía a la



normalidad. Lo triste es que muchos hombres como él no aprenden que llega el momento que una mujer se cansa y se las aplica todas juntas. Las esposas ofendidas trataron de organizar un plan de venganza pero no llegaron a un acuerdo y primó la locura. «Yo creo que deberíamos esperar a que Luciano regresara a nuestras casas y nos explicara qué está pasando», Mirtha era la más paciente de las dos y pretendía recuperar al marido sin peleas, se había educado en una familia que le inculcaba a diario la absoluta obediencia al marido. En cambio, Marta era explosiva y solo quería el dinero que El Papa traía a su casa para ella y sus hijos, sin importarle nada más. «No, Mirtha, no permitiré que se siga burlando de mí, tengo derecho también a hacer mi vida con otro hombre y ya es hora de demostrarle a mi supermarido que estas diversiones se acabaron, ya me cansé de soportarlo». «Mira, Marta, yo no quisiera hacerle daño, todavía lo quiero. No pienso vengarme de una forma cruel, prefiero conversar». «Pues mira, *mi'jita*, yo prefiero ver su cadáver y saber que no me podrá seguir haciendo daño». Marta salió de casa de Mirtha dando un portazo.

Me he dado cuenta en el trayecto de mi vida que Dios existe, que existen los ángeles y aunque nunca los he visto sé que están a nuestro alrededor. Una protección inesperada cayó sobre mí cuando el sábado en la mañana sonó mi teléfono. Era Mirtha, quería avisarme de una venganza que Marta organizaba contra nosotras, lo que le interesaba a aquella era proteger al padre de sus hijos, muerto no lo quería, pues El Papa siempre la había mantenido y sin él ella no sabría qué hacer y pasaría muchas necesidades materiales. Me dijo que le daba igual que su marido anduviera conmigo, pero el dinero nunca podía faltarle. Era sábado y pronto él pasaría a buscarme para irnos juntos a pasar el día en la playa como de costumbre, lo esperé todo el día, pero nunca llegó. Por la llamada de Mirtha, supuse que ya era bastante tarde para verificar trampas y maniobras. El Papa había muerto poco antes de llegar a mi casa, al parecer perdió el control del carro que cayó por un barranco cerca de la carretera. Los peritos informaron que los frenos no funcionaban. Su cuerpo no soportó tantas vueltas en el aire y su cabeza cayó encima de una piedra enorme que lo dejó sin vida al instante, lo supe por la propia Mirtha que me llamó llorando para decírmelo, salí corriendo para ver su cadáver, pero ya la ambulancia se lo había llevado al hospital. No me cabía duda de que era una mortal venganza pero sin pruebas no era fácil involucrarme. No fui a la funeraria a verlo, no era su esposa, tampoco quise escándalos y me quedé encerrada en casa con Fernando y Flora.

Flavio seguía esperando, no podía dormir, estaba siempre pensando, se sentía miserable en aquel lugar, era deprimente comer a diario la sopa agria sin condimentos, sin los vegetales que antes tenía en abundancia, echaba de menos un pedazo de carne a horas de la noche, una cervecita de manos de su mujer. Flavio pensaba en sus mujeres; la que lo tenía como un príncipe, llevándole la comida a la cama y poniéndosela en la boca sin él tener que hacer ningún esfuerzo, solo masticar y tragar; la otra, la que le gustaba en la cama, en su andar, la que lo hacía soñar. La primera le ofrecía seguridad, la segunda le daba aventura y pasión. La primera lo mantenía con vida, la segunda lo hacía vivir. La primera era mayor y sumisa y la segunda era joven y complicada, quizás por eso la quería. Ahora se veía sin ninguna, sin nada, en un cuarto diminuto y medio oscuro donde solo había gente desconocida y extraña, tenía que convivir así durante una década o quizás más si el destino lo ordenaba. La cabeza se le llenaba de ideas destructoras y casi al amanecer suplicó al oficial de guardia que lo dejara salir bajo las mismas condiciones anteriores, esperó su respuesta y la obtuvo más rápido de lo que imaginaba. Flavio salió otra vez a la calle. Tomó el primer camión que encontró por la carretera hacia Santiago, al entrar a la ciudad se bajó y los pocos kilómetros que quedaban hasta mi casa los hizo caminando.

Escuché los toques a la puerta, pero no sé por qué había algo que me decía *no abras, no abras*. Estaba tan cerca de la puerta que los toques me llevaron allí, no quise obedecer la voz interior y me juré desde aquel día hacer siempre lo que me aconsejara esa voz. Así que abrí y de mala gana, pues odio que me molesten si yo no molesto ni a mi familia. Cuando me asomé, era Flavio, en ese instante se me aflojaron las piernas y pensé que caería muerta. ¿Por qué abrí la maldita puerta? Era evidente que había salido de prisión solo para comprobar los comentarios que le había inyectado María Regla. Segundos después, Ángel pasaba desnudo del dormitorio al baño, sin darse cuenta que había llegado una visita inesperada. «¿Qué haces aquí con mi mujer?», le incriminó Flavio con cara de asesino, pues estaba muy violento. Aunque Ángel sabía que el otro existía, nunca lo había visto, por lo que no sabía que el hombre, hecho una furia, parado en la puerta de la casa era Flavio. «Acabo de enterarme», le respondió Ángel encogiendo los hombros y con cara de mil preguntas. Siempre me había conocido muy bien y sabía que llevaba la vida sin lucha alguna, que los problemas con los hombres siempre los había sobrellevado sin hacer mella en nuestras relaciones, pero esta vez no supe controlar la situación y dejé que Flavio dijera lo que le diera la gana. Total, nadie lo mandó a salir de la cárcel a



averiguar, el que busca tiene lo que encuentra. Solo me miró a los ojos y me dijo: «Yo te quería con locura», luego de un suspiro profundo, dio media vuelta y tomó de nuevo la calle. No lo vi nunca más. Me contaron que un día amaneció muerto en su celda debido a un derrame cerebral.

Todavía, cuando recuerdo a Flavio, mi negro fino, me es imposible detener las lágrimas. Lo quise, nunca deseé hacerle daño, pues era un hombre bueno. Siempre lo recordaré como el hombre que me entregó amor puro.

Cuando María Regla supo de la desgracia, dejó de molestarme y a las pocas semanas andaba con otro hombre muchísimo más joven que ella, exhibiéndose por todo el barrio muy perfumada y sonriente. Ese día me hice muchas preguntas *¿Realmente ella quería a Flavio o se propuso hacerme daño por cuestiones de orgullo? ¿Sentiría envidia de mi juventud al ver que Flavio se fue conmigo? ¿Le habrá tenido miedo a la soledad, como otras tantas mujeres que por culpa de la soledad cometemos errores imperdonables? ¿Quién sabe si lo extrañaba?* Solo ella tenía las respuestas. Cuando me acuerdo de la existencia de ese hombre, me siento culpable, porque destrocé su vida.

Mi vida había dado un giro grande y entonces me decidí a aprender el mundo de las peleas de gallos. Ángel se instaló conmigo en la casa y empezó a criarlos en nuestro patio. Así nos hicimos conocidos por nuestros animales, atendidos con lo mejor que conseguíamos para lograr el éxito en la valla de pelea. Aprendí de los cuidados que se debían tener, a afilar las espuelas antes de cada lidia y alimentarlos con celo. Con la primera gran cifra obtenida mediante las espuelas, instalamos una alarma para prevenir el robo, pues en ese mundo hay mucha patraña y desconfianza y en el juego al dinero amistad es una mala palabra. Ángel había dedicado más de treinta años al mundo de los gallos y tenía la suerte de que sus animales casi siempre ganaban, eran fieros en la valla, peleaban como leones. Con el tiempo, me encantó verlos y celebrar su triunfo, lo malo para mi marido era que en este ámbito masculino yo no tenía garantía de fidelidad y él lo sabía.

A veces, pasaba días tristes, cuando los domingos de Santiago se convertían en tormentas de recuerdos: tres de los hombres que pasaron por mi vida murieron y dos de ellos fueron a prisión. Con el pasar del tiempo, la conciencia abría la puerta del pasado sin pedirme permiso. Flora, la niñera de Fernando, me aconsejaba que visitara las misas de Nuestra Señora que se oficiaban en la linda parroquia de la Caridad. Allí, ante la virgen, debía pedir perdón. Yo no era dada a rezar y mucho menos a meterme en una iglesia, pero, agobiada por una noche llena de pesadillas,



aproveché los cantos de los gallos de mi patio para levantarme y buscar un transporte que me llevara a la ermita. Después de recorrer unos veinte kilómetros en carro, me apee y caminé hasta el lugar. La efigie que descansaba en el cerro por donde pasaban personas de diferentes lugares a pedirle por sus asuntos, me pareció bien pequeña. Estaba rodeada de palmas reales que parecían orgullosas de acompañarla. Caminé el pasillo principal dejando atrás los bancos laterales. Me acerqué al altar de mármol y plata maciza. Allí me iluminó su belleza y el oro que la rodeaba. Me sentía bien en este lugar por lo que estuve un largo rato. Me llamó la atención el número de ofrendas en la Capilla de los Milagros: muletas, joyas de oro, ropitas de bebé, medallas olímpicas, yo solo le llevaba girasoles y en la medida que los acomodaba, me iba sintiendo más serena en aquel lugar que me invitaba a pensar en los errores del pasado. Le pedí perdón a la virgen, aunque se me olvidó pedirle que me tranquilizara con un solo hombre.

Los lunes, a las siete de la mañana, nos llegaban gallos nuevos para negociar. Si nos gustaban los tomábamos; sino los alquilábamos para algunas peleas sin importancia y si peleaban bien, entonces ajustábamos un precio con el vendedor y llegábamos a un acuerdo favorable para ambos. Ese vendedor era Tirso *El Gallego*. Le dicen así porque es descendiente de españoles, es fuerte y grande, cuando se me paraba delante me daban ganas de quitarle la ropa y caerle a mordidas, ¡qué macho, qué hombre! Por eso me empezaron a gustar los lunes, ese día de la semana me motivaba a seguir con mi rutina de marido, hijo, gallos, limpieza del patio, en fin, el obstine de la casa. Entonces me di cuenta de que mi situación me mantenía entumecida y comencé de nuevo a darle un poco de acción a mi vida.

Por esos días, Claudia, la vecina de enfrente de mi casa, daba una fiesta a Elegguá. Con la vecina no tenía mucho roce, pero, como yo tenía un niño pequeño, fui invitada. Claudia estuvo preparando la fiesta durante varios meses para que el santo niño le abriera los caminos migratorios, como ella misma anunciaba. La fiesta le costó un ojo de la cara y la mitad del otro, pero los pagó con gusto. Su ilusión era marcharse a Estados Unidos para unirse con su novio, pero su solicitud había sido rechazada en dos ocasiones por las autoridades norteamericanas. Claudia estaba desesperada y según ella lo que resolvería el problema era un buen tambor al santo.

El altar de la casa de mi vecina estaba abarrotado de frutas y dulces, todo para la gran ceremonia. Al santo había que ofrecerle bebida y varios tambores para animar a las personas que venían a saludarlo en el altar



decorado por la anfitriona. Todo el barrio acudió, los más pequeños tenían la prioridad, los caramelos y bombones estaban alrededor de toda la casa. Se repartió bebida, la gente bailaba al ritmo de los tambores, todas las razas mezcladas disfrutando los cantos yorubá aunque muchos no entendían nada de la complicada letra.

Claudia estaba contenta, repetía constantemente que el santo le iba a agradecer todo el sacrificio ofrecido, no solo por el gasto para la fiesta, también por el sacrificio de animales. En ese momento vi a Tirso, el apetitoso negociante de animales, que como yo, estaba invitado al fetecún. Varias personas entraron en trance espiritual y se acercaban a los invitados sugiriéndoles consejos a seguir en el futuro, previéndolos del mal y avisándoles de algún que otro accidente. A los invitados les fascinaba lo que le decían los espiritistas poseídos. Todos los asistentes escuchaban para prevenir desgracias futuras. Los tres tambores seguían tocando y de repente aparecieron tres personas que cargaron a Claudia por los brazos y las piernas, la alzaron y, corriendo con ella izada, la llevaron desde la sala de la casa en dirección a la calle con una velocidad sobrehumana. Me quedé sin habla, no había visto hasta ese momento nada del mundo del espiritismo, yo estaba asombrada contemplando a la gente que cantaba estrofas africanas al ritmo de los tambores.

La fiesta terminó temprano y la gente, casi borracha, se iba retirando poco a poco, mientras la familia de Claudia y algunas amistades recogían el desorden. Entre ellos estaba Tirso.

Tirso conversaba de vez en cuando con algunos vecinos, pero en realidad parecía bastante solitario, bueno, eso parecía. Le llevé un vaso plástico con ron para que bebiera conmigo y me lo aceptó. Hablaba serio, no reía mucho y aquel misterio me gustaba. Era diferente a los demás hombres, decía lo esencial, era hombre de pocas palabras. «¿Y tú cuando me vas a hacer la visita? Cada lunes dejas los gallos, cobras, te vas y nada más». «¿Cómo que nada más?», preguntó asombrado. «Sí, claro que nada más. Pudieras quedarte un rato y así te hago café o curarte los hombros, veo que no tienes a nadie que te eche una pomada, un talco, un masaje». «¡Tirso! —nos interrumpió una voz de mujer que salía de un carro antiguo. La conductora parqueó, se bajó y dirigiéndose a él lo abrazó fuerte besándolo en los labios—. Vámonos, anda, no tengo ganas de estar aquí, vamos a mi casa». Me quedé tiesa, era una mujer alta, cuerpo de criolla, pelo largo color miel y piel tan clara como la de Tirso. Él tendría unos cuarenta años y ella unos treinta. Hacían una buena pareja. Me bajó la presión, eso creo porque estaba fría y no me sentía el cuerpo. Ella ni me miró, no significué nada para tanto monumento.



La mujer que había ido a recoger a Tirso era Estrella *La Reina* y tenía a todo hombre que ella quisiera. ¡Vaya poder! Pero me dije que ella no me iba a quitar el sueño y Tirso se perdería en mi seductora cueva como los otros. Él se despidió de mí bien tímido y se fueron los dos juntos en el Chevrolet azul cielo del año cincuenta y seis, sin duda uno de los mejores conservados en la Isla.

Cuando llegué a casa, me quité el fogaje de la calle con una rica ducha y mientras me caía el agua pensaba en Tirso. Me acosté y mantuve los ojos abiertos casi toda la noche. Tengo que reconocerlo, La Reina me preocupaba, pues era un obstáculo para realizar mi sueño.

Al otro día me puse a averiguar sobre esa mujer: paradero, qué hacía, de qué vivía y de quién era el Chevrolet. Fue fácil, cuando se apareció Ángel en la casa, le pregunté dónde estaba metido y por qué no había ido al tambor de Claudia. «Mamacita, me quedé hablando con otros apostadores de la última pelea y entre una cervecita y otra...». «Te apareciste a las diez de la mañana», lo interrumpí. «¡Eh!, ¿estás celosa». «No, no estoy celosa. ¡Ah!, y hablando de celos, Tirso estuvo en el tambor, pero cuando me dispuse a hablar con él, nos interrumpió una rubia y se lo llevó, parece que es la mujer, pero en realidad no la conozco». «Ah, sí, esa es Estrella, todos le dicen La Reina», respondió Ángel rápidamente. «¿Todos?», le pregunté asombrada. «Todos los hombres». «Vaya, vaya, me imagino que eso a Tirso no le guste mucho». «Bueno, nena, a Tirso le da igual, ellos tienen una relación, no sé nada más. Pero no te preocupes, mi amor, Estrella no es de peleas o conflictos, se cuida mucho la imagen». Con esos pocos datos ya era suficiente. Ángel la conocía bien.

Ahora aparecía una mujer en mi camino, que me hacía sombra, y yo sin saberlo pretendía enredarme con su marido. En ese momento lo que más me interesaba era mi flaco, nadie podía jugar así con Miriam, nadie podía aparecer para romper mi tranquilidad, mi tranquilidad la rompo yo, nadie más, así que comencé a vigilar a Ángel.

Como todos los lunes, Tirso llegó a la misma hora. Traía animales nuevos por si me interesaba alguno. «Oye, me dejaste el sábado con la palabra en la boca —lo provoqué. Tenía un semblante cansado—. ¿Qué te pasa?». «Tú sabes, mucha carretera bajo el sol». Estaba nervioso y no sabía qué responder. Le acaricié la cara acabada de afeitarse y le di un beso en los labios, él me lo aceptó.

Ángel no tenía hora fija para llegar. Flora, Fernando y yo pasábamos casi todo el día sin saber de él, pero nunca se desaparecía por días. Vivía tan apegado a mí que, incluso, dentro de la casa se ponía a buscarme cuando no estaba a su vista. Es increíble como ha pasado el tiempo, hace



más de treinta años y parece que fue ayer cuando me tropecé con Ángel por primera vez.

Mi prima Estela y yo nos pusimos de acuerdo para pasar por casa de la peluquera. Estela comenzó a arreglarse con la manicura y yo esperaba por Concha. Mientras esperaba mi turno, leía una revista extranjera que tenía un escrito titulado *Cómo no aburrir a tu hombre*. Empezaba a leerlo cuando una voz femenina interrumpió mi lectura. «¿Te divertiste en mi fiesta el sábado? Cuéntame, ¿qué dice la gente por ahí?». Era Claudia, nuestra vecina se había quedado muy esperanzada con su fiesta y todos los días salía a sentarse en la puerta de su casa a primera hora de la mañana hasta el medio día a esperar al cartero con la citación para la oficina de intereses de Estados Unidos. «Sí, sí? —le contesté—, la comida riquísima, los dulces, los músicos muy buenos». Empezó a decirme que todo le iba a ir bien, que su novio dejaría a su mujer, que estaba en Miami con él y vendría a buscarla para casarse con ella, la reclamaría y que la iba a poner en el lugar que merecía, porque ella le había dado mucho a ese hombre. Y me contaba todos los planes que tenía, que cuando llegara allá viviría con su Ramón y cuando volviera de visita iría a verme a la casa. «No soy de las que se beben la Coca Cola del olvido». Ni le contesté, pues me di cuenta que muchos nos hacemos historias para alegrarnos, que algunos estamos vacíos, sin notar que el tiempo pasa y que no se recupera y cuando miramos atrás no habrá pasado nada interesante en nuestras vidas.

Me tocó mi turno y Concha, la peluquera, me sirvió un cafecito acabado de hacer. «Miriam, ya tienes una o dos canas —dijo mientras me lavaba la cabeza—, no se ven porque están en el medio de la cabeza y tienes un cabello bastante copioso». «¡Tíñemelas ya!, no quiero ver ni una cana en esta cabeza, odio las canas». «Oye, te enteraste del chisme que anda por ahí». «No, ¿qué pasó? —le pregunté ansiosa por enterarme, pero de repente no sé porqué me imaginé que lo que iba a decirme era una bomba, y así mismo fue. Me contó que había una mujer que tenía tres restaurantes clandestinos en tres casas diferentes y por detrás de cada uno de ellos tenía un negocio de putas. Me alarmé cuando terminé de escuchar. Me dijo, además, que los hombres de la zona estaban todos alborotados, inmediatamente me vino a la mente Ángel y me pregunté si él se habría enterado ya de esto. Entonces le pregunté—: ¿Bueno y quién es la tipa?», la conversación se me hizo necesaria y fue entonces cuando cayó la bomba: «Es la que está con Tirso *El Gallego*». No averigüé, ni quise enterarme de nada más. Estuve callada hasta la hora de pagar, creo que



ni me despedí de la gente del salón y tuve que esforzarme bastante para poder cruzar las calles y llegar a mi casa, pues solo tenía en la mente que Ángel visitaba esas casas.

Toda la preocupación que tenía era porque me aterraba la idea de quedarme sola con el niño pequeño, pero más que eso era la ofensa a mi orgullo propio, hasta el momento no hubo mujer capaz de hacerme sombra, siempre yo vencía y lograba mi objetivo. Ya había notado que a veces Ángel venía con otra ropa y perfumado, sin su olor característico a valla de gallo. Sin embargo, no había sospechado nada. Ahora la cosa era diferente, tenía un motivo para dudar, empecé a empatar cabos y recordé la conversación que habíamos tenido sobre La Reina. Ese día no le repliqué nada y esperé una oportunidad para enterarme de los detalles que pudieran llevarme a encontrar la información que estaba buscando.

Tirso volvió el lunes a la casa para venderme animales, lo mandé a pasar y a que se sentara. No le di tiempo a que dijera palabra, lo atacué a preguntas sobre Estrella. «Bueno, Miriam, ¿qué te puedo decir? —él me hablaba con la cabeza baja y sin mirarme a los ojos—, eso de las casas con prostíbulos no lo sabe nadie». «Yo me enteré en la peluquería —al escuchar eso, El Gallego se asustó— lo sabe todo el mundo, ¿y sabes por qué?, porque tu mujercita se acuesta con medio barrio con ese asunto de la putería, mi marido a veces no viene a dormir y te aseguro que en las peleas de gallos no está, deja arregladas las apuestas y se pierde. Ya lo sé todo. En esta vida no hay secretos —él quiso defender a Estrella diciendo que ella no se acostaba con nadie y le dije que yo le demostraría lo contrario. Al verme tan disgustada, se incorporó hacia delante sentado en la butaca y me dijo que no me afligiera por la situación, que todo se resolvería, que podía contar con él—. No, eso no me aflige, lo que sí me aflige es que tú me gustes y no tenga posibilidades de tenerte. ¡Me gustas Tirso!, pero ahora te dejo tranquilo, vete, tengo cosas que hacer». El Gallego se puso más colorado de lo común, se quedó tieso en la butaca de la sala, como si se le hubieran pegado los pantalones. Finalmente, se levantó, me cogió por la cintura y me abrazó, lo abracé y nos dimos un mojado beso. Me gustó mucho su olor. Acordamos que al día siguiente pasaría a recogerme a las ocho de la noche para visitar los restaurantes de Estrella.

Fue puntual. Yo estaba en la puerta, llevaba un vestido amarillo bien ceñido al cuerpo que me combinaba con zapatos amarillos de tacón dorado y bolso amarillo y blanco. El contraste del color de mi piel con el color del vestido pareció fascinarlo, sus ojos se veían inquietos recorriéndome toda, yo fingía no darme cuenta. En el trayecto al restaurante

principal sentí que empezaba a gustarle más, me ponía la mano derecha en el muslo y eso me hacía estar más segura y más firme en mis planes de ataque. Cuando llegamos, El Gallego indagó sobre La Reina y le informaron que estaba en el restaurante de las afueras de la ciudad. Efectivamente, Estrella tenía detrás de cada restaurante un negocio donde había mujeres prostituyéndose bajo sus órdenes. El hombre que a ella le gustaba era Tirso, pero no perdía ocasión para estar con otros. Ángel se había enamorado de ella y la seguía, sin dejarle espacio para otras tareas. El tercer restaurante se encontraba en las afueras de la ciudad muy cerca de la costa. Decidimos pedir algo de comer y mientras Tirso saboreaba su pollo asado con arroz y frijoles negros, yo maquinaba cómo sorprender a Estrella con mi marido; no tenía hambre y estaba muy nerviosa. Me disculpé con Tirso al levantarme y puse como pretexto ir al baño. Sin levantar sospechas, me desvié de ruta y abrí una puerta que decía Privado. Descubrí el pasillo con las habitaciones donde varias mujeres recibían a sus clientes y por los sensuales quejidos que salían de todas, supuse que estaban bien ocupadas. Me detuve junto a una tras la cual conversaban dos personas y escuché una voz femenina. «Ángel, esta será la última noche que estaremos juntos, tengo un mal presentimiento y es mejor cortar esto de raíz». «¿Por qué no dejas a tu marido? Tú no dependes de él, últimamente siempre andas conmigo, vamos a definir nuestra situación», le rogaba Ángel. «También, me gusta Tirso y no quiero dejarlo, siempre he querido estar con él. Lo siento Ángel, tú no me das tiempo libre, estás muy obsesionado conmigo y no quiero provocar ninguna desgracia».

Pero la desgracia venía caminando más rápido de lo que ella se imaginaba. Decidí salir de aquel lugar odioso y encontrarme nuevamente con Tirso. A él le mentí, pues le dije que había descubierto a Ángel, pero que estaba con otra mujer y que me habían informado que Estrella a veces salía con un hombre en su Chevrolet. El Gallego me miró y, como convencido, me dijo que ya no le importaba lo que ella hiciera, que en definitiva nunca la había tomado en serio. Le ofrecí terminar de bebemos media botella de ron que tenía en casa y para allá fuimos.

En mi casa Flora y Fernando ya dormían, cerré la puerta del cuarto y saqué la botella de ron. Aunque muchas cosas no las comentaba con Flora, ella estaba siempre al tanto de todo, escuchaba mis conversaciones porque no me escondía para hablar delante de ella y siempre me sorprendía. Esa noche me encontré mi cama perfectamente tendida, llena de pétalos rojos, en el centro había una toalla en forma de cisne. Ella había interpretado mi estado de ánimo y mi esmero en el vestir, sabía que al fin lograría tener a Tirso. Era un amante de los que siempre quise tener, rudo

y que tomara la iniciativa. Me quitó la ropa con violencia y yo con los ojos cerrados me dejaba hacer, me parecía mentira que lo tuviera conmigo. No se hizo esperar la típica pregunta cuando vio mis muslos. «Me quemé con agua caliente», respondí lo de siempre, pero ya estaba tan excitado que no reparó en nada más. Me abrió las piernas y me sentó en la butaca inmensa de cuero de chivo que adornaba una esquina de mi habitación, me puso una pierna encima del brazo izquierdo del mueble y otra sobre el brazo derecho, solo hacía contemplarme sin decir palabra, se arrodilló delante de mí y se puso a pasarme la lengua muy suave y lento por todo mi sexo y no paraba de mirarme, me hacía sufrir y al mismo tiempo disfrutar. Tirso se quitó lentamente el pantalón, me lo imaginé y no me equivoqué: gozaba de muy buena salud, era el hombre perfecto para esa noche. Tomó su pene en las manos y con él empezó a simular golpearme la cara. Yo le respondía con una risa putona, me gustaban estos juegos. Me tiró en la cama y me penetró al momento y lentamente me susurraba al oído palabras que poco se entendían, no era necesario, era parte de su estilo de amar y yo lo disfrutaba. Bebíamos a sorbitos un trago entre nuestras pausas. Yo contemplaba su magnífico cuerpo, como una escultura, sus brazos eran grandes y fuertes, sus piernas muy bien hechas, tenía un agujero no muy profundo en su mentón y su pelo siempre estaba ordenadamente despeinado con un rubio natural y mechas quemadas por el sol de Santiago. Me encantaba mi gallego, no quería ver más a Ángel, tenía que quitármelo de la mente y de mi vida en los próximos días. Él amaba a otra mujer y a mí me gustaba ahora ese hombre.

A Claudia le llegó el visado para viajar a los Estados Unidos, su alegría era grande pues se iba a reunir con su novio y pronto se casaría con él. Iba contenta por todo el vecindario, avisando de su pronta partida y la gente loca porque a Claudia se le ocurriera hacer una fiesta, la gente lo que quería era gozar. «¡Te lo dije, vecina, te dije que Elegguá me ayudaría! Él me abrió los caminos. Mi fiesta de tambores no fue en vano, parte de esta alegría se la agradezco a mi madrina María Regla, ella no se separó de mí cuando me sentía sola, me ofreció dinero para pagar mi visado. Es la madrina que todos quisieran tener». Volvía a retumbar el nombre de María Regla en mis oídos y la imagen de mi negro fino vino a mí. *La vida es cruel, pero igual de crueles somos los seres humanos*, pensé y cuando iba a asomarse una lágrima en uno de mis ojos, ya venían los vecinos hacia casa de Claudia y aproveché para ponerme en función con mi nuevo plan.

Me vestí bien provocativa, me puse una bermuda blanca muy apretada, una blusa amarilla con motivos de girasoles, tirantes muy finos y



un escote muy atrevido, sandalias blancas para estar cómoda y bailar sin frenos. Llegué con Ángel aparentando felicidad y mirando a los presentes, buscaba con la mirada a los hombres bebedores, aquellos que se destacaban por estar en broncas y crear conflictos. Estos eran los necesarios para poner en práctica mi plan.

Tirso llegó solo. Yo estaba sentada en los pocos asientos desocupados que había en la sala de Claudia. Él se acercó a nosotros y nos saludó, Ángel le reprochó porque hacía tiempo que no lo veía los lunes y Tirso respondió como se merecía: «Yo vengo como de costumbre, los lunes a venderte los gallos, pero tú nunca estás». Hubo un silencio de cinco segundos y Ángel cambió la conversación diciendo que ese día era de fiesta y no de trabajo, con ello hizo que Tirso se alejara bien serio. Nunca le he preguntado, pero me dio la ligera impresión que ya había comprobado el romance que Ángel tenía con La Reina. La gente bailaba al ritmo de una agrupación que Claudia había contratado. Algunos estaban eufóricos con el baile y otros ya caían sentados en una esquina debido al efecto del alcohol.

Yo bailaba con todos, quería estudiar a cada hombre con quién bailaba y si yo notaba que le gustaba, entonces lo provocaba, cuando me insinuaban tener una cita en privado, yo aprovechaba y les decía que mi marido estaba en la fiesta, pero que podíamos vernos media hora después, en la esquina, para no llamar la atención. Así logré decir la misma frase a los seis tipos más borrachos. Al llegar la hora señalada, empecé a bailar con Ángel. «Mi amor, creo que nos vamos ya. Hay algunos hombres que me están molestando todo el tiempo y no quiero problemas». «¿Quiénes son esos imbéciles?», reaccionó Ángel en tono agresivo, pues había bebido demasiado. «No importa eso ahora, Ángel, lo mejor en estos momentos es retirarnos a tiempo. Por favor te lo pido». Nos fuimos sin despedirnos de nadie, tampoco de Tirso. Para mí lo más importante era no perder el tiempo, los seis hombres estaban esperándome en la misma esquina. Al llegar simulé nerviosismo y le indiqué a Ángel a los hombres que se habían metido conmigo, le dije nuevamente que dejara eso, pero ya estaba bastante enfurecido y gritó: «No, chica, ¡yo soy un hombre y a mí hay que respetarme!». «Tres de los seis hombres se retiraron, otros dos pidieron disculpas, pero uno se puso bocón y le fue para arriba a Ángel con un machete que sacó del patio de Claudia. Todos dábamos pasos hacia atrás dándonos cuenta que la situación había empeorado. Ángel no tuvo miedo y provocaba al contrincante, el hombre saltó con el machete hacia él como un tigre hacia su presa. Yo no creía lo que estaba viendo: Ángel sangraba como un toro lleno de los machetazos propinados por el



peleador, mi marido se protegía la cara con los brazos, pero sus manos sufrieron tantas cortaduras, que le destrozaron muchas arterias imprescindibles para su movimiento. La gente salió a parar la pelea, llegó la policía y ordenó terminar la fiesta, obligando a todos a salir de la casa de Claudia. Me vi dentro de una ambulancia, estaba muy nerviosa y no me di cuenta que ya mi ropa no era blanca y amarilla, sino roja de la sangre de Ángel que estaba inconsciente en la camilla. El doctor me preguntó cómo había pasado eso. «No sé, pelea de hombres», respondí en voz baja. Fue entonces que me dio el posible diagnóstico: «Invalidez total de las manos, difícilmente su esposo podrá moverlas de nuevo».

Durante varios meses, después de las curas, Ángel se sometió a rigurosas fisioterapias, todas sin resultado. Su familia y yo teníamos que darle de comer. Se habían afectado todos los tendones de sus manos y sus dedos. Estaba desesperado, se sentía inútil sin poder trabajar y sus gritos por las noches me alteraban de tal manera que decidí hablar con su madre delante de él para que se lo llevara para su casa y así poder dedicarle todo el tiempo a mi hijo, que iba a comenzar la escuela. Solo escuché ofensas hacia mi persona de boca de la madre. «¡Miriam, qué poca vergüenza eres! ¿Cómo se te ocurre decirme que no puedes tener a mi hijo aquí contigo? —le aseguré que me ocuparía sola del negocio de los gallos y les enviaría la parte que le correspondía a Ángel—. ¿Así lo solucionas todo? Angelito ha sido todo este tiempo tu marido». «No tenía conocimiento de eso —le contesté fríamente—, siempre fue un buen amigo, pero nunca mi marido. Además, él hasta ahora había tenido relaciones con una puta del barrio que se dedica a las casas de visitas para hombres. ¿Verdad, querido? Yo misma te vi en su habitación. Yo misma lo comprobé en el restaurante que queda en las afueras de la ciudad. Lo siento, pero no quiero estorbos en mi casa. Dile a Estrella, tu reina, que te cuide de ahora en adelante. Yo ya terminé contigo». Ángel no dijo ni una palabra, solo escuchaba con la cabeza baja. Al marcharse en compañía de su madre, me miró fijamente a los ojos y no se despidió.

De vez en cuando Fernando y yo lo visitamos y le llevamos parte del dinero de nuestro negocio. Él me enseñó a sacar del mundo de las peleas de gallo un buen provecho. Por su parte, Tirso me visita todos los días, revisa los gallos de mi patio y decide cuales debo llevar a pelear. Hay veces que salimos a caminar con Fernando y nos sentamos por el parque Céspedes, vemos la gente pasar con sus problemas a cuestas, algunos hasta hablando solos.



Hoy me dio por salir a caminar sola, sin rumbo, y mientras lo hago pienso en mi pasado, busco amparo, escucho a un predicador que pasa a mi lado con un grupo de personas: «Dios ha perdonado tus pecados y quiere que lo dejes entrar en tu corazón». Subo una escalinata blanca escoltada por columnas del mismo color de la pureza, veo un portón de madera tallada, de más de dos metros de alto. Acabo de darme cuenta: estoy frente a la iglesia del Cobre. Mi mirada queda fija en la enorme puerta que parece la entrada a una nueva vida y me pregunto si será difícil.

STUTTGART- LA HABANA, INVIERNO DE 2015